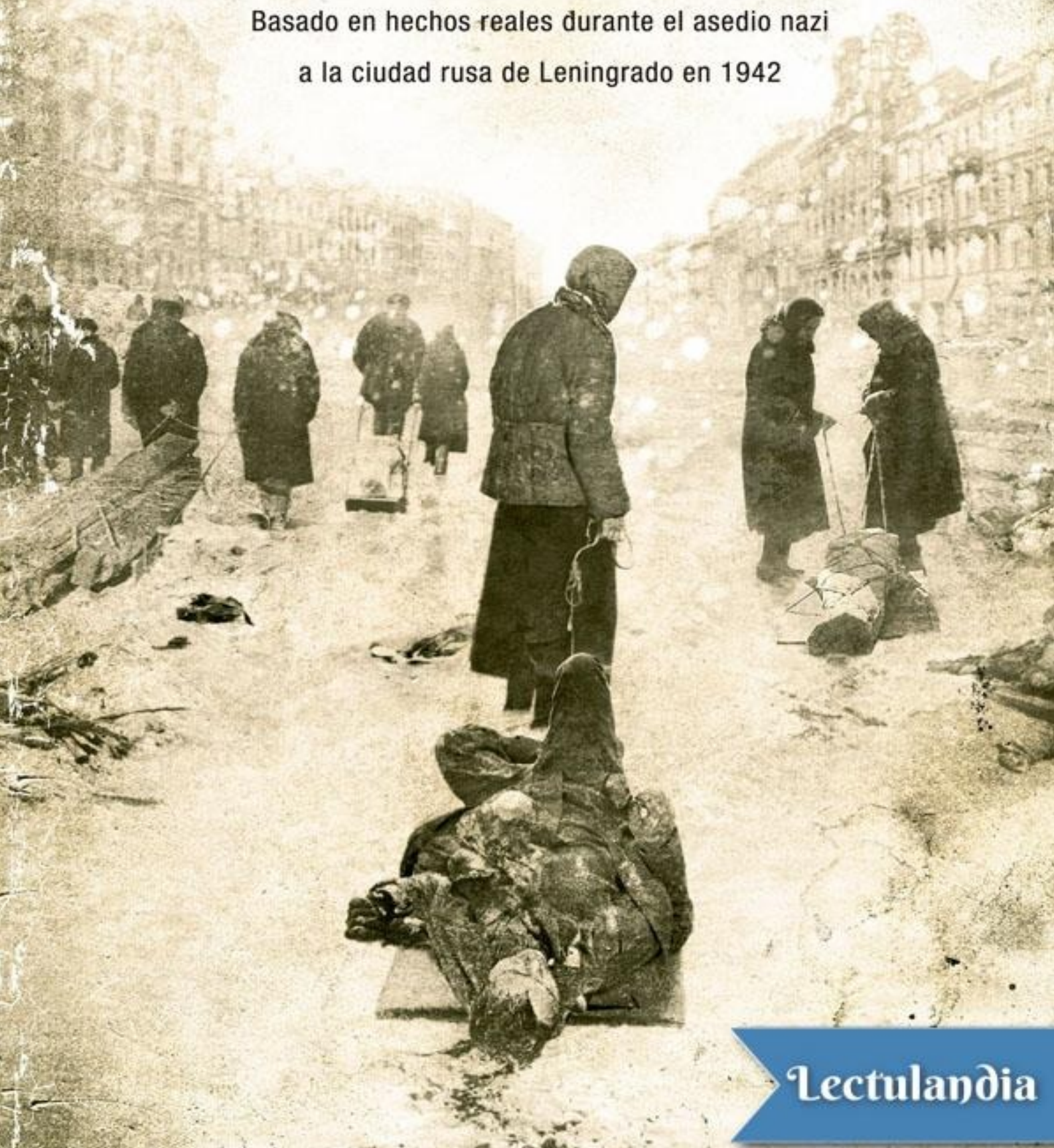


**JAVIER COSNAVA**

# **ZOMBIES DE LENINGRADO**

Basado en hechos reales durante el asedio nazi  
a la ciudad rusa de Leningrado en 1942



**Lectulandia**

1942. Los ejércitos de Hitler han invadido Rusia ya hace un año.

Al llegar a la ciudad de Leningrado han decidido sitiarla, bombardearla y reducirla a cenizas para dar una lección a los soviéticos.

Pero lo que no saben es que, al condenar al hambre a los millones de personas que se refugian tras sus muros, han puesto la primera piedra en el nacimiento de una legión de zombies hambrientos y de carroñeros Masticadores.

Esta es su historia, la de la primera novela Z basada íntegramente en hechos reales.

**Lectulandia**

Javier Cosnava

# **Zombies de Leningrado**

ePub r1.0

Titivillus 01.06.15

Javier Cosnava, 2015

Fotografías: Russian International News Agency (RIA Novosti)

Diseño de cubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Nota inicial

Sorpréndete, lector del género Z. Te hayas ante una novela donde todos los hechos que vas a leer sucedieron en verdad durante el asedio alemán a la ciudad rusa de Leningrado.

Y es que a veces la realidad supera a la ficción, a la imaginación desaforada del más desaforado novelista. Más de un millón de personas murieron de hambre, fueron devoradas o al menos parcialmente comidas. Muchas más que en la mayoría de las novelas zombies.

Hasta el último suceso está basado en hechos reales, con nombre y apellidos. Salvo un par de personajes inventados, que no conviene revelar para no desvelar la trama, el resto existieron realmente y vivieron el infierno de Leningrado.

Al final de la novela hay un pequeño texto que explica esas licencias y el destino de algunos de aquellos que transitan esta novela.

Y ahora, ha llegado el momento de hincarle el diente a ZOMBIES DE LENINGRADO.

El Führer ha decidido borrar a Leningrado de la faz de la tierra.  
Después de la caída de la Unión Soviética, no tendrá sentido una población tan numerosa en ese emplazamiento.  
Hay que bloquear la ciudad y bombardearla hasta su aniquilación.  
Si Leningrado llegara a ofrecer la rendición, esta será rechazada.

**(Directiva. Cuartel General de la Marina de Guerra Alemana)**  
***(22 de septiembre de 1941)***

# **PRÓLOGO**

## **MASTICADORES**



Hay un momento para vivir y un momento para morir.

Y Leningrado es el lugar y el momento justo donde Rusia, el continente entero, la humanidad entera... han venido a morir.

—¡Están ahí! ¡Corre, corre! —grita Tania dando un salto que está a punto de hacerle perder el equilibrio. Pero se rehace y aferra bien fuerte su diario y su muñeca de trapo roja, que lleva a todas partes.

Así que corremos. Lo llevamos haciendo desde el cementerio Piskarevsky, donde hemos visto cadáveres amontonados en el suelo, pudriéndose fuera de sus tumbas, porque mueren tantos que no hay tiempo para cavar las fosas que serían necesarias.

Tal vez muy pronto seamos uno de esos cadáveres insepultos.

Porque muy cerca, dándonos alcance, avanzan como una jauría los Masticadores, a los que llamamos también Come Cadáveres o трупоедство (en ruso pronunciado «trupoyedstvo»). Les oigo aullar apenas a unos pasos. Giro demasiado cerca de una pared en la primera calle a nuestra izquierda; un ladrillo me hace un corte en el brazo. Pero ni siquiera bajo la vista para contemplar la sangre que mana hacia mis muñecas. Sencillamente corro, doy una zancada tras otra, intentando salvar la vida.

—¡Aquí, aquí! —Me señala Tania que, a pesar de su corta edad, tan solo diez años, tiene más experiencia que yo en esto de huir de los Masticadores.

Sabe, por ejemplo, que una niña pequeña no puede escapar eternamente de una jauría en la que hay hombres jóvenes de veintitantos años encabezando al grupo. Sabe que, al girar una calle oscura, debe buscar un lugar donde esconderse, cruzar los dedos y esperar que la suerte o su hermano, el azar, le permitan seguir un día más con vida.

Y esto es lo que hacemos. Nos tiramos al suelo junto a los restos de un carromato. Entre la madera destaca, como un macabro trofeo, la cabeza podrida del burro que una vez tiró de los arreos del vehículo. Es lo único que queda del animal, que seguramente fue mutilado para dar de comer a la gente del barrio en los primeros días del sitio y la hambruna. Los ojos sin vida, consumidos y saltando de las cuencas, me contemplan desde el otro lado de la existencia. Por primera vez, siento la tenaza del miedo en la boca del estómago. Me cuesta respirar de puro terror. Porque no solo tengo miedo de estar muerta, de formar parte de la legión de hombres y mujeres que han venido a morir a Leningrado. Comprendo de pronto que tengo miedo de seguir viva si tengo que habitar un universo, un lugar como este... por más tiempo.

—No tengas miedo, Catarina —me dice Tania al oído. Ha notado que estaba temblando y quiere que sepa que ella está a mi lado, que en esta batalla estamos las dos juntas. Viviremos o moriremos en este día. Pero las dos juntas.

La jauría se ha detenido, olisquea tratando de recuperar nuestro rastro. Desde mi escondite, descubro que el grupo principal lo componen unas veinte personas, seis de ellos machos jóvenes, casi todos tan enloquecidos que enarbolan hachas, navajas y cuchillos. Cuando capturan una presa, la cortan en rodajas y se la comen a bocados en plena calle. El hambre ha borrado hasta el último vestigio de alma humana en sus



corazones.

Así pues, me equivoqué, no son solo Masticadores sino que también hay lo que en la ciudad conocemos como людоедство (pronunciado «lyudoyedstvo»), caníbales asesinos, Come Personas o, en un lenguaje más moderno, zombies.

Poco a poco, va llegando el resto del grupo. Detrás de la jauría de zombies rápidos, de los Comedores de Personas, llegan los zombies lentos, los Masticadores. Personas que han perdido tanta energía por la hambruna que no son capaces de perseguir a sus presas a la carrera. Son como hienas vigilando la caza del león, de los grandes felinos zombies de esta selva llamada Leningrado. Se comerán lo que les dejen los reyes de la manada. De hecho, más del noventa por ciento de los zombies de la ciudad son Masticadores. Los zombies rápidos, los asesinos, han comenzado a aparecer en los últimos días, cuando la hambruna ha pasado de ser insoportable a provocar centenares y miles de muertos en la población civil. Hay hombres y mujeres que han enloquecido al ver morir de hambre y privaciones a sus familiares más cercanos: madres, padres, esposas, hijos...

Por todo lo anterior, algunos de ellos han abandonado el último resto atávico de humanidad que les restaba y se han convertido en zombies. Matan por carne y muchos la consumen en público. Han perdido la razón y se han convertido en meras sombras de los ciudadanos cumplidores de la ley que una vez aparentaron ser.

El grupo que nos persigue está formado por antiguos trabajadores del ferrocarril de la cercana estación de Finlandia. Ya no hay trenes, ni trabajo para ellos; ya no hay comida y los cadáveres de tu familia yacen en el lecho o en la mecedora del comedor. Estos hombres han dejado abandonada su alma junto a esos cadáveres de seres queridos y se han convertido en zombies homicidas. Ya han matado a trece personas. Las tienen colgadas de ganchos en un piso alquilado, como si fueran cerdos sacrificados en un matadero. Nosotras estamos destinadas a ser la decimocuarta y decimoquinta de sus víctimas.

Solo el destino puede salvarnos. Por suerte, el destino aquel día de febrero de 1942 se llamaba Anatoli Kubatkin.

—¡Ahí están! —El líder del grupo de trabajadores del ferrocarril, que lleva el típico gorro Ushanka inspirado en los tocados de la gente de la estepa, nos señala tras distinguirnos acurrucadas junto a la cabeza del burro y obscenos trozos de madera ensangrentada. Algunos zombies se han vuelto tan locos y están tan embrutecidos por el canibalismo que han perdido el don del habla, pero otros todavía son vagamente humanos, y son capaces de emitir sonidos articulados.

—¡Ahí están! —Repite, sacando un hacha corta de su cinturón y abalanzándose sobre nosotras.

A su alrededor, aquellos entre sus compañeros que aún no han perdido el habla ni las fuerzas, comienzan a gritar la consigna de los asesinos zombies: «Nachalos' liudedstvo», que significa «ha llegado el momento de comer carne humana».

Entonces, cuando Tania y yo nos abrazamos convencidas de que ha llegado el

momento de despedirnos de este mundo... suena un disparo. El jefe de la jauría de zombies cae hacia atrás con un ruido sordo, la sangre manando del centro de su frente.

—¡Alto! ¡Alto a las fuerzas del orden! ¡Están rodeados por tropas de la NKVD! ¡Policía Anti Masticadores!

Un ángel rubio y de ojos azules, tal vez el hombre más hermoso que haya visto en mi vida, salta desde el otro lado del carromato y abate a un segundo zombie de un disparo certero. Con un solo brazo nos coge a Tania y a mí, nos levanta en volandas y nos arrastra al otro lado de la calle, donde se hallan dispersos el resto de fragmentos del carromato que nos sirve de barricada. Mientras nos refugiamos tras los tableros y la lona que una vez fueron el toldo del vehículo, miro aún más de cerca al policía.

Nuestro salvador, que no tendrá más de veinte años, lleva una guerrera marrón y una gorra azul y roja con visera negra. El fusil, antes colgando de una cinta, ahora está en sus manos y abre fuego indiscriminadamente contra los Masticadores. Y es que la NKVD, la policía secreta, es una de las pocas unidades que todavía mantiene un cierto control y disciplina en esta ciudad olvidada de la mano de Dios.

Los integrantes de la sección de policías abaten al resto de los zombies, que no tienen la menor intención de rendirse (o tal vez son ya incapaces) y lanzan ataques estériles con sus cuchillos y sus hachas de mano contra los fusiles de los policías. Los cuerpos de los zombies acaban mezclados en el suelo en un desorden inaudito. Muchos muertos ya; otros agonizando. Algunos tienen tanta hambre que, aún entre los estertores de la muerte, intentan comerse un pedazo de carne que una vez fue parte del abdomen de algún compañero caído.

Un instante después, todo ha terminado. Al menos eso pensamos. No queda ningún zombie en pie y algunos lanzan quejidos lastimeros mientras la policía secreta pone bozales a los que tienen heridas más leves: pretenden llevárselos a la central para interrogarlos más tarde.

Llega la calma. Una calma engañosa y falaz.

Porque, como decía, nada ha terminado. Leningrado se ha convertido en un lugar donde el imposible es la norma, donde uno nunca está seguro y cualquier cosa puede suceder.

—¿Estáis bien, chicas? —Nos pregunta nuestro salvador, que dice llamarse Anatoli Kubatkin y ser sargento mayor de la NKVD.

Anatoli nos mira a los ojos y trata de sonreír para infundirnos valor.

—Yo estoy bien —dice mi compañera, aferrando a su muñeca de trapo y a su diario, las únicas posesiones que le quedan en este mundo—. Me llamo Tania Savicheva y tengo 10 años.

—Yo también estoy bien —añado, sonriendo a la sonrisa de mi salvador—. Me llamo Catarina y tengo 15 años.

Por fin estamos a salvo.

Pero, como antes he anticipado, no es bueno dar nada por sentado en nuestra

ciudad. Antes de que acabe mi frase, un blindado derrapa y frena con estrépito junto a los restos de la carreta que nos ha servido de protección. Dos hombres salen desde una portezuela incrustada entre la ametralladora y una pequeña torreta verde de la que sobresale un cañón. El primero de ellos, un tipo gordo con abrigo de piel, señala en dirección a nosotros, al grupo de policías secretos rusos y a las dos niñas que acaban de rescatar.

—Hemos detectado a un topo alemán en la ciudad —grita, mientras señala una carpeta que lleva en la mano derecha—. Hitler ha mandado a agentes de su confianza al interior de la ciudad. ¡Por fin hemos dado con uno! ¡Ahí está! Quiero que detengáis al topo inmediatamente.

Pero aquella detención nunca tendrá lugar. En ese momento comienza el bombardeo de la artillería de campaña alemana, como todos los días, cada hora en punto, monótona, incansable. La única cosa de la que uno puede estar seguro en este infierno que habitamos.

Y por uno de esos azares de la existencia, el primer obús de 105 milímetros cae justo sobre el vehículo blindado GAZ (Gorkovsky Avtomobilny Zavod) de los dos hombres.

Y todos estallamos por los aires.

Porque estamos en Leningrado en el año 1942. Y como ya he explicado, en este lugar lo imposible, lo increíble, lo inesperado... es la norma.



CADÁVERES AMONTONADOS en el cementerio de Volkovo / RIAN 216

**PRIMERA PARTE**  
LA CIUDAD SIN LEY

*La anciana se había quedado traspuesta mientras recordaba. Absorta en el pasado, su rostro reflejaba una sonrisa de labios crispados, como si por un lado le causase placer visitar el lejano país de la retentiva pero, por otro, supiese que aquel viaje estaba lleno de malos recuerdos, de senderos recubiertos de alambres de espino. Seguía conduciendo por una carretera nevada interminable, y parecía que fuera a estrellarse en cualquier momento, la mirada perdida en ninguna parte.*

—¡Abuela Kubatkina! ¡Abuela Kubatkina!

El pequeño Anatoli se acercó a la mujer y puso las manos en sus hombros, zarandeándola con suavidad, tratando de hacerla regresar al mundo real.

—Catarina... ¡Catarina! ¡Abuela Kubatkina!

La mujer, por fin, pareció regresar de su ensimismamiento. Contempló el rostro de su nieto con sorpresa, como si no lo hubiese visto jamás en su vida. Pero entonces cobró conciencia de dónde se hallaba y por qué: había ido de visita con Anatoli a la mansión familiar. Le quedaba poco tiempo de vida y quería enseñar a su nieto sus raíces, para que entendiera quiénes eran los suyos, para que supiera quién fue su abuela y cuál su lucha.

—¿Sí? Dime, pequeño.

El niño se rascó la cabeza, tratando de poner sus ideas en orden.

—¿Entonces es verdad que luchaste contra zombies durante la Segunda Guerra Mundial? Siempre pensé que lo decías en broma. Porque los muertos vivientes no existen, aunque sean geniales.

A Anatoli le encantaban las novelas de zombies, las películas y las series de televisión. También los juegos de ordenador y de consola. Era, como muchos jóvenes adolescentes, un devorador de un género en auge en el mundo entero.

—Como ya te dicho, entonces no les llamábamos zombies. Básicamente porque la palabra zombie por entonces significaba exclusivamente esclavo de un brujo y estaba relacionado con las prácticas del vudú. Se comenzó a llamar a los caníbales zombies, con e final, a partir de las películas de George Romero, en los años 80 — Catarina Kubatkina sonrió al ver la sorpresa en el rostro de su nieto, que pensaba seguramente que ella no tendría ni la menor idea de cine de terror o de las modas de final del siglo xx y el XXI.

»Entonces, en 1942, les conocíamos como Comedores de Personas o Comedores de Cadáveres, según si eran asesinos o solo carroñeros. Creo que antes te adelanté un poco de este asunto. Pero bueno, los detalles te los iré dando según avance mi narración. Porque quieres que siga, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto —aplaudió el pequeño Anatoli.

Catarina Kubatkina detuvo entonces su vehículo. Acababan de llegar a Nikolaipol, el hogar ancestral de su familia. Un largo viaje desde Rusia hasta Ucrania. Era un buen momento y un buen lugar para proseguir con su historia. Porque para que Anatoli entendiera a su abuela y sus recuerdos, primero tendría que

entender qué era aquel lugar y quiénes fueron los Menonitas rusos.

Pero antes, por supuesto, tendría que hablarle de los zombies.

—¿Dónde estábamos? Ah, sí. La explosión que destruyó el blindado y casi nos mata a todos, ¿verdad?

Y entonces Catarina Kubatkina prosiguió con su historia.



*En 1982, en Leningrado, visité un cementerio donde había enterrados medio millón de civiles que murieron durante el asedio. ¡Medio millón! Y sé que en total fueron más de un millón, aparte un cuarto de millón de soldados.*

WILLIAM L. SHIRER, periodista y escritor  
(Cubrió los juicios de Nuremberg tras acabar la guerra mundial)

# 1

El eco de la explosión se ha extinguido. Nubes de polvo, de sangre y fragmentos de hueso y cartílago descienden por el aire en medio de la humareda. Cuando abro los ojos, descubro que los dos hombres que han llegado en el vehículo militar están muertos, desmembrados al igual que un par de policías, los que estaban más cerca, e incluso un par de zombies que se hallaban detenidos, esposados y con su bozal de tela.

—¿Qué haces? —pregunta Tania, que se ha acercado gateando hasta nuestro salvador, el sargento Kubatkin. Anatoli se encuentra inclinado hacia uno de los cadáveres.

—Apártate, niña, por favor —le responde, mientras escarba entre los restos de la matanza, encontrando un brazo todavía parcialmente unido a un informe de varias páginas casi completamente chamuscado. Mientras lo examina, percibo que reflexiona sobre la pequeña Tania. Se vuelve y la mira. Intuye que aquella niña es parte de ese grotesco monstruo llamado ciudad de Leningrado. A pesar de sus escasos diez años, ha visto ya tantas cosas terribles que unos hombres descuartizados no van a arrancarle ni un pedazo más de su infancia. Todos aquellos meses terribles de hambre y asedio lo han hecho ya. Así que añade—: Este hombre se llamaba Gorkshov y era un miembro del Politburó, el máximo órgano ejecutivo del Partido Comunista. Era un buen amigo de mi padre. Si vino hasta aquí es porque algo muy importante estaba en juego. Ese topo nazi no debe ser un agente cualquiera.

A lo lejos, todavía se escucha el tamborileo incesante de la artillería de campaña alemana. A quinientos metros, un edificio estalla por la mitad como si le hubiese alcanzado un cuchillo gigante. Luego de un instante de silencio, se parte definitivamente en dos y las ruinas se deslizan a cada lado, derecha e izquierda, con un rumor sordo de cascotes.

—Ya lo habéis oído —dice Anatoli Kubatkin, en dirección a sus hombres—. Hay sospechas fundadas de que uno de nosotros es un espía alemán. De momento, y hasta que acabe el día, o al menos hasta que obtengamos más información, actuaremos como si todos fuéramos sospechosos. Incluido yo mismo.

Algunos de sus hombres emiten agudos silbidos y gritos de sorpresa. Hacen públicas manifestaciones de su amor a la madre patria soviética y al camarada Stalin, pero Anatoli los acalla con un gesto brusco de la mano.

—Se ha perdido la foto del espía —informa, mostrando los restos del informe medio quemado que le ha sustraído al cadáver de Gorkshov. Y comienza a montar lo que queda de las páginas, en el suelo, como si fuera un *puzzle*—. Solo he podido recuperar el nombre que viene utilizando como infiltrado: Ivan A. Ivanovich.

Anatoli ha ido componiendo aquel nombre a partir de trozos sueltos de papel, de fragmentos en diversos párrafos. Al principio había puesto Vania («van I a»), un nombre ruso muy común, pero como la «v» está en minúscula y la «I» en mayúscula

ha decidido que debe llamarse Iván. Un error que con el tiempo le costará caro.

—Ivan Ivanovich —repite, levantando la voz—. El camarada Gorkshov y su acompañante han muerto para traernos esa información. El nombre de un traidor que se pasea libre entre nosotros. Estemos, pues, atentos.

Las quejas de sus hombres se redoblan. Iván Ivanovich es en Rusia lo mismo que decir fulano de tal, o en inglés John Smith o en castellano Juan Fernández. El más común de los nombres más comunes del país. Además, nadie de aquel grupo de policías se llama Iván y ninguno se apellida Ivanovich.

—Evidentemente, ahora estará usando otro nombre —tercia Dimitri, el segundo de Anatoli, levantando la voz para dejarse oír sobre las quejas de sus compañeros—. Vamos a ir a la oficina central de la policía secreta a ver si podemos conseguir más información. Así aprovechamos también para llevar a estos Masticadores asesinos a una celda.

Los policías recuperan a los zombies que tenían detenidos y se encaminan de mala gana a la furgoneta en la que han llegado a los alrededores de la estación Finlandia. Esta se haya en el distrito Viborg, el barrio más al norte de Leningrado y también el más peligroso. La mayor parte de casos de mutilación de cadáveres y canibalismo se han dado en esta zona, llena de recovecos, de calles oscuras, de almacenes vacíos. No en vano es el distrito industrial de la ciudad.

—No creo que vayamos a ninguna parte en estas furgonetas —le comento a Anatoli.

El sargento nos ha cogido de la mano a Tania y a mí tras guardar el informe chamuscado en su cazadora. Luego nos ha conducido hasta la cabina de la primera furgoneta, que en realidad es un ZIS-5, un camión multiuso que se utiliza en Rusia para diversas tareas, desde el transporte de pan al de soldados o artillería ligera.

Yo soy la primera en darme cuenta que la deflagración del obús ha causado la destrucción de las llantas de todas las ruedas en un radio de muchos metros. Otros vehículos han corrido aún peor suerte. De nuestros dos camiones, solo se mantiene intacta la rueda izquierda delantera de uno de ellos.

—Vamos a tener que ir a pie —dice Anatoli, meneando la cabeza—. Aunque tuviéramos siete ruedas de repuesto, que no las tenemos, no podemos quedarnos demasiado tiempo en esta zona tan peligrosa. Puede haber más bandas armadas de zombies o de Masticadores... o de ambos como esta. Incluso podríamos toparnos con amigos de los asesinos que acabamos de detener. Tal vez en poco rato aparezca una nueva horda que pretenda liberar a sus camaradas.

—Por favor, sargento, intentemos al menos preservar una de las furgonetas —objeta Dimitri—. Tal vez la mitad de los hombres se podrían quedar aquí mientras el resto...

—No nos separaremos y no nos quedaremos aquí más tiempo. Por lo tanto, la única solución es ir a pie al cuartel general. Yo me hago responsable de la pérdida de los dos camiones.

Un minuto después caminamos ya hacia al norte, en dirección a la cercana academia de medicina militar. Las órdenes de Anatoli Kubatkin se están siguiendo al pie de la letra, con la diligencia y obediencia ciega propias de nuestro pueblo.

Pero algo va mal.

Porque incluso yo, que no soy una experta en la disposición de las calles de Leningrado, sé que estamos caminando en dirección contraria al cuartel general de la NKVD.

—Sargento Kubatkin, ¿no es hacia allí dónde deberíamos dirigirnos? —propongo, mientras señalo hacia el centro de Leningrado, en particular al puente Liteyni, que no queda lejos.

—Mientras veníamos hacia aquí, pequeña —me explica Anatoli, revolviéndome el cabello—, he visto varias bandas de Masticadores cerca del río Neva, al este de la estación Finlandia, justo por donde tendríamos que pasar para llegar a los puentes. Así que daremos un rodeo precisamente hacia el oeste, en dirección a Petrogrado, y rodearemos la línea del río hasta llegar a Liteyni.

Asiento, comprendiendo al fin. Me cojo de su brazo, y Anatoli sonrío mientras vemos oscurecerse la silueta de las casas, perdiéndose en la línea del horizonte. Casas donde ya no hay cristales en las ventanas. Se han sustituido por trozos de chapa, intentando evitar la onda expansiva de las bombas. Porque amenaza tormenta, una tormenta nazi de obuses y deflagraciones. En Leningrado hace tiempo que amenaza tormenta.

—Gracias por todo —murmuro, sin saber si debo añadir alguna cosa más como reconocimiento al hombre que nos ha salvado.

Caminamos en silencio, solo roto por los gruñidos de los zombies y el sonido lejano de las bombas alemanas, que ahora están golpeando barrios más pudientes, por la zona del hotel Astoria. Nuestro grupo lo forman once policías, dos niñas, el sargento al mando, dos zombies asesinos y tres Masticadores carroñeros. Somos un pelotón de lo más excéntrico, raro hasta para Leningrado, lo que es mucho decir.

Pero antes de llegar a la academia de medicina militar uno de los Masticadores ya ha muerto. Buena parte de los caníbales de Leningrado ni siquiera son propiamente caníbales. Esos a los que llaman Masticadores son personas que llevan tanto tiempo consumiendo cien o doscientas calorías diarias, o tal vez ninguna, que de hecho son casi muertos vivientes. Una caminata de dos kilómetros puede acabar con su último aliento de vida. De hecho, algunos se convirtieron en Masticadores después de salir a las puertas de sus casas a esperar la muerte. Pero la muerte no llegó y sí la locura: el ansia de seguir vivos, de comer... a cualquier precio.

En muchos casos, los Masticadores esperan quietos en un portal cualquiera, calladamente, aguardando a que uno de sus vecinos, o uno de los otros Masticadores, muera para poder consumir en crudo, a dentelladas si es preciso, unas pocas calorías. Leningrado en el año 1942 es uno de los escenarios más terribles y dantescos de la historia de la humanidad. Tres millones de personas encerradas sin comida,

condenadas a la muerte o a convertirse en caníbales Masticadores... o zombies asesinos.

—Ahí está —nos dice Anatoli, dándonos ánimos, cuando aparece la academia de medicina militar—. Hemos hecho la primera parte del camino. Ya queda menos.

La academia de medicina militar es uno de los centros de estudio más antiguos de toda Rusia. Yo, en aquella época, no entendía gran cosa de arquitectura y, cuando nos acercamos, solo fui capaz de distinguir una gigantesca cúpula, cinco grandes columnas de estilo griego sujetando su pórtico y un montón de estatuas clásicas que perlan los jardines de la universidad.

Pero no es eso lo que me llama realmente la atención. Justo a la entrada principal hay una cola de racionamiento.

Todos en la ciudad sabemos que aún más terrible que los zombies, que la guerra, que los nazis y su invasión de nuestra patria... muchísimo peor que todo eso son las colas de racionamiento. Unos lugares donde se hacinan los desesperados esperando un milagro: que aquel día haya algo de comer. Pero a menudo no lo hay. La Luftwaffe, la poderosa aviación de caza y bombarderos de Hitler, impide que nos llegue comida desde el aire. Los finlandeses tienen bloqueado el golfo y el acceso por mar. La Wehrmacht, el ejército alemán, nos tiene rodeados por tierra en una bolsa que nos está matando poco a poco a base de privaciones. Las propias autoridades saben que nadie ha servido pan en una cola de racionamiento desde finales de diciembre, casi tres meses atrás.

Las raciones que un ciudadano cualquiera consigue en la ciudad han ido descendiendo de 800 calorías diarias hasta 300 o 250. Y estoy hablando de los trabajadores de las fábricas, de aquellos que deben estar más fuertes. La ración que puede conseguir una madre para su hijo en una cola de racionamiento (siempre que esté operativa) puede rondar las 125 calorías. Un ser humano necesita consumir 2000 para estar sano. Con eso está dicho todo.

Leningrado se muere de hambre.

En este infierno las raciones de comida son menores que las de los presos de los campos de concentración nazis.

50 mil muertos de hambre en diciembre de 1941; 100 mil en enero de 1942 y este mes seguramente superaremos esa cifra.

Lo raro no es que haya caníbales, Masticadores y zombies: lo raro es que quedemos algunos todavía que nos resistamos a convertirnos en una de esas cosas.

Cuando alcanzamos la cola de racionamiento, estoy todavía dándole vueltas a las desgracias que azotan la ciudad y van camino de aniquilarla. Ralentizo el paso. Pero Anatoli me apremia: pretende que pasemos de largo lo antes posible y giremos en dirección a la isla de Petrogrado. Tania no le hace caso y se detiene, colocándose la última de la fila. Cuando Anatoli se da la vuelta para tomarla de la mano ella le explica, sencillamente, con el candor y la ingenuidad de sus 10 años:

—Tengo hambre.

Pero no podemos quedarnos allí durante horas esperando que en aquella larga cola, que serpentea dando vueltas al gigantesco edificio, le toque el turno a Tania. El Sargento Kubatkin tampoco parece dispuesto a dejar a aquella niña pequeña sola, por mucho que vea a otras en su situación vagando por aquella ciudad sin ley, huérfanas, prostituyéndose por un pedazo de carne. Él no está dispuesto a permitir que una niña más alcance ese destino. Llevará a los zombies a prisión, descubrirá quién es el espía nazi y salvará a aquellas dos niñas. Es un día más de servicio en la unidad policial Anti Masticadores. Aunque parezca increíble, los ha tenido mucho peores.

—Vamos, pequeña —le dice a Tania, acariciándole la cara—. Toma esta chocolatina. Es la última que tengo.

Una chocolatina, una ración enorme de calorías en un lugar donde eso vale más que el oro, es un regalo extraordinario. La niña se pone de puntillas y le besa en la mejilla. Ambos sonríen y vuelven al grupo dando pequeños saltitos de alegría, como dos colegiales. Los hombres y mujeres de la cola de racionamiento les miran con envidia asesina. Si no estuviéramos rodeados de policías armados, ahora estarían los dos muertos. ¡Dios, una chocolatina! Muchos han sido asesinados por menos de eso en Leningrado.

—Me llamo Vasily Vladimirov —nos dice de pronto un muchacho que está sentado sobre una caja de madera en los últimos puestos de la cola.

Anatoli vuelve la cabeza.

—Me llamo Vasily Vladimirov —repite el muchacho—. Hace mucho frío y no tengo ropa de abrigo. Los bombardeos han destruido las depuradoras y no hay agua potable en mi barrio; tampoco hay transporte público ni electricidad. No puedo entrar en mi apartamento porque mi casero me ha echado. Ahora mi piso es una morgue donde se hacinan todos los muertos de mi edificio. Tengo 16 años y no quiero morir en la calle como mi hermano Boris.

El muchacho está señalando a un hombre de unos 25 años que se halla a su lado. Yo pensé al principio que tenía la mirada perdida pero, tras escuchar las palabras de su hermano, me doy cuenta que tiene los ojos vidriosos de un cadáver de pocas horas. Está mirando el infinito, con los párpados entornados, camino del otro mundo.

—Qué puedo hacer por ti, Vasily —responde el sargento Kubatkin, tragando saliva. Su segundo al mando, Dimitri, le coge de un brazo, como advirtiéndole de que debe marcharse, de que allí no hay nada que puedan hacer ni nada que realmente deban oír.

—Quiero que me mate, señor —explica Vasily, como si fuese la cosa más normal del mundo—. Usted tiene un rifle y sus hombres muchas armas. Quiero que me mate y que me lleve con mi hermano Boris.

—No, no puedo...

—Un disparo bastará, señor. Se lo pido. Estoy muy débil. Un disparo bastará. Estoy muy delgado y moriré rápido.

Los ojos del sargento se iluminan. Echa la mano a su fusil pero finalmente niega

con la cabeza y echa a andar con el resto del grupo.

—¡Solo un disparo y me liberará, señor! ¡Por favor! Mi hermano ha muerto hace solo dos horas y no paro de pensar en comérmelo. Máteme, señor policía, por favor. No quiero convertirme en un Masticador.

»¡Por favor!

»¡Por favor!

»¡Máteme!

Cuando comenzamos a girar por la orilla del río en dirección a los puentes, un rayo de luna me permite ver el rostro de Anatoli Kubatkin. Está llorando.



## 2

El puente de Liteyni conecta el distrito Viborg con el primer sector del Centro de Leningrado (Distrito Centro), llamado asimismo sector Liteyni. El puente, pues, toma nombre de ese primer sector y de la avenida que lo cruza, la avenida Liteyni o Liteyni Prospekt.

Demasiados Liteyni para mí. Aunque lo cierto es que es un sector clave, pues separa el Leningrado pobre del más floreciente. Antes del puente, campan a sus anchas los zombies y los Masticadores, las prostitutas y los asesinos. Pasado el puente, has llegado a uno de los lugares más seguros de la ciudad, con la sede de la milicia y la NKVD a pocos pasos.

La gigantesca estructura de metal que transitamos, una vez estuvo iluminada con luz eléctrica pero, como todo Leningrado, ahora está a oscuras. Por suerte, pronto amanecerá y podemos caminar mirándonos las caras los unos a los otros. Caras en rostros agotados, macilentos, patibularios.

Aproximadamente en el centro del puente Anatoli me interpela con su voz suave y melancólica:

—Estamos en el peor momento del asedio, Catarina. No siempre serán las cosas así —me dice, mirándome de soslayo.

—¿No siempre serán así? ¿De verdad lo crees?

—Bueno, quiero decir que, en circunstancias normales, hubiese dejado a uno o dos hombres a cargo de las furgonetas mientras nos dirigíamos a la central. Pero la ciudad está prácticamente fuera de control. Hace dos días cometí el error de poner a un hombre al cargo del escenario de un crimen. Se quedó solo menos de una hora. No he vuelto a saber de él y no sé si desertó, lo atacaron o, tal vez...

—Se lo comieron —interrumpo, completando su frase.

—Eso es —reconoce—. Pero este desorden, este caos... la ciudad al borde de la anarquía y el canibalismo. Esto no puede durar mucho tiempo. La cosa mejorará. Tiene que mejorar.

Un silencio incómodo sucede a las palabras de Anatoli. Ni siquiera él mismo está muy seguro de su vaticinio y ha acabado tartamudeando, incapaz de mentirme y de mentirse por más tiempo.

Nadie sabe lo que va a ser de Leningrado. Nadie sabe lo que va a ser de ninguno de nosotros. Esa es la única verdad.

De pronto, uno de los zombies a mi derecha gruñe e intenta precipitarse hacia las aguas, pero Dimitri se lo impide dándole un fuerte golpe en la espinilla que le obliga a arrodillarse. Otro policía secreta lo intercepta y lo inmoviliza. Entre ambos le ajustan más fuerte las esposas y el bozal.

Y sin más ceremonia, continuamos camino por el puente, arrastrando los pies, como si nada hubiera sucedido.

No somos los únicos que caminamos por la vieja plataforma. Muchas otras almas,

enflaquecidas, almas en pena, caminan hacia uno u otro lado de la ciudad. Bien hacia el centro, buscando la seguridad de los barrios mejor protegidos; o hacia las afueras, buscando una ramera, o un pedazo de carne que llevarse a la boca, aunque no sea de animal.

—¿Qué hacíais tú y tu hermana en el distrito Viborg? —me pregunta entonces Anatoli, volviendo la vista hacia Tania, que camina delante de nosotros, absorta en sus pensamientos, las manos aferradas como siempre en torno a su pequeño diario y su muñeca de trapo.

—No es mi hermana. Nos encontramos por casualidad. No sé su historia pero la mía es muy común. Mis padres han muerto y no tengo a nadie. Me quedé sola en la calle y unos hombres me secuestraron. Me llevaron al norte, cerca del cementerio Piskarevsky. Tal vez querían violarme, o matarme o comerme... Ni siquiera sé en qué orden.

Veo en los ojos del sargento Kubatkin una punzada de terror, de lástima. Le sigue sorprendiendo que las niñas de mi edad hayamos visto ya tantas cosas terribles que podamos hablar de ellas con la naturalidad de un adulto, de un anciano, de un veterano de mil batallas. Pero es que los que hemos llegado a febrero de 1942, tras tantos meses de asedio, somos ya veteranos de al menos esas mil batallas. De lo contrario no estaríamos vivos.

—Tania escapó conmigo de nuestros captores —prosigue—. Allí nos habíamos conocido una hora antes. Huyendo de ellos nos topamos con una horda de Masticadores y con los zombies asesinos de la estación de Finlandia. Huimos de unos monstruos para precipitarnos en las fauces de otros peores.

—Los suburbios de la ciudad están fuera de la ley. No tenemos hombres ni recursos para proteger a aquellos que cruzan este puente —reconoce Anatoli—. Muy pronto nos prohibirán adentrarnos en el norte de la ciudad.

Va a añadir alguna cosa más cuando sucede algo increíble: vemos a un perro corriendo hacia nosotros.

Ya hace más de dos meses que no queda ni un solo perro o gato en la ciudad de Leningrado. Todos han sido devorados por sus dueños, por sus vecinos o por desconocidos. En muchos casos, algún amante de los animales que no estaba dispuesto a sacrificar a su animal de compañía, ha sido asesinado por sus vecinos y devorado junto a este. La presencia de un cachorro corriendo por las calles nos hace sonreír a todos, maravillados. Hay pocas cosas más hermosas en este mundo que el cariño cándido e incondicional de un perro de corta edad.

Dimitri, que es siberiano del este, del llamado Lejano Oriente, ama a los perros, especialmente a los Husky, que son originarios de esa región. Por ello acude corriendo el primero en dirección al cachorro que, luego de un instante de duda, se lanza al suelo y le muestra su barriga en señal de sumisión. Dimitri lo coge en brazos como si fuese un hijo. Se trata de un perro pequeño, nada que ver con los perros esquimales de las estepas siberianas. Debe pesar entre 6 y 7 kilos y medir dos palmos

y medio. Un perro joven de menos de tres meses.

—Solo nos quedan cinco perros policías contando todas las comisarías — comenta Dimitri en voz alta—. Algunos murieron en acto de servicio y otros fueron raptados. Hace tiempo que no los usamos en ningún caso por miedo a que nos los roben. Creo que acabo de encontrar al sexto perro policía de la NKVD.

—¡Devuélvanos a nuestra cena! —le grita entonces un grupo de energúmenos que vienen corriendo desde el vecino Jardín de Verano, esquivando en su avance frenético majestuosas estatuas de inspiración italiana y sus pedestales.

—¡No, que no se coman a Prokofiev! —Exige en ese momento Tania, abalanzándose sobre el animal y colocando su manita, con muñeca de trapo incluida, en el lomo del perro. Este le lame el rostro.

Prokofiev es uno de los compositores rusos más grandes de todos los tiempos. Está aún vivo y es mundialmente famoso por «Pedro y el lobo». Nadie tiene idea de porqué razón la pequeña ha decidido llamar al perro con ese nombre. Pero todos, de forma inmediata, entendemos que es un nombre ideal. Aquella bestia ha dejado de ser un perro cualquiera que pueda servirles de cena a unos desconocidos. Ahora es nuestro Prokofiev.

—Os equivocáis amigos. Este es un perro policía —le dice Dimitri a los desconocidos, que han llegado por fin a nuestra altura, jadeantes y con una expresión airada en sus rostros.

Se trata de un grupo formado por cinco hombres y dos mujeres. Uno de ellos lleva la guerrera marrón larga, casi como una falda, propia de los oficiales soviéticos. En este caso, del cuerpo especial antiaéreo de artillería. Miles de hombres osados y valientes que están cayendo como moscas, puesto que tratan en vano de defendernos de las omnipresentes fuerzas aéreas alemanas. El oficial va armado pero nosotros somos muchos más y nuestras armas están desenfundadas, apuntando a los zombies cautivos. El hombre traga saliva y dice:

—Eso no es verdad. Es mi perro. El último que me queda de la camada. No quiero comérmelo pero mi familia se está muriendo de hambre y hoy meteré al perro en la cazuela. Nadie me lo va a impedir.

El sargento de la NKVD se separa del grupo y encara al artillero. Se miran a los ojos.

—Me llamo Anatoli Kubatkin y soy el hijo del jefe Kubatkin. Estás equivocado, amigo artillero. Ese de ahí es uno de nuestros perros policía y se llama Prokofiev. El animal del que me hablas, tu perro, ha escapado corriendo hacia los suburbios.

La mano derecha de Anatoli señala al distrito Viborg. Pero el artillero ni siquiera la está mirando. Ha oído el nombre del todopoderoso jefe de la NKVD en Leningrado, Petr Nikolaievich Kubatkin. Aunque el artillero sea teniente y su adversario un sargento mayor, si levanta una mano contra el hijo del jefe de la policía secreta, él y toda su familia estarán muertos antes de acabar el día. Puede tener hambre pero no es un idiota, así que se hace a un lado.

—Buscaré mi perro donde dices, sargento Kubatkin —musita, chirriando los dientes de pura rabia.

Cuando cruzamos el puente, el perro salta a los brazos de Tania, que lo coge con gran esfuerzo, no solo porque son muchos kilos para una niña tan pequeña, sino porque sigue sin soltar su diario ni su muñeca de trapo roja.

—¡Ay, estás muy gordo, Prokofiev! —Se queja la niña.

Y sin saber porqué, nos echamos todos a reír. No es solo por lo graciosa que está Tania carreteando al cachorro.

Resulta que es la primera vez que escuchamos la palabra «gordo» en meses.

### 3

Estamos ya muy cerca de la sede central de la NKVD cuando Tania echa a correr, gritando que aquella es su escuela. Prokofiev salta de su regazo y avanzan ambos muy felices entre grandes zancadas por la calle Mokhovaya. Las farolas a nuestro alrededor están prácticamente todas apagadas pero, por suerte, todavía titila la que se encuentra justo delante del letrero de un viejo local de aspecto muy avejentado:

*Escuela pública número 39, reza.*

—Tal vez sea lo mejor. Si encontramos a alguien que pueda hacerse cargo de ella, todo será más fácil —me confiesa Anatoli mientras da un empujón a un Masticador que apenas puede ya tenerse en pie y trastabilla a cada paso, al límite de sus fuerzas.

—Sí, tal vez —respondo, aunque no estoy tan segura. Le he cogido cariño a Tania y odiaría tener que dejarla en manos de desconocidos.

—El director de la escuela seguramente sabrá encontrar la vivienda de la niña y si queda todavía algún familiar con vida. Él la ayudará.

Pero la propia voz de Anatoli suena dubitativa. Hay muchos niños en las escuelas, y cada vez más huérfanos. Se han oído rumores de abusos por parte de algunos maestros: más que abusos indiferencia. Los propios hijos de los profesores están muriendo de hambre. En Leningrado todo el mundo mira ya para sí mismo y los hijos de los demás importan bien poco.

—¿Sí? ¿Desean alguna cosa?

Después de llamar a la puerta de la escuela número 39 un hombre rechoncho aparece tras la rendija. Tiene abundante papada y un rostro colorado y porcino. Es curioso pensar que hace un instante habíamos estado todos de acuerdo que era imposible aplicar la palabra gordo a ningún ciudadano de Leningrado desde hacía tiempo. Está claro que nos habíamos equivocado.

—Le traigo a esta niña —comienza a decir Anatoli señalando a Tania, que está inclinada en el suelo jugando con Prokofiev.

—Ah, la pequeña de la familia Savichev —dice el hombre, reconociendo a Tania.

—¿Y usted es? —Exige en ese momento el sargento Kubatkin, con gesto de desconfianza.

El gordo abre con esfuerzo la puerta y sale al rellano extendiendo su mano mientras exhibe una fina sonrisa.

—Soy el director Leimer. Me acompaña precisamente el comandante Plaksina, el responsable policial de este distrito.

De entre las sombras, detrás de la puerta, aparece otra figura oronda vestida con el uniforme de la milicia o policía local. Anatoli estrecha la mano de ambos. Sus ojos se achican y sus labios quedan fruncidos. Alguna cosa le ronda la cabeza.

—Veo que estaban comiendo y les hemos interrumpido —comenta, señalando una servilleta que cuelga todavía del cuello del responsable policial.

El comandante Plaksina se la quita a toda prisa, como si quemase.

—Perdone mi falta de educación, no me había dado cuenta. Tomábamos un sencillo refrigerio y...

—Sí, sí —añade entonces precipitadamente el director—, un sencillo refrigerio.

Los labios de Anatoli se fruncen todavía más. El director, viendo el gesto de su interlocutor, se apresta a coger a Tania de la mano.

—Aunque dejó la escuela hace unos meses, cuando murió su padre, no tenemos ningún problema en hacernos cargo de ella y buscarle un lugar entre nuestros pupilos. El comandante irá a su casa a comprobar si alguien de su familia, algún tío, por ejemplo, sigue todavía vivo. Si es así se lo entregaremos; de lo contrario la tendremos en régimen de internado con algunos otros chicos que han perdido a todos sus familiares. Aquí estará bien, no deben preocuparse ya por ella.

El comandante Plaksina asiente enérgicamente a todos los comentarios del director pero esquiva la mirada de Anatoli, que finalmente da un paso al frente y se coloca junto al dintel de la puerta.

—Con su permiso, a mí y a mi segundo al mando, el cabo Dimitri Konashenkov, nos gustaría visitar las instalaciones. Ambos estamos muy interesados en el sistema de educación patriótico instaurado por el camarada Stalin. Estoy seguro que aquí tendrán un centro ideal, un paradigma de los buenos usos y costumbres. Precisamente por eso me gustaría contemplar sus progresos en materia educativa.

El director da un respingo. La situación es extremadamente tensa, pues a nadie le pasa desapercibido que tras las palabras amables (tal vez demasiado amables, engoladas) de Anatoli, se esconde una amenaza.

—Eso, por desgracia, será imposible, sargento. Es muy tarde y los muchachos se han ido ya a dormir y...

A una señal de Anatoli, dos de sus soldados sacan sus armas, que apuntan a la cabeza del director y su invitado a aquel extraño ágape. El comandante Plaksina protesta enérgicamente, arguyendo que él es un oficial y no tiene obligación de obedecer a un simple sargento, pero el cañón de un fúsil se acerca hasta un palmo de su cara. Ello le conmina al silencio. El gordo se muerde los labios.

—Es un placer para mí que acepten de buen grado y con tan buen ánimo esta visita guiada —dice Anatoli, sin abandonar su sonrisa—. Con su permiso, voy pasando.

Dimitri se vuelve entonces hacia mí y me ordena:

—Tú quédate aquí con Tania y el resto de policías. Esto seguramente no lo querrás ver. Ni te imaginas lo que hay detrás de esa puerta.

Pero yo sé perfectamente lo que pasa por su cabeza. Aquellos hombres se están comiendo a sus alumnos. Por eso están tan gordos. Vuelvo la vista y veo a Tania jugando al corre que te pillo con Prokofiev, ajena a cuanto está sucediendo. Dos policías están con ella y la vigilan. Tres zombies y dos masticadores supervivientes están con el resto de uniformados, unos diez metros a la derecha. Tania no corre peligro. Así que me escurro por la rendija de la puerta antes de que el policía que está

montando guardia pueda decirme nada y echo a correr.

Cuando llego al comedor, el comandante Plaksina y el director Leimer están de rodillas con las esposas puestas a la espalda.

—Estábamos equivocados —dice en ese momento Anatoli a Dimitri—. No son caníbales; son unos hijos de puta.

En la mesa del comedor hay carnes de diferentes tipos (Strogonoff, pinchos Shashlik), pasta Pelmeni y Varéniki, hojas de col rellenas de carne con arroz, una gran cantidad de legumbres y patatas, empanadas Pirozhki, crepes Blini (una especialidad de Leningrado), caviar rojo y negro de beluga, salsas y diversos tipos de pan, destacando el negro Cherny. Dos de los niños más pequeños de la escuela hacen de camareros vestidos con libreas blancas y están retenidos en el otro extremo de la estancia. Aquel lugar fue una vez la sala de estudios y aún conserva los retratos de los grandes autores rusos del siglo XIX, contemplando horrorizados, desde el marco de sus cuadros, aquella bacanal de gula en medio de la hambruna más grande de la historia de Rusia.

—En diciembre dejaron de llegarnos la mayoría de las cartillas de racionamiento —está diciendo uno de los niños, con lágrimas en los ojos—. Somos 57 y solo nos llegaban 20 cartillas de comida. El director decidió que para que muriesen poco a poco 37... era lo mismo que muriésemos todos.

—Primero nos comimos todos los gatos y perros que pudimos encontrar —añade entonces el otro niño—. El 24 de diciembre, lo recordaré siempre, murió el primero de mis compañeros, Khobai. Nos lo comimos entre todos. Y también a Vladimir, que murió pocos días después. Ahora ya han muerto 12 de mis amigos. Mientras tanto, todos los días vemos engullir al director y al comandante lo que consiguen con las cartillas de racionamiento, aparte de muchas otras cosas que roban a otros desgraciados para surtir esta mesa de los mejores manjares. Nos tienen de camareros porque somos los más pequeños y no nos atreveríamos a luchar con ellos ni a escaparnos. Al resto, sobre todo a los mayores, los tienen encerrados bajo llave. Aunque ahora están tan débiles que no podrían escaparse ni aunque quisieran.

Mientras hablan, los dos niños no quitan el ojo a una ternera Strogonoff en salsa de mostaza y limón. Son las fuentes de comida que tienen más cerca, en un extremo de la mesa.

Dimitri se acerca al más pequeño de ambos y le revuelve el pelo.

—Nos vamos a llevar detenidos al comandante y al director de la escuela. Oleg —añade, señalando a un policía alto con pecas— se va a quedar con vosotros. Avisaremos a los servicios sociales y pronto estarán aquí. Os llevarán a un lugar seguro.

Dimitri descubre mi presencia en medio del comedor, meneando la cabeza en señal de desaprobación. Los servicios sociales no dan a basto. Todo el mundo lo sabe. Aquellos niños pueden acabar en un almacén, en una sala de espera de algún edificio oficial o, si tienen mucha suerte, en un hospital. Probablemente mueran de hambre



igualmente aunque los hayan rescatado. Porque los niños somos la carne de cañón de todas las guerras y de todos los asedios.

El cabo de la NKVD se da la vuelta en mi dirección pero sigue hablando a los pequeños:

—Mientras dura la espera, hasta que lleguen los servicios sociales, si desapareciera alguna de esas fuentes de ternera o cualquier otro manjar de los que hay en la mesa, no creo que nadie los echara a faltar. ¿Tú los echarás a faltar, Oleg?

—Para nada, señor. ¿De qué ternera me está hablando? Yo no veo ninguna.

Antes de que Oleg acabe su frase, los dos niños ya se han abalanzado sobre la primera fuente y tienen las manos sucias de salsa morada.

—Cuando os hayáis saciado —les aconseja—. No os olvidéis de llamar a vuestros compañeros. Ellos se lo merecen tanto como vosotros.



NIÑOS DE LA GUERRA con una asistenta social / RIAN 637

Retomamos la marcha poco después. Nuestro grupo lo forman ahora nueve policías, tres zombies asesinos, un director de escuela, un comandante de la milicia policial, un sargento de la NKVD, dos niñas pequeñas y un solo Masticador. Nada más abandonar la Escuela Pública Número 39 uno de nuestros Comedores de Cadáveres se cae de bruces. Muerte por agotamiento e inanición. Era un trabajador del metal que llevaba casi tres semanas sin llevarse nada la boca. La desesperación le había convertido en un caníbal sin alma y aquella caminata fue ya demasiado para él. Descanse en paz.

Seguramente, antes del asedio, me lo habría encontrado por la calle camino del trabajo y nos habríamos saludado. De hecho, se parece a muchos de mis vecinos; algunos de los cuales, por cierto, han muerto también de hambre o se han convertido en Masticadores y vagan sonámbulos por las calles, esperando que una presa incauta caiga en sus fauces.

Así que podría ser uno de ellos. Alguien de mi barrio o de mi mismo portal.

Tal vez lo sea.

—Está muerto —dice Anatoli, dando una patada al cuerpo y quitándole el bozal.

No añades nada más. No es necesario.

Por suerte, el final de nuestra odisea llega a su fin sin ninguna otra incidencia. Alcanzamos la sede central de la policía secreta en el número cuatro de la Avenida Liteyni y se escuchan suspiros de alivio en nuestra comitiva. Entre los policías. Los detenidos, por supuesto, no parecen tan felices.

Aquel edificio, más conocido como Bolshoy Dom (Большой дом) o la Gran Casa, como la llaman los habitantes de la ciudad, es un bloque de despachos y pisos oficiales. Construido siguiendo la moda de los años veinte, es un ejemplo de la arquitectura soviética: líneas rectas, mucho vidrio en grandes ventanales, luz y acero, ladrillo y líneas estilizadas. Un estilo que entonces se creía futurista, pues creíamos marcaría el porvenir de la humanidad: el cubismo llevado a la arquitectura y al mundo de las tres dimensiones. Los rusos siempre hemos sido gente convencida de nuestra superioridad moral y artística. En esto nos parecemos un poco a los nazis.

Pero también somos gente práctica, así que, en tanto aquel edificio es la sede no solo de la NKVD sino también de la milicia y de otros organismos claves para el funcionamiento de la ciudad... lo hemos convertido en prisión militar. La tercera planta está llena de prisioneros alemanes, fundamentalmente aviadores capturados. Eso lo sabe bien la Luftwaffe de Hitler y, aunque en este barrio quedan pocas casas intactas, la Bolshoy Dom es una de ellas. Las bombas del Führer arrasan la ciudad, pero la Gran Casa resta incólume. Desde sus grandes ventanales, los jerifaltes de Leningrado ven como el universo estalla por los aires y los supervivientes nos morimos de hambre.

—¡Por favor! ¡Por favor! —gime el director de escuela Leimer, mientras Dimitri lo arrastra por el cuello hacia el sótano del edificio.

Allí se encuentra otra prisión muy distinta de aquella en la que se hacían los aviadores nazis. A las celdas de los presos comunes se llega a través de un largo y sinuoso entramado, un laberinto que solo conocen aquellos que transitan a menudo la sede central de seguridad. Un lugar repleto de asesinos, violadores y de la peor calaña de Leningrado. Un lugar últimamente habitado por zombies y caníbales Masticadores.

—Tres zombies Come Personas y un Masticador Come Cadáveres —relata en voz alta y luego apunta en una libreta un tipo que lleva un grueso gorro de invierno. Reconoce a Anatoli y le dice—: Los primeros casos de comedores de carne fueron en diciembre: nueve arrestos en total. ¿Sabes cuántos llevamos ya este mes en solo una semana?

—Sorpréndeme —masculla Anatoli, lanzando una mirada de inteligencia a Dimitri.

—311, camarada Kubatkin. ¡311!

Nuestros zombies y nuestro Masticador acaban en una celda común con muchos otros de su calaña. No hay comida en Leningrado y mucho menos para aquellos asesinos sin alma que ya no pertenecen a la raza humana. A menudo, las autoridades los dejan a su suerte en aquellas celdas y acaban comiéndose los unos a los otros.

—¡No, con ellos no! —chilla el director Leimer, cuando ve que le están metiendo en una celda repleta de caníbales—. ¡Yo no soy un Masticador!

Dimitri da un paso al frente, coge del cuello al infortunado y acerca su rostro al del hombre.

—Tu compañero de cena, el comandante de la milicia Plaksina —le explica, señalando al otro detenido, que contempla la escena pálido y angustiado, con una vena latiendo en su sien y gruesas gotas de sudor deslizándose por su cuello— tiene muchos amigos. Tener amigos es algo importante en la Unión Soviética, querido director. Alguien tiene que pagar lo que ha pasado con esos niños en la escuela. Como tu compinche va a retrasar su juicio y castigo hasta que veamos hasta qué punto sus amigos en las altas esferas dan la cara por él, te toca a ti pasar un rato con nuestros amigos los Masticadores. Bien mirado, esto es justicia poética. Tú, que eres profesor, debes saber mucho de esas cosas, de poesía y literatura. Reflexiona sobre ello mientras pasas el rato «cenando» con esos muchachos.

De un empujón, el director acaba en el centro de una gran celda sumida en la oscuridad. Da un paso, pero su pie parece pegado a una sustancia untuosa, que huele a hierro y podredumbre. ¿Sangre seca, vísceras, orina...?, piensa, completamente aterrorizado. Un montón de ojos brillantes y de lenguas que se relamen le contemplan desde la penumbra. El gordo, cebado por todas las cartillas de racionamiento que les robó a sus alumnos, comienza a chillar en un sonido ululante. Poco después se le unen un coro ronco de zombies que aúllan con él.

Una corta carrera. Más chillidos y el ruido sordo de un cuerpo al caer al suelo placado por diez o doce hambrientos. Y luego muchos más chillidos.

Muchos, muchos más chillidos.

—Ya están los conejos en la madriguera —le dice Dimitri al sargento Kubatkin, después de meter al comandante de policía en una celda individual. Anatoli asiente con la cabeza. Cuando nos alejamos del ala masculina de la prisión, los gritos del director Leimer cesan abruptamente. Le sustituye un silencio ominoso.

—Creo que esos de ahí dentro tendrán comida para un buen rato. Leimer llevaba encima carne para alimentar a un regimiento —opina Dimitri.

Nadie le contradice porque probablemente está en lo cierto. Los Masticadores, durante unos días, no darán problemas a sus carceleros.

El teniente general Petr Nikolaievich Kubatkin nos espera en la entrada del ala femenina. El padre de Anatoli es un hombre bajo, con gafas estrechas y mirada fría como el acero. Tiene el aspecto típico del alto funcionario de la Rusia de Stalin, todo pose y guerrera cubierta de condecoraciones y charreteras. A nadie le extrañaría al verlo que le dijeran que es el jefe regional de la policía secreta. Precisamente lo que es. Petr sonrío al reconocer a su hijo y le da la mano:

—¿Has tenido problemas?

—Los de siempre. Al menos, los problemas habituales del último mes y medio. Eran siete zombies, antiguos trabajadores de la estación Finlandia, que habían aprovechado su conocimiento del terreno y contactos para conseguir un almacén. Allí amontonaban los cuerpos de aquellos que asesinaban. De esos cadáveres comían ellos, sus familias y un grupo de Masticadores que tenían a su servicio para disuadir a otras bandas o a curiosos.

—¿Cuántas víctimas?

—Trece.

—¿Entre tus hombres?

—Dos.

—¿Cuántos detenidos has traído a prisión?

—Sobrevivieron a nuestra intervención tres Comedores de Personas y un Comedor de Cadáveres.

El teniente general Kubatkin asiente mientras se masa la barbilla. Aquel es hasta el momento el grupo de asesinos zombies más violento y organizado que ha operado en la ciudad. Por eso ha creado la unidad de policía Anti Masticadores y mandado en persona a su hijo a un lugar tan peligroso como el distrito Viborg: para poner fin a aquella banda caníbal que desafiaba su autoridad. La mayor parte de ataques zombies son sencillamente ataques de locura. Gente que ha pasado tanto, que ha visto fallecer de forma horrible a sus familiares, que se muere de hambre y que, con sus últimas fuerzas, agrede a un tipo al que odiaba desde hacía años. Luego se lo come en un frenesí salvaje. Ya no es un ser humano, es un zombie, un Come Personas, una cosa que no merece formar parte de la misma raza que sus congéneres.

Los grupos organizados de asesinos, aquellos que raptan a las chicas que van solas por la calle o a algún niño extraviado, son todavía casos aislados. Esta es la primera vez (que se sepa) que una banda de zombies ha decidido organizar un negocio de asesinatos en serie, compra y venta al por menor de carne con su propio grupo de Masticadores y un almacén o depósito donde guardar los cuerpos. El teniente general no quiere que cunda el ejemplo y por eso ha arriesgado hombres y material. La ciudad está al borde del caos y precisamente sucesos como aquel, son los que pueden conducirla definitivamente a la barbarie y la destrucción.

—Bien hecho hij... Esto, sargento Kubatkin. Bien hecho, sargento Kubatkin —

dice, rectificando sobre la marcha.

Yo me encuentro a poca distancia, cogida de la mano de Tania. Nos han quitado a Prokofiev que, tras su ascenso a perro policía, debe haber comenzado ya su adiestramiento. Él, por lo menos, tiene un destino, un lugar en el mundo. Yo llevo un rato siguiendo a mis salvadores a través de pasillos, tramos de escalera, sótanos malolientes y, finalmente, celdas. El teniente general Kubatkin me parece un buen hombre y, no sé por qué, tengo la sensación de que en la intimidad no es tan frío como aparenta. Estoy segura que se alegra de haber visto regresar de una pieza a su hijo y, de haber estado solos, le hubiera dado un abrazo.

—Me preocupa todo este asunto del canibalismo, de los Masticadores, los Come Personas o como demonios queramos llamarlos. No quiero que se extienda.

Su voz, de pronto, suena apenada. Nos encontramos delante de una celda contemplando un grupo de diez mujeres andrajosas que nos devuelven la mirada desde la penumbra.

—Hasta ahora, aunque pueda parecer mentira a primera vista, estos sucesos han sido sobre todo cosa de amas de casa —explica el teniente general sin dejar de mirar a las presas—. ¿Quién puede echar en cara a una madre desesperada, una mujer viuda cuyo esposo está en el frente, que busque algo para echar en el puchero, algo con lo que alimentar a sus hijos desnutridos? ¿Sabías, Anatoli, que dos de cada tres casos de uso de carne humana para fines alimenticios han sido perpetrados por amas de casa? Mujeres solas que han perdido la fe en la madre patria y esta gran Guerra Patriótica que libramos contra los nazis.

Y entonces llega al turno de las cifras, que el teniente general desgrana con soviética precisión. Mes a mes, nos dice, asciende el número de detenidos. Ya son más de mil presos caníbales o zombies y, seguramente, antes de final de año sobrepasarán los dos mil. La ley criminal de la URSS ni siquiera tiene normas específicas contra el canibalismo y, tanto los que asesinan para comer como los que aprovechan la carne de los cadáveres, son acusados de «bandidaje» siguiendo el artículo 59.3 del código penal. Casi todos son condenados a muerte aunque unos pocos a sentencias que van de 30 a 40 años de prisión. El propio teniente general, en situaciones excepcionales, ha aconsejado la clemencia para algunas mujeres que solo pretendían alimentar a su parentela. En algún caso verdaderamente fuera de lo común y desesperado, el tribunal se ha apiadado del caníbal y el juicio se ha saldado con la puesta en libertad. Pero eso ha pasado solo un par de veces.

Porque lo cierto es que el hábito de comer carne humana es una plaga que se está extendiendo como la peste y las autoridades no saben cómo frenarla. Así que aplican mano dura, inmisericordes, intentando atajarla.

Anatoli escucha a su padre en silencio, sin interrumpirle. El teniente general termina su explicación diciendo:

—Hay que frenar a toda costa a los Masticadores. Es un fenómeno que hay que detener para que su ejemplo no cunda entre la población. Los zombies enloquecidos o

los asesinos despiadados que antes se dedicaban al estraperlo o al contrabando y ahora negocian con carnes... esos, no los vamos a frenar porque ya eran delincuentes antes del asedio y ahora lo siguen siendo. Y después de la guerra, si ni el hambre, ni las bombas, ni nuestras cárceles los matan, continuarán delinquiendo. Pero que la gente común considere que es lícito comerse a los cadáveres de sus vecinos, eso hay que pararlo o caeremos en la barbarie. ¿Entiendes?

—Entiendo perfectamente, padre.

El jefe de la NKVD asiente y luego, como si despertase de un sueño, nos contempla a mí y a Tania con una ceja enarcada. Y pregunta:

—¿Y estas niñas?

—Se llaman Tania y Catarina y las hemos rescatado del grupo de zombies de la estación Finlandia. Son huérfanas, y de una al menos dudamos que tenga a nadie que pueda hacerse cargo de ella en estos momentos. Pensé que serían aspirantes ideales para esa nueva iniciativa de la que me hablaste. Por eso están aquí.

Mientras caminamos alejándonos del área de celdas y ascendemos hacia la primera planta, Kubatkin padre e hijo hablan de una agencia que está a punto de crearse: la Oficina de Búsqueda y Reubicación de Niños. Hay demasiados huérfanos de Leningrado a merced de las mafias de la prostitución, de las recién creadas mafias de caníbales y zombies o de cualquier otro grupo que pretenda explotar a los débiles para su beneficio. La Oficina de Búsqueda y Reubicación de Niños pretende encontrar familias de acogida entre parientes, aunque sean lejanos, o bien entre familias locales con buena voluntad: familias que estén dispuestas a velar por los niños y dar cuenta a las autoridades de su estado de salud, de que están bien y nadie les está explotando, violando... ni comiendo. Se pretende crear más de cincuenta puestos de patrulla y vigilancia de los niños reubicados para que, ellos al menos, tengan un futuro, aunque la ciudad misma de Leningrado cada vez está más claro que no lo tiene.

—La Oficina de Búsqueda y Reubicación tardará más de un mes todavía en estar activa —le explica Petr a su hijo.

—Tal vez podríamos hacer un programa piloto con estas dos niñas. Yo mismo me encargaría...

—A ti te necesito a mi lado, para tareas importantes, Anatoli. Cualquiera puede encargarse de dos niñas.

El sargento Kubatkin nos mira y en sus ojos leo que no está tan seguro de que cualquiera pueda cuidar de nosotras, especialmente de la pequeña Tania.

—Sí padre, pero... —Anatoli trata de buscar una explicación racional, de convencer a su padre y superior de que es una buena idea que se encargue él en persona de aquel asunto. Pero no lo consigue, así que finalmente dice—: Pero es que quiero hacerlo, padre, te lo pido por favor. Quiero hacerlo y ya está.

El teniente general niega con la cabeza.

—Los cementerios que rodean Leningrado están llenos de hombres buenos que



querían hacer algo que no debían, como por ejemplo buscar día y noche a primos lejanos de dos niñas desconocidas cuando tenemos una epidemia de hambre y de comedores de carne humana. ¿Recuerdas a tu bisabuelo?, ¿recuerdas las historias que nos contaba de la mina en Koberovskogo? Él dejó atrás el hambre y la pobreza; consiguió algo en la vida gracias a su fuerza de carácter y determinación. Venimos de una familia pobre y hemos llegado hasta aquí porque siempre hemos tomado buenas decisiones. Decisiones tomadas con la cabeza y no con el corazón.

—Padre...

—Que uno de tus hombres se encargue de estas niñas y no se hable más.

—Padre...

—¡Y no se hable más, sargento! —El teniente general ha elevado un punto el tono de su voz. Nos hallamos ya en las oficinas de la NKVD y un grupo de hombres uniformados y de secretarias detienen sus conversaciones y se vuelven en dirección a nosotros—. Te necesito a mi lado, Anatoli.

El sargento Kubatkin inspira profundamente y acata la orden con un suspiro de resignación, inmerso en ese juego de tutear y luego dejar de tutear a su padre en el momento que desaparece el rol de progenitor y aparece su superior al mando.

Y ahora hablado su superior al mando. Las familiaridades han quedado atrás.

—Se hará como dice, teniente general —consiente Anatoli.

## 6

El despacho del jefe regional de la NKVD está repleto de fotos del camarada Stalin. El camarada Stalin con traje de gala mirando hacia el horizonte, en dirección a ese futuro dorado que nos ha prometido. Y también el camarada Stalin fumando junto a Lenin, el fundador de nuestra sagrada Unión de Repúblicas Soviéticas. Y el camarada Stalin saludando con la mano en alto a la plebe. Y el camarada Stalin delante de unos micrófonos, dando uno de sus interminables discursos. Incluso hay una foto del propio teniente general Petr Kubatkin dando la mano a Josef Stalin y sonriendo de oreja a oreja. Me quedo mirando esa última foto del padre de la patria, colocada estratégicamente para ser vista por todo el que entre. Así, cualquier visitante rápidamente comprende que el jefe de la NKVD tiene amigos en las más altas esferas. El marco se halla junto a la ventana y observo a través del cristal que un gentío cada vez más numeroso esta convergiendo hacia las puertas de la Gran Casa. Superan una de las grandes piezas de artillería antiaérea situadas en una plaza cercana y avanzan ciegamente, con los puños cerrados, la rabia tiñendo sus rostros de escarlata.

Por un momento, me pregunto si debo avisar a Anatoli, pero tengo miedo de abrir la boca y de que me hagan callar, porque para él solo soy una niña tonta de 15 años. Alguien que debe permanecer en silencio y en segundo plano, mientras los adultos toman las decisiones. Así que vuelvo a mi sitio al lado de Tania, que habla sola y da besitos a su muñeca de trapo. Yo le doy a ella un beso en la mejilla y nos damos un abrazo.

—Todo ha salido bien —dice Tania.

—De momento ha salido bien —la corrijo—. Veremos cómo acaba todo.

Me vuelvo hacia los adultos, esos que toman las decisiones por nosotras, e intento espiar su conversación. Por lo visto, se han olvidado «esas dos niñas pequeñas» y hablan como si estuvieran a solas. Tan poco contamos para ellos.

—Hay otra cosa de la que quiero hablarle, teniente general —dice en ese momento Anatoli. Por un momento, se detiene y parece reflexionar. Luego se vuelve hacia Dimitri, que ha ascendido desde las celdas con nosotros, siempre dos pasos detrás de su sargento, como un fiel guardián. Entonces añade—: Cabo Konashenkov, si es tan amable hágame todo el papeleo de las detenciones de la estación Finlandia. Ya sabe: los dos camiones perdidos, el ataque de los zombies y los Masticadores, todos los detalles pertinentes. Es para mandarlo al camarada Beria.

Todas las actividades de la NKVD en Leningrado deben ser reportadas por duplicado, una copia para los registros de la Gran Casa y otra para Laurenti Beria, el todopoderoso director general de la policía secreta y al que todos, incluido el teniente general Kubatkin, tienen un miedo cerval. No en vano es la mano derecha de Stalin y el torturador más famoso de toda Rusia.

Cuando su segundo abandona el despacho, Anatoli da un paso hacia su padre y le

musita:

—Gorkshov está muerto.

El rostro de su padre se contrae de sorpresa y aflicción. Es uno de sus mejores amigos y uno de los contactos más valiosos que tiene en el Politburó. Anatoli le tiende los restos del informe chamuscado que rescató de entre las llamas en el distrito Viborg, luego que la artillería alemana destruyera el vehículo en el que había llegado Gorkshov. El político pretendía informar de la presencia de un espía alemán entre los hombres de Kubatkin. Mientras su padre lee, Anatoli añade:

—No sabemos gran cosa del espía salvo que probablemente se llama Ivan A. Ivanovich.

—¿Ivan Alexeievich Ivanovich, tal vez?

—Tal vez, y tal vez no. Aleksándrovich, Alexeievich, Arkady... Esa «a» puede significar cualquier cosa. Eso, si he conseguido ordenar bien las letras del nombre, porque estaban apedazadas. Además, aunque estuviéramos en lo cierto y su nombre completo fuera Ivan Alexeievich Ivanovich... hay miles, tal vez decenas de miles de Ivanovich en Leningrado; seguramente no pocos con ese nombre de pila. Eso si lo sigue utilizando y no ha tomado otra identidad.

—En otro fragmento del informe —comenta el teniente general, inclinándose sobre una página— se dice que habla alemán a la perfección. Eso no es muy común.

—Si se ha infiltrado entre nuestros hombres bien podría fingir que no sabe ni una palabra de alemán. Incluso reconocer que lo hable le haría sospechoso. Ese dato no nos sirve para encontrarle.

Petr asiente distraídamente y sigue leyendo. Con esfuerzo entresaca algunos fragmentos más del informe. El teniente general hace un par de llamadas y descubre que su amigo Gorkshov acudió desde el frente de batalla después de que un contraespía ruso hubiera descubierto la identidad del infiltrado. Se tardarán días en tener una copia del informe porque en el lugar donde tuvo lugar la reunión con el contraespía, las divisiones rusas están luchando duramente con la punta de lanza de las tropas del general alemán Manstein. El jefe Kubatkin consigue saber, sin embargo, que Gorkshov pasó por el campo militar de Zvanka, en el sur de Leningrado, antes de ir a buscar al infiltrado. Es una información que hay que tener en cuenta porque Zvanka está mucho más cerca.

—Me preocupa sobre todo este párrafo —dice entonces Anatoli, cambiando de tema y señalando la parte inferior de la página tres, una de las más chamuscadas.

—Sí —reconoce su padre—. Yo también me he dado cuenta que dicen que es de origen siberiano. Y sé bien que el único siberiano de tu unidad es Dimitri.

—Así es.

—¿Y pondrías la mano en el fuego por Dimitri?

—La pondría sin dudarlo.

—¿Y la dejarías cuando comenzase a arder?

Anatoli guarda silencio y su padre se muerde el labio inferior.

—Este es un asunto complicado. Perfectamente el espía podría disimular su acento siberiano, si es que lo tiene. Si habla perfectamente el alemán probablemente haya vivido un tiempo en Alemania y puede haber perdido el acento ruso. También podría imitar la forma de hablar de cualquier otra nación de las que componen la gran Unión Soviética. Estos espías son muy hábiles, por eso son elegidos para estas misiones. Por lo tanto, no podemos descartar a Dimitri pero tampoco a ningún otro miembro de tu unidad. ¿Recuerdas qué dijo exactamente Gorkshov cuando apareció en el distrito Viborg mientras luchabais contra los zombies?

—Sencillamente, gritó algo sobre detener al infiltrado alemán y señaló en nuestra dirección, sin que quedara claro a quién se dirigía. Allí estábamos todos los policías de la unidad, incluidos rehenes, los detenidos, un montón de cadáveres...

—Ya...

El teniente general se queda en silencio mientras parece estar sopesando alguna cosa. Anatoli parece adivinar el rumbo de sus pensamientos:

—Yo también nací en Siberia, padre.

—Bueno, eso qué más da. Yo estaba destinado en Novonikoláyevsk por entonces y, aunque hayas nacido Siberia, dudo que ningún informe hablase de ti, aunque fueras un espía, describiéndote como siberiano. A los tres meses me habían destinado a Moscú para... Bueno, ¿de qué tonterías estamos hablando! Tú no eres ni nunca has sido siberiano: tú eres mi hijo y de ninguna manera un espía.

—Pero hablo alemán.

—Lo hablas bastante bien pero de ninguna manera perfectamente como dice el informe. ¡Demonios! Deja de decir tonterías y de confundirme para que no sospeche de Dimitri.

El teniente general dio un puñetazo en la mesa.

—Has acertado, padre —dice entonces Anatoli, con una sonrisa de oreja a oreja—. Solo quería demostrarte que todos los miembros de mi unidad somos sospechosos, incluido Dimitri y hasta yo mismo. Tal vez debieras retirarnos del servicio y que nos interroguen uno por uno para...

La puerta se abre con estrépito. Dimitri entra en el despacho con tanto ímpetu que el cristal de la parte superior de la puerta se resquebraja al rebotar la madera contra la pared.

—¡Nos atacan! ¡La turba nos ataca!

Afuera se oye el rumor embrutecido de un millar de voces roncadas y, de fondo, gritos de otros miembros de la NKVD, que anuncian:

—¡La gente de Leningrado está atacando la Gran Casa!

El Bolshoy Dom no solo es la sede de la policía secreta, de la milicia local y otras organizaciones ligadas al poder. También es un almacén de pan, de grano y de cereales. ¿Qué lugar más seguro para guardar los últimos víveres que hay en la ciudad que donde se hallan los soldados, los rifles y las armas? Las autoridades piensan que aquel tesoro está seguro en la Gran Casa, que los policías evitarán que

una población hambrienta intente hacerse con aquello que necesitan para llenar sus estómagos vacíos.

Pero tal vez ha sido una presunción demasiado simple.

Porque la población de Leningrado está desesperada, las raciones cada vez son más pequeñas y hay semanas enteras en las que no se distribuyen cupones para las cartillas de racionamiento que, además, apenas repartían dos rebanadas de pan por persona hasta ese momento. Desde el principio de febrero, las autoridades han estado a punto de perder completamente el control de la ciudad. El canibalismo es solo un resultado más de la falta de respeto por las normas sociales. Las gentes se han convertido en animales y su propia vida ya no tiene importancia. Si tienen que morir de hambre que sea luchando por dar de comer a sus hijos.

Así pues, el caos más absoluto se apodera de la Gran Casa. Se oyen disparos. Los grandes ventanales de estilo futurista estallan en pedazos. Un cóctel molotov atraviesa el alfeizar más cercano y el despacho del teniente general comienza a arder. Salimos a la carrera y nos enfrentamos al caos en las oficinas de la NKVD, donde nadie sabe qué hacer y todo el mundo da órdenes contradictorias.

—¡La turba ataca la Gran Casa! ¡Los ciudadanos de Leningrado se han vuelto locos!

Tal vez esa es la explicación de cuanto sucede. Sencilla y llanamente. Se han vuelto locos.

—¡Cuidado!

Por doquier suenan los disparos y un cañón ladra a lo lejos. Desde el tejado se abre fuego contra la multitud pero centenares, ¡no!, miles de ciudadanos están atacándonos con palos, con piedras, algunos con armas. La sede central del poder en la ciudad ya no es respetada por los ciudadanos de Leningrado.

El caos que temía el teniente general nos ha alcanzado por fin.

Luchando contra ese caos, la guardia de la entrada ha muerto defendiendo el perímetro de la Gran Casa. Unos hombres han cortado sus cabezas y las exhiben ante la muchedumbre. Se escuchan vítores. Un grupo de guardias armados con metralletas alejan a la primera línea de la horda asesina, pero solo son seis hombres y la turba no se frena, a pesar de que las balas crean regueros de sangre y una orgía de cuerpos amontonados. Otros cien, doscientos, otros mil hombres atacan con renovada determinación y el pelotón de guardias armados es engullido por la multitud.

—Bajemos, hijo. ¡Por aquí! —Ordena el jefe Kubatkin.

De pronto, estamos cerca de la entrada del primer piso. Los últimos guardias y policías han creado una barricada desde la que están intentando en vano frenar a los asaltantes. La barricada está formada por sillas, mesas, estanterías, puertas sacadas de sus goznes, percheros y archivadores. Algunos hambrientos han saltado ya las defensas y corren hacia los almacenes buscando la comida que necesitan sus hijos. Por el camino asesinan a administrativos y secretarías. A cualquiera que les sale al paso.

Ni siquiera son Masticadores, ni zombies, ni delincuentes. Son trabajadores de las fábricas, son amas de casa, con los ojos inyectados en sangre, los puños cerrados, los vientres vacíos.

—¿Qué hacemos, sargento? —inquire Dimitri, mientras dispara la última bala de su subfusil, que impacta de forma certera en el ojo de un asaltante que se hallaba en la cima de la barricada. El hombre cae hacia atrás clavando el pico que llevaba en la mano en el asaltante que lo seguía. Ambos caen muertos, pero tras ellos avanzan un grupo tras otro de hambrientos. Es una horda sin fin.

Anatoli no tiene tiempo de responder. El teniente general Kubatkin levanta la voz y grita a quien quiera oírle:

—¡Retirada! ¡Retirada! ¡Que todo el mundo abandone la Gran Casa!

Las puertas traseras del edificio se abren y salimos a la calle mientras tabletean las últimas ametralladoras para crear un corredor seguro por el que podamos huir. Mientras corro, noto que algo o alguien me araña las piernas. Luego una lengua que me roza los muslos.

—¡No! ¡No! —grito, convencida de que las uñas de un zombie Come Personas me están intentando asir de los tobillos. Sé que van a comerme, que tras la gente de la calle, una hueste de zombies han entrado en el edificio y están devorando hasta el último de los supervivientes.

Sin dejar de correr, vuelvo el rostro hacia mi atacante. Aliviada, me detengo y me inclino para que mi perseguidor me lama la mano.

—¡Prokofiev! ¿No te estaban adiestrando para ser perro policía?

Cuando entramos en la sede central, los de la unidad canina se hicieron cargo del animal, pretextando que Dimitri les había dicho que ahora era el sexto perro policía de la ciudad. Pero parece que nunca ha llegado a convertirse del todo en miembro de la milicia o de la policía secreta. Durante el ataque le han dejado solo y ha decidido ir a la búsqueda de aquellas que considera sus amas: Tania y Catarina. Por suerte para él, las ha encontrado antes de que algún grupo de hambrientos se lo comiera.

—¡Vamos, niñas! ¡Vamos!

Anatoli corre campo a través. Le siguen unos pocos policías, un grupo de secretarias asustadas y los restos de la Guardia de la Gran Casa. Habrá que llamar al ejército para restaurar el orden. Eso si es que en Leningrado se puede todavía restaurar el orden.

Con ese pensamiento en mente, cojo la mano de Tania y echo a correr tras el sargento Kubatkin. Prokofiev nos sigue la mar de contento, convencido de que es un juego.

Pero no es un juego. De hecho, hoy no habrá tiempo para juegos. Aunque apenas hace una hora que ha amanecido... nuestros problemas no han hecho más que empezar.



CARTILLAS DE RACIONAMIENTO, cupones, pan, etc. / RIAN 46124



ARTILLERÍA ANTIAÉREA en Leningrado / RIAN 62364



# **SEGUNDA PARTE**

## **EL MERCADO**

*—Recoge a Prokofiev del asiento de atrás —le pidió Catarina Kubatkina a su nieto mientras descendía del automóvil.*

El pequeño Anatoli hizo lo que su abuela le pedía, algo torpemente, todavía anonadado por la historia que le estaban explicando, llena de zombies, de aventuras, explosiones, mutilaciones... «la hostia, de todas esas cosas que a él tanto le flipaban» y que de pronto abandonaban el universo de las novelas, el cine o los juegos de consola para instalarse en el mundo real.

—¡San Nicolás Bendito! ¡Joder! Es alucinante todo lo que me estás contando — exclamó el niño mientras liberaba al perro de sus ataduras. El animal saltó de alegría, le lamió el rostro (un signo característico de todos los Prokofiev de su abuela) y salió a la nieve, comenzando una carrera frenética entre la hierba teñida de blanco.

—No digas palabrotas —le reconvino Catarina, pero sin mucha convicción, porque aquel era el exabrupto habitual que ella misma utilizaba desde que tenía uso de razón.

Porque a sus noventa y dos años, Catarina Kubatkina seguía siendo la misma de siempre. Incluso a menudo se peinaba con dos coletas, como cuando niña. Seguía amando y odiando con la misma intensidad del primer día. Porque era una de esas personas que viven en un presente continuo, que nunca olvidan, eternamente fieles y enamoradas de quienes les fueron fieles y les amaron, pero por eso mismo rencorosas hasta la médula, incapaces también de olvidar a quienes les dañaron.

—¡Sexto, ya está, deja de jugar! ¡Ven!

Prokofiev abandonó su carrera en la nevada espesura y regresó junto a su ama, colocándose a su diestra, como le habían enseñado. Porque aquel era el descendiente número seis del Prokofiev original. Y todos se llamaban, aparte de Prokofiev, según su numeral. El quinto Prokofiev había muerto tres años atrás y este era nieto del tataranieto del perro original: más conocido como Sexto. Y respondía por ambos nombres, tanto por Prokofiev como por Sexto. Aunque para las órdenes directas Catarina solía utilizar el numeral, para referirse al perro ante terceros le llamaba Prokofiev. De cualquier forma, el animal sabía que aquellos dos nombres le designaban y obedecía al oír cualquiera de ellos.

—Muy bien, muchacho. Buen perro —dijo Catarina.

La anciana comenzó a caminar en dirección hacia una hilera de casas desvencijadas, al final de un corto camino que serpenteaba en el suelo helado. Se trataba de edificios de madera abandonados décadas atrás, algunos con los techos caídos, mostrando sus entrañas de madera.

—¿Vas a seguir con la historia de los zombies de Leningrado? —preguntó entonces Anatoli, que quería saber más de aquellos sucesos increíbles; por el contrario, apenas estaba interesado por cualquier relato relacionado con la villa de Nikolaipol en la que ahora se hallaban o con los orígenes de su familia.

De hecho, era la primera vez que pisaba aquel lugar. Y la primera impresión que

se llevaba, además, no era muy buena. Ruina, desolación y ningún sitio donde jugar ni donde conectar ninguno de sus aparatos electrónicos. Ni siquiera había cobertura para el móvil en aquel lugar perdido de la mano de Dios.

Pero al menos tenía la historia de los zombies para pasar el rato.

—Aquí nací yo —dijo entonces Catarina, avanzando hacia una casa de la que solo quedaba la puerta y parte de la fachada.

«Y aquí quiero que me entierren cuando en poco tiempo termine mi tiempo en este mundo», añadió en voz tan baja que su nieto no pudo oírla. Por el contrario, sí pudo oír perfectamente a su abuela cuando se volvió y dijo:

—Pero de momento no quiero aburrirte con la historia de mis primeros años en este lugar. Mejor te explico qué pasó cuando huimos de la Gran Casa después de que la atacasen los hambrientos de Leningrado.

El pequeño Anatoli pensó que aquella era una decisión excelente.

Y dio un beso a su abuela en la mejilla.

*El casero de una vivienda robó las cartillas de racionamiento de sus inquilinos y, mientras estos se morían de hambre, su mujer intercambiaba las miserables raciones en el Haymarket por relojes de oro, telas de rica seda o diamantes (...)*

HARRISON E. SALISBURY  
*(The 900 days: The siege of Leningrad)*

Tania y yo estamos rezando junto a la catedral de Kazan. Los grandes portones se hallan cerrados pero un grupo numeroso nos hemos refugiado en las columnatas de la fachada lateral, de las que penden gigantescos murales con escenas patrióticas: soldados rusos a la carga, tanques en formación, hombres y mujeres preparados para derrotar a la hidra nazi.

Delante de las famosas 96 columnas, juntamos las manos y pedimos a Nuestra Señora de Kazán que nos ayude. Miles de ciudadanos de Leningrado han estado rezando a Nuestra Señora, pidiendo ayuda durante meses, y ella ha echo oído sordos. Pero seguimos rezando, porque es prerrogativa de los humanos caer una y otra vez en los mismos errores y supersticiones.

Después de persignarnos, la pequeña Tania me coge de la mano y me lleva al final de la columnata. Yo contemplo maravillada la inmensa mole de la Catedral, hecha a imagen y semejanza de la de San Pedro en el Vaticano. Uno de los orgullos de nuestra ciudad. No muy lejos, cerca de la carretera, están Anatoli y Dimitri fumando unos cigarrillos de boquilla de cartulina tipo «papirosa», que son los más habituales en la URSS. Mientras lían otro cigarrillo, contemplan la ofensiva de las fuerzas especiales.

—¿Vamos a morir? —me pregunta Tania, abriendo mucho los ojos, como si estuviera segura de que yo tengo la respuesta a una cuestión semejante.

Ella ha aprendido a huir de los Masticadores. Sabe esconderse, sabe correr. Ha aprendido todo eso en el tiempo que lleva sola en las calles. Pero aquella situación, con tantos soldados, disparos, gente enloquecida... comienza a superarla.

—Seguro que no —le digo, tratando de parecer convencida—. Ahora mismo los policías y los soldados están tomando la Gran Casa y dentro de poco nos llevarán a un lugar seguro.

En efecto, se escucha muy cerca el sonido del cañón de un KV1, un tanque pesado soviético, que se está abriendo paso entre la multitud de hambrientos que intenta huir del Bolshoy Dom con un saco de harina o de trigo para alimentar a sus familias. Por una calle lateral, un pelotón de policías montados cargan contra un grupo de fugitivos, que pierden las bolsas de comida cuando tratan de esquivar los cascos de los caballos.

—¿Hay algún lugar seguro? —inquire entonces Tania, dando en el clavo respecto a la situación a la que realmente nos enfrentamos.

Esta vez no respondo. Camino despacio para tener una visión de conjunto de la Catedral. Veo en toda su extensión el semicírculo de la columnata y al fondo la cúpula, grandiosa, setenta metros sobre nuestras cabezas. Procuero abstraerme del espectáculo de los soldados con ametralladoras y la turba cediendo por fin ante el avance de unidades regulares del ejército. Los hambrientos caen a centenares, superados por la potencia de fuego y la disciplina de sus nuevos adversarios.

—Esa gente solo quería comer... no comernos —me dice Tania, que debe haberse levantado para colocarse justo detrás de mí.

Es una distinción importante.

—Todos queremos comer pero si matamos a los policías y no se respeta el orden... al final nos comeremos de verdad los unos a los otros.

—¿Eso no está pasando ya?

Callo de nuevo y bajo la cabeza. Permanezco en silencio al menos media hora contemplando de reojo, casi sin querer verlos, a soldados con lanzallamas quemando vivos a los últimos rezagados o a los más osados, a aquellos que están dispuestos a acabar carbonizados a cambio de la posibilidad de un poco de pan o de cereales o de legumbres.

Pero su osadía, su valentía llevada al extremo, solo les conduce a la muerte. La Gran Casa es reconquistada poco después y el teniente general Kubatkin aparece con otros hombres uniformados y llenos de condecoraciones por la Avenida 25 de Octubre. Alcanzan la Catedral, nos reconocen y se detienen. Petr se desvía del grupo de altos mandos y prohombres de la ciudad para dialogar brevemente con su hijo:

—¿Todavía estás aquí con este asunto de las niñas? —comenta, levantando la vista por encima de su hombro y descubriéndonos a Tania y a mí cerca del final de la columnata.

—Ya te dije que quería hacerlo, que quería buscarles un hogar. Además, ahora mismo no me necesitas. La ciudad está al borde de caer en la anarquía y no viene de un par de policías más o menos. El ejército debe restablecer el orden y mañana, cuando toda la ciudad esté segura, y las niñas en una casa donde las cuiden, podré regresar a mi unidad. Solo te pido una licencia temporal.

El Jefe Kubatkin respira hondo, como si fuera a perder la paciencia con su hijo. Pero finalmente asiente.

—Preferiría que estuvieses en un lugar seguro. Pero ahora mismo todos los sitios son igual de peligrosos. Encuentra algún familiar que se haga cargo de las mocosas y vuelve cuanto antes. Te doy veinticuatro horas. Para entonces ya habrá llegado el informe de aquel asunto que hemos hablado y tendremos una cuestión realmente importante entre manos, una que tendremos que solucionar.

Se está refiriendo, por supuesto, al asunto del espía alemán. Dimitri es el único que no sabe de qué están hablando, aunque acaso lo intuya, porque chasquea la lengua y mira hacia otro lado, tal vez porque se siente excluido, tal vez porque tiene algo que ocultar.

—¡24 horas, Anatoli! ¡A las diez de la mañana te quiero en la Gran Casa! ¿Entendido? —repite el teniente general en voz alta mientras camina de regreso hacia la banda de jefazos de los cuerpos policiales, del ejército y del partido.

Anatoli termina su cigarrillo y lo arroja al suelo. Da unos pasos hacia nosotras e inclina la cabeza hacia Tania:

—Oí decir al director de la escuela que tu padre había muerto. ¿También tu

madre? ¿El resto de la familia? ¿Queda alguien que pueda cuidar de ti?

Tania, o no lo sabe o no quiere recordar. Se da la vuelta y se coloca detrás de mí, poniendo incluso a su muñeca de trapo delante del campo de visión de Anatoli, como si le diera vergüenza hablar de aquel asunto. Prokofiev salta de nuevo al regazo de la pequeña y le lame la barbilla. Pero el sargento Kubatkin no desiste; da la vuelta hasta encarar de nuevo a la niña y a su perro. Entonces se pone en cuclillas para estar a su altura. Prokofiev lanza un ladrido de advertencia. Nota la tensión en el ambiente y su prioridad es salvaguardar a la más débil del grupo.

—Dime al menos dónde vives —ruega Anatoli, con voz meliflua—. ¿Por aquí cerca? ¿En el distrito Viborg donde te encontré? ¿Por la zona del Arco de Triunfo de Narva? ¿Cerca de alguna estación? ¿La de Moscú, la de Varsovia, la del Báltico, la de Vitebsk?

Cuando oye el nombre de esta última estación, Tania me coge de la cintura y aprieta los dedos. Yo hago un gesto de asentimiento a Anatoli. Este avanza e de rodillas hasta la niña y la toma de la mano libre, la que sujeta su diario. Prokofiev, que no tiene donde asirse, resbala al suelo y ladra de nuevo. Se pone a dar círculos en torno a la niña, con la lengua fuera.

—Déjame que te ayude, Tania.

—Avenida Zagorodny N.º 13, segundo B —dice finalmente, echándose a llorar; lo que, bien mirado, no es precisamente un buen augurio de lo que nos vamos a encontrar allí.

Pero igualmente hay que intentarlo. Anatoli le hace un gesto a Dimitri y salimos de la zona de la columnata de la Catedral. Vamos en dirección a un pequeño automóvil que han requisado para que nos desplazemos por la ciudad.

Solo me distraigo un segundo, cuando aprieto el paso para ponerme a la altura de los dos policías.

—Luego buscaremos a tu familia —me dice Dimitri, guiñándome un ojo—. No te preocupes.

—No me queda familia en Leningrado. Al menos familia viva —le respondo.

—Ya veremos qué se puede hacer —me dice el siberiano—. Tenemos un censo de la ciudad. Tal vez un primo lejano, o un tío o una familia de acogida. Ya pensaremos en algo.

—Tengo un tío por parte de madre que es pescador. A veces fondea su barco en la Isla Krestovsky, al norte de la ciudad.

—¿Ves? —Concluye Dimitri, confiado—. Encontraremos una solución.

Meneo la cabeza, dudando de que aquello sirva de algo y luego me vuelvo hacia Tania, que debería estar ya a mi diestra cogiéndome la mano, como siempre. Pero cuando me vuelvo Tania no está.

Anatoli, que está asiendo la portezuela del vehículo, me mira de forma inquisitiva. Dimitri hace lo propio. Por un momento, no entendemos lo que está pasando. Por fin distinguimos a Prokofiev, que se encuentra al otro lado de la calle,

ladrando en dirección al centro de la ciudad.

Pero la pequeña no está con él. Ha desaparecido.





MURALES CON ESCENAS BÉLICAS delante de la Catedral de Kazan / RIAN  
594290



TANQUES SOVIÉTICOS en las calles de Leningrado / RIAN 306

Vamos a la carrera, atravesando las calles a pie, dando gritos, buscando a Tania, a la que no vemos por ninguna parte. Prokofiev va delante, siguiendo el rastro, pero hace tiempo que parece perdido. Se detiene y olisquea largo rato una farola. Luego vuelve a echar a correr.

Al volver una esquina cualquiera vemos a una mujer vomitando y llorando al mismo tiempo.

—¿Ha visto a una niña? ¿Morena, de unos diez años? Lleva un diario y una muñeca —le pregunta Anatoli ayudándola a incorporarse.

La mujer intenta hablar pero los sollozos se lo impiden.

—Tranquilícese —le aconseja Anatoli—. Dígame para empezar cómo se llama.

—Soy... soy la señorita Frolova y trabajo en el laboratorio de... —La mujer se interrumpe, comenzando a llorar de nuevo.

—La niña, la niña, ¡por favor! —le grita Dimitri, zarandeándola.

—Está allí, está muerta —nos anuncia Frolova, señalando una mujer encorvada en la penumbra, enarbolando un largo cuchillo de carnicero.

Anatoli descuelga su rifle y se acerca la mujer. No tendrá más de cuarenta años, el rostro enjuto, la mirada perdida. Se vuelve hacia el sargento de la policía y le muestra una sonrisa de encías sangrantes.

—Es mi hija. Es solo mía. Ha muerto mientras íbamos a una cola con nuestra cartilla de racionamiento. Tengo dos hijos más, muy pequeños. Ellos necesitan comer y mi pobre hija ya no necesita su carne. ¡Dios la tenga en su gloria! Hará un último sacrificio por sus hermanitos. Les dará de comer.

Y sin añadir ni una palabra más lanza su cuchillo y lo clava en el muslo de la muchacha. Al poco lo está serrando con cuidado para cortar la carne blanda.

La mano de Anatoli tiembla, el cañón de su arma muy cerca de la sien de la mujer. A lo lejos, oigo todavía a la ayudante de laboratorio Frolova vomitando. Prokofiev, por su parte, ladra a aquel ser demente que se ha convertido en la carnicera del cuerpo de su propia hija.

—Tenemos que encontrar a Tania —le recuerdo a Anatoli—. Esta mujer no tiene nada que ver con ella. Esa niña no es Tania.

Anatoli vuelve a colgar el arma de su hombro. Entonces la mujer desconocida parece despertar de su trance y nos observa.

—¿Buscáis a la niña pequeña de la muñeca roja?

—Sí, sí, sí —aúllo, dando un paso al frente que me coloca delante de su cuchillo sanguinolento.

La mujer alza su arma y señala al final de la avenida, hacia el Haymarket.

—Se la llevaron los chicos del mercado de carne. Yo me daría prisa si no queréis verla expuesta en un tenderete convertida en unos bonitos filetes. —La mujer parece entonces reparar en que eso es precisamente lo que está haciendo con su hija y la voz

se le quiebra—. Unos bonitos filetes —repite, enjugándose una lágrima con el dorso de la mano para no mancharse de sangre.

Pero sigue cortando, maquinalmente, con soviética eficiencia.

Sin pensarlo dos veces, proseguimos nuestra carrera. Todos conocemos el Haymarket, el mercado central de Leningrado. Allí puedes comprar cualquier cosa, cambiar cualquier cosa, empeñar cualquier cosa... desde tabaco de contrabando a joyas de dudosa procedencia. Antes del asedio alemán en esa categoría indefinida de «cualquier cosa» no entraba la carne humana, pero últimamente hay rumores acerca de nuevos grupos de carniceros. Por lo visto, abastecen de una forma muy personal unos puestos donde ya no debería haber carne... pero aún así sigue habiendo. Y nadie pregunta de dónde viene esa carne.

—Vamos, vamos —nos exhorta Dimitri, que es el más ágil de todos nosotros y nos saca más de veinte metros en nuestra loca carrera al mercado. Ni siquiera pensamos en nuestro coche, que sigue aparcado en la Avenida 25 de Octubre. La vida de Tania depende de minutos, acaso de segundos: no podemos volver a atrás y perder esos preciosos minutos.

Además, el mercado es un lugar atestado, donde hay que moverse a pie o no moverse en absoluto. Aunque tal vez sea todo en vano. Porque buscar a alguien en el Haymarket es como buscar una aguja en un pajar. Centenares de tenderetes, miles de personas y de artículos, gente voceando, niños, mirones, pequeños hurtos, carreras, peleas... y ahora traficantes de carne humana bien organizados.

Y probablemente, también zombies y Masticadores.

Cuando llegamos al mercado, lo primero que vemos es una mujer anciana que arrastra a su hijo en un trineo. El joven tiene la vista perdida. La inanición le ha comido las fuerzas y ya ni siquiera es capaz de andar. Probablemente en unas horas habrá fallecido pero la madre sigue luchando por él, hasta el mismo límite de sus fuerzas.

El trineo pasa de largo y, tras su estela, aparece el Haymarket: una multitud que camina en estado de trance, muchos de ellos precisamente Masticadores al borde de esa misma inanición y de la muerte que la sigue, esperando que a un vendedor se le caiga un pellizco de azúcar o un pedazo de salchicha. Hay hombres que se inclinan en el suelo por una piel de tomate podrida y hasta se pelean por llevársela a la boca.

Esto es el gran mercado de la otrora orgullosa ciudad de Lenin, un lugar donde la moral no cuenta y solo importa el dinero, los rublos, las ganancias. Precisamente en torno a estas calles caminaba el Raskolnikov de Dostoievsky en su obra maestra Crimen y Castigo. Cuando el más grande escritor de la historia de Rusia quiso crear el arquetipo de la inmoralidad más absoluta, ¿dónde lo haría transitar? ¿En qué lugar podría existir un ser semejante justo en el momento de acudir en la novela a la policía a confesar sus abyectos crímenes? Estaba claro, el único lugar posible era la calle Sennaya, entre el canal Gribeodova y el canal Moika, ese enclave más allá de toda ética humana: el Haymarket.

Y entre los diferentes edificios del mercado buscamos a Tania, abriéndonos paso enfebrecidos, pero cada vez más conscientes de que, tal vez, nuestra tarea sea inútil. Solo Prokofiev, olisqueando rastros con gesto concentrado, parece convencido de que lo conseguiremos. Dimitri lo lleva cogido con una cuerda para evitar que nos lo roben, porque aún tenemos miedo de que sus antiguos dueños, o cualquier hambriento, decidan meterlo en una cazuela.

En medio de un caos infinito de miles de personas, en una parada cualquiera, nos encontramos con Anatoli Darov. Es un viejo amigo del sargento Kubatkin. Los dos han ido a la escuela y han pasado muchos y buenos ratos juntos. «Los dos Anatoli» (nos comentan que así les llamaban en el colegio) se abrazan brevemente antes de la inevitable pregunta:

—¿Has visto una niña pequeña con una muñeca roja y un diario?

Darov enarca una ceja, como si pensase que su amigo está de broma. Hace una seña en derredor, donde cientos de niñas deambulan en estado de trance buscando ese trozo de carne o de hortaliza que se le podría escurrir a un tendero, ofreciendo sus cuerpos a los hombres a los que acaban de ver comprar comida, o sencillamente vagando solas con lágrimas en los ojos, esperando la muerte.

—No sé nada de una niña, amigo. He venido con mi novia Dmitria a comprar un buen par de botas para pasar el invierno. —Darov abre una bolsa y enseña unas hermosas botas de piel—. Las hemos cambiado por dos barras de pan duro que encontramos en la despensa. Seiscientos gramos de pan a cambio de unas botas de varios cientos de rublos. ¿Te lo puedes creer? El mundo se ha vuelto loco y la comida vale más que el oro.

Anatoli le da la razón, pero está preocupado por Tania y el asunto de las botas le trae sin cuidado. Explica a su amigo lo que acaba de suceder, el rapto, la ciudad presa del canibalismo y la sospecha de que carniceros ilegales se han llevado a la niña.

Su amigo hace un gesto para interrumpir su discurso. Parece que ha recordado alguna cosa. Se vuelve hacia su novia y le dice:

—Dmitria, cuéntales lo que te pasó el otro día.

La mujer, una ucraniana morena con el rostro aquilino, como marcado a cincel, parece dubitativa.

—¿Qué cosa?

—Lo que te pasó aquí al lado, en la calle Dostoievsky.

La mujer consigue recordar y señala al otro lado del mercado, hacia una pequeña vereda discreta que conduce a unos edificios de nueva construcción.

—Fue allí. Un hombre me ofreció las botas que andaba buscando para regalarle a Darov. Hace días que voy a la caza de unas que le gusten —nos explica—. El caso es que llamó a una puerta y el hombre que me había ofrecido las botas dijo: «vengo con una viva». Aquella frase me sobresaltó. Todos hemos oído hablar de los Masticadores o hemos visto alguna escena terrible y apartado los ojos. No sé por qué, pero me dio miedo. Además, aquello parecía más un almacén de carne que una zapatería, así que

salí corriendo y decidí esperar a que mi Anatoli tuviera el día libre en la fábrica para ir de compras.

Nuestro Anatoli, el sargento Kubatkin, le planta un beso en la frente a la muchacha y sale corriendo hacia la calle que le han señalado. Tal vez sea un golpe de suerte, una señal del destino.

O tal vez aquello no tenga nada que ver y la pobre Tania ya esté muerta.



**GENTE HAMBRIENTA:** una madre que arrastra a un hijo ya sin fuerzas / RIAN 244

—Vengo con una viva —está diciendo en este mismo instante un hombre que acaba de golpear con los nudillos la puerta del almacén. Sonríe de una forma extraña, pero su rictus se congela cuando ve a Anatoli abalanzarse sobre él y descargarle un culatazo en plena sien. Su cabeza rebota contra la puerta del establecimiento, que termina por abrirse, al menos una pequeña rendija. A los policías le basta con aquello.

La chica a la que había arrastrado hasta allí con falsas promesas sale corriendo. No quiere más problemas. Es una ciudadana de Leningrado. Ya tiene suficientes.

Entretanto, Anatoli y Dimitri no se andan con miramientos y entran en el almacén repartiendo empujones y golpes. Si están equivocados y aquello es una humilde carnicería con todos los papeles (y las existencias de carne) en regla, pues entonces pedirán perdón y se marcharán. Después de todo son policías y tienen un testigo que ha señalado aquel lugar y sus actividades como un probable caso de bandidaje, ese eufemismo que usan las autoridades para referirse a la gente que consume o mata para consumir carne humana. De cualquier forma, siguiendo el artículo 59.3 del código penal, tienen derecho a inspeccionar lo que demonios esté sucediendo entre aquellas cuatro paredes.

Pero no andan equivocados en sus sospechas. Después de lanzar un par de disparos al aire y repartir otro par de culatazos, se encuentran en una sala donde cuelga carne fresca de unos ganchos. Aunque le falta el torso, las piernas y la cabeza, en el primer pedazo de carne pueden distinguirse unos dedos humanos y, más arriba, pasadas las manos, de las venas de sus muñecas gotea la sangre.

—¡Caníbal, hijo de puta! —espetea Anatoli al hombre que estaba abriendo la puerta a su compinche cuando llegaron los policías. Acto seguido, le descerraja un tiro en medio de la frente. El hombre, un tipo gordo de grandes orejas, sale despedido hacia atrás y mancha con su masa encefálica la pared y una mesa con los pedidos del día. Otro hombre, un pelirrojo sentado a la mesa, intenta incorporarse pero esta vez es Dimitri quien le dispara con su subfusil: una ráfaga corta, que crepita brevemente antes de extinguirse. Del cuello del pelirrojo comienza a manar una linfa oscura. Cae al suelo presa de estertores, mientras intenta en vano taponarse la herida.

Encontramos a Tania en una mesa de despiece apenas pasada la primera cámara. Está amordazada pero parece viva... Y, lo que es más importante... parece entera, con todas sus manos, pies, dedos y extremidades. Un hombre con un cuchillo de carnicero en la mano contempla a los dos policías y levanta las manos. Lo acribillan a balazos. Luego Dimitri coge a la pequeña en volandas. Ni siquiera en aquella situación deja la niña su muñeca de trapo y su diario. Se inclina desde los brazos de Dimitri, tan pronto le ha liberado las manos, para coger sus amuletos de la mesa de despiece. Lanza un suspiro de alivio cuando me ve. Me sonrío.

—¡Catarina, has venido a salvarme!

En realidad, he seguido a los muchachos de la NKVD y me he limitado a



contemplar cómo la salvaban, pero me entenece la emoción y la felicidad de la pequeña al verme.

—No te iba a dejar sola —le respondo, acariciándole una mejilla.

Prokofiev da saltos de alegría y lame a diestro y siniestro, botas, tobillos y rodillas, lo máximo que llega desde su baja estatura a menos que alguien se incline hacia él.

Entonces se abre la persiana de la segunda cámara y aparecen tres carniceros más. Detrás de ellos hay una decena de trabajadores de la carnicería ilegal, y me parece distinguir al fondo un grupo de Masticadores. Ese debe ser el seguro de vida de la banda, un grupo de hombres a los que matan de hambre para lanzarlos contra cualquier competidor o policía entrometido que quiera saber demasiado de su negocio.

—¿Cuántas balas tienes? —le dice Anatoli a su segundo.

—No las suficientes.

El sargento asiente y vacía su cargador sobre la multitud. Dimitri echa correr hacia la entrada del establecimiento y sale a la calle entre zancadas que intentan esquivar a los cadáveres que yacen en el suelo. Yo voy detrás de él y, poco después, el propio Anatoli Kubatkin, que cierra la puerta en las mismas narices de nuestros perseguidores.

Un instante más tarde, los tres corremos por la calle Dostoievsky, hostigados por al menos doce asesinos y otros tantos Masticadores, a los que se unen unos cuantos zombies asesinos, Comedores de Personas, que debían tener encerrados para una situación como esta. Nuestro perro va en cabeza, guiándonos por el dédalo de callejuelas que se abre ante nuestros ojos.

—¿Cuál es el plan? —inquire Dimitri, sin soltar a Tania. Ahora que lleva unos cuantos kilos de peso adicional, los tres corremos a la misma velocidad.

—El plan es salvar la vida —dice Anatoli—. Y luego iremos hacia la estación Vitebsk y la Avenida Zagorodny N.º 13, donde vive Tania. Pero primero salvar la vida.

Ya no tenemos coche, escasea la munición, la ciudad ha caído en el caos, por lo que la mayor parte de los policías están combatiendo en los alrededores de la Gran Casa, donde aún se esconden grupos de hambrientos, de aquellos que se atrevieron a desafiar a la autoridad. El Jefe Kubatkin no quiere dejar ni a uno con vida para dar ejemplo.

O sea, que estamos solos en una ciudad que odia a los policías y especialmente a la NKVD. Y además nos persiguen unos zombies.

Así que, tal y como están marchando las cosas, salvar la vida no es un mal plan después de todo.

Muchos hombres y muchas mujeres, qué duda cabe, no le dan la importancia debida a una buena forma física. Se ponen gordos, fofos y les cuesta subir las escaleras de su propia casa. No solo es una cuestión de salud, no solo es mejor para nuestro corazón o nuestras arterias una buena alimentación, un peso equilibrado y ejercicio. Hay otra razón para estar en buena forma física:

¡Puedes tener que correr para salvar tu vida mientras eres perseguida por un grupo de zombies!

En circunstancias normales no es una opción muy plausible, pero en Leningrado en 1942 es algo más que posible, es algo que te puede pasar cualquier día. Es más, se trata de algo que nos está pasando ahora mismo.

De nuestra forma física depende nuestra vida.

Así que corremos. Después de varias escaramuzas, hemos perdido de vista el grupo principal de nuestros enemigos. Ahora nos persiguen cinco zombies aullando, vestidos con batas blancas de carnicero y empuñando largos cuchillos. Tras ellos, mucho más lentos, unos pocos Masticadores, arrastrando los pies, aullando también, buscando un trozo de carne que llevarse a la boca.

—¿Qué demonios haces? —pregunta Dimitri a su superior, que se ha detenido y apunta al zombie que va en cabeza, un hombre despeinado, con la boca y labios contraídos por la ira, que alza un hacha en nuestra dirección.

Anatoli menea la cabeza, se da la vuelta y prosigue la carrera. Yo voy en ese momento por delante del grupo, resbalando por callejuelas sinuosas en las que se han formado pequeñas capas de hielo y escarcha propias de las primeras horas de la mañana. Debemos estar en un barrio de caníbales, porque a mi izquierda veo la cabeza y el torso de un hombre, también el de una mujer y dos niños. Un segundo grupo de Masticadores los están devorando, pero pasamos tan rápido a su lado que no tienen tiempo de reaccionar. La rapidez no es su principal virtud; además están ocupados en sus propios asuntos.

Porque Leningrado vive el peor momento del asedio. Todos hemos oído historias de esposos que se han comido a sus esposas, de padres que se han comido a sus hijos, de hermanos que se han comido a sus hermanos. En cada esquina, cada hora, tal vez cada minuto, nace un Masticador, un Come Cadáveres. Y lo que es peor, de entre ellos, uno de cada cien pierde por completo la razón, convirtiendo su hambre en furia homicida. Entonces coge un cuchillo bien afilado y no se espera a que su padre, su hijo o su hermano se mueran. Él mismo los mata, y se convierte en un zombie, en un Come Personas, en un carroñero que no solo se alimenta de los muertos sino en alguien que los asesina por placer, por gula... O por negocio como nuestros amigos del almacén de carne de la calle Dostoievski.

En un momento dado, tal vez en un golpe de suerte, perdemos definitivamente de vista a nuestros perseguidores en aquel sinfín de callejuelas que rodean al mercado.

No sé cómo, hemos entrado en un bloque de viviendas, muy cerca ya de los jardines de Yusupov, que toman su nombre de una familia cuya mayor contribución a la madre patria fue asesinar a Rasputín.

Y no fue poca cosa. En Rusia siempre ha habido zombies incluso antes de que existieran los zombies. Y siempre ha habido gente dispuesta a matarlos.

El edificio en el que acabamos de entrar, exhaustos, tiene precisamente el mismo nombre que el de aquella noble familia rusa: Edificio Yusupov. Subimos las escaleras, en silencio, jadeando por el esfuerzo, con la vista atenta a cualquier puerta que se abre, con el oído puesto en la planta inferior, esperando que no reaparezca el sonido de aquellos zombies y Masticadores que nos persiguen. En un rellano al azar, finalmente, nos detenemos. Mi pecho sube y baja, muy rápido, intentando recuperarse del esfuerzo.

Definitivamente, es una buena cosa estar en buena forma en el Leningrado de 1942.

Estoy a punto de abrir la boca para decir alguna cosa, tal vez una breve afirmación mostrando mi alivio, pero Anatoli lo intuye y me hace un gesto para que me calle. Por un pasillo lateral, un grupo de al menos diez hombres y dos mujeres están arrastrando un cuerpo inconsciente que luce una larga brecha en la cabeza.

Las paredes pintadas con cal de edificio, sucias y con humedades, dan fe de la sensación de dejadez y de miseria que nos envuelven. Estaba tan concentrada en mi carrera, en la pura supervivencia, que no me he percatado que aquel lugar huele a peligro, tal vez tanto o más que el almacén de los carniceros antropófagos que acabamos de abandonar.

Por suerte, no somos nosotros los que estamos en peligro.

—Colgadle —dice la mujer que encabeza el grupo, señalando una viga del techo. Aquella pequeña turba improvisada ata una cuerda a la viga y la pasa por el cuello del hombre con la cabeza ensangrentada. Luego lo lanzan por el hueco de la escalera y se escucha claramente el sonido de su cuello al partirse.

Ni una oración, ni una plegaria. Acabamos de ser testigos de cómo y con qué rapidez se ejecuta a las personas en nuestra ciudad.

—Fui yo —revela de pronto la mujer que lidera la turba, mirándonos desafiante.

Creo que ella nos vio antes incluso de empezar el linchamiento. Hizo caso omiso ante nuestra presencia, incluso a los gruñidos de Prokofiev que, desconfiando de la turba, le mostró los dientes y emitió un sonido gutural. Y eso que ella ha reconocido las guerreras marrones y la gorra azul y roja de Dimitri (la otra, la de Anatoli, se perdió en algún momento de nuestra huida). Todo el mundo conoce el uniforme de la NKVD. Pese a todo, la mujer ha seguido con sus planes y ha ordenado continuar con la ejecución. Porque Leningrado es una ciudad sin ley. Ser policía es como ser barrendero o cualquier otro oficio que uno se pueda imaginar.

—Fui yo. Fui yo quien descubrió los huesos —repite la mujer, que parece que pese a todo quiere darnos una explicación.

—¿Los huesos? —inquire Dimitri.

La mujer se llama Valentina Antonovna y ha encontrado los huesos y las ropas de un niño huérfano. Sucedió en el apartamento de un violinista de la filarmónica de Leningrado, cuando estaba haciendo para él las faenas de la casa.

—También ha desaparecido el hijo de ese cabrón. Del pobre niño no hemos encontrado ni los huesos. Tal vez los usó para hacer caldo.

Anatoli asiente, comprendiendo las razones de la mujer. No es la primera vez que vecinos de un inmueble son acusados de canibalismo y linchados por el resto de los habitantes de la comunidad. A veces por error, pero en este caso parece que han dado con un caníbal, con el peor tipo de criminal antropófago que hay en la ciudad. El sargento Kubatkin entiende que alguien enloquezca por el hambre y vague con sus últimas fuerzas por las calles convertido en Masticador, que una madre pierda la razón y convierta en filetes a un hijo muerto para salvar a sus otros vástagos, hasta puede entender que alguien, en un ataque de ira, se convierta en zombie y mate a un vecino, llevado por la locura, babeando mientras se come crudo un cadáver. Pero aquellos que planean con sigilo un asesinato, los que se comen a un vecino y luego saludan al salir de casa a un amigo mientras deciden cuándo y cómo se lo comerán, los caníbales como ese violinista... a esos ni los entiende ni quiere entenderlos.

Son de la misma calaña que la gente que tiene carnicerías ilegales como aquella de la que acabamos de huir.

De hecho, Anatoli cree que ese tipo de criminales no merecen un juicio, ni ensuciar con su hedor las celdas de la Gran Casa. Por eso ni siquiera se planteó evitar la ejecución. La ciudad entera está en llamas, unas llamas metafóricas, pero unas llamas reales. Hay incendios en todas partes: caníbales, zombies, Masticadores, linchamientos, y un millón de cosas más que no se quiere ni imaginar. Él está concentrado en salvar a dos niñas y luego, cuando la ciudad recupere la calma (si es que la recupera), se unirá al resto de policías para apagar los incendios, aunque por entonces seguramente ya no quedarán sino rescoldos.

Ojalá todos los caníbales como el violinista hayan sido ejecutados por la multitud cuando los incendios se desvanezcan y Leningrado vuelva a la normalidad.

—Le acusé de haber matado a los niños —prosigue Valentina, bajando la cabeza—. Él me dijo que si me callaba me conseguiría mucha carne. Había recibido el soplo, a través de unos amigos, de que hay un edificio en el norte, en la isla Krestovsky... un edificio donde están muertos todos los vecinos. «Podemos irnos a vivir allí e hincharnos a comilonas», me dijo. «Piénsatelo», me repetía, una y otra vez. «¡Comilonas de carne humana!». Así que le golpeé con una sartén en la cabeza y llamé a los vecinos.

Dimitri todavía lleva a Tania en brazos. Después del rapto y de haberse visto al borde de la muerte, la adrenalina debe haberle descendido de golpe y está exánime, como desmayada en brazos del cabo. El siberiano la levanta de nuevo, como si de un fardo se tratase, colgándosela del hombro. Es él quien dice y pone palabras a lo que

todos pensamos sobre lo que acaba de acontecer:

—Si lo que cuenta es verdad, señora Antonovna, por mi parte aquí no ha pasado nada. Ese violinista se cansó de la vida, se puso una cuerda al cuello y se lanzó al vacío. Suicidio.

—Suicidio —murmura al unísono la turba de vecinos asintiendo. Todos parecen muy enfermos, enflaquecidos, pálidos como muertos. Tal vez hace días que no comen: forman parte de esos miles y miles de ciudadanos de Leningrado que prefieren morir de hambre a convertirse en Masticadores o en zombies o en asesinos caníbales.

Probablemente los hados les den lo que andan buscando y acaben por morir de hambre, porque febrero de 1942 será el mes en que más personas fallezcan en Leningrado.

De fondo, se escucha el sonido sordo de una nueva tanda de bombardeos alemanes y ataques aéreos de la Luftwaffe. La gente que no muera de inanición lo hará a causa de los obuses nazis.

Casi doscientas mil personas en total.



PRIMER BOMBARDEO DE LENINGRADO. Enfermeras tratan de socorrer a un herido / RIAN 888



UNA CALLE CUALQUIERA tras un ataque aéreo / RIAN 601181



EN PLENO ATAQUE AÉREO, la gente huye buscando refugio / RIAN 60544



Estamos en la casa del violinista. Después de todo, es lo más correcto. Al lugar donde ha ido, ya no necesitará estas cuatro paredes y nosotros, por el contrario, precisamos un lugar donde descansar. Tania está dormida en la cama que una vez fue del hijo desaparecido del músico. Yo estoy mirando por la ventana hacia los jardines Yusupov, intentando vislumbrar un eco del palacio que lo preside, sobre el río Moika: precisamente el lugar donde Félix Yusupov diera muerte al gran Rasputín, el consejero de la zarina y, en su momento, el hombre más poderoso de toda la nación.

Mientras divago sobre el pasado, Dimitri esta buscando algo de café en la despensa. Anatoli está detrás de mí, con los ojos en el vacío, mirando por la ventana en apariencia pero acaso más allá de los jardines, hacia el horizonte.

—Recuerdo cuando los alemanes nos invadieron, hace menos de un año — comenta, no sé si para que yo le escuche o para sí mismo—. El camarada Stalin dijo que para conquistarnos se necesitaría una superioridad de dos hombres al menos, dos nazis por cada uno de nosotros. Si nosotros defendíamos una posición con mil hombres ellos necesitarían dos para tomarla. Esos eran sus cálculos; creía que la victoria y la derrota dependen del número.

Ahora sí, Anatoli me está mirando. Me he vuelto desde mi atalaya y le devuelvo la mirada. Es un tipo guapo, con unos rasgos duros, con barba de tres días, tal vez de cuatro. Es un hombre bueno y justo en un momento y una guerra donde no hay lugar para los hombres buenos y justos.

—Pero el camarada Stalin estaba en un error —añade entonces—. Los Panzers, los malditos blindados alemanes, nos están haciendo picadillo; esa guerra relámpago, esa forma de luchar donde el número no tiene importancia y donde mil hombres pueden derrotar a cien mil. El general Manstein nos ha humillado en toda la línea del frente. Zhukov ha sustituido a nuestro anterior jefe de Estado mayor, pero las derrotas prosiguen. Hace un mes que se nos acabó la reserva de comida; y antes ya se habían acabado las carnes y el resto de fuentes de proteínas. Tenemos alas en los hospitales dedicadas exclusivamente a los moribundos por inanición, comenzamos a tener casos severos de disentería, una enfermedad típica de los hombres que se quedan varados en un barco en medio de la nada, sin provisiones. Somos un barco a la deriva en medio del océano de la guerra. Pero aún así seguiremos luchando.

Por un momento, mientras me explica todas aquellas cosas, me parece un niño indefenso, un muchacho perdido, lo que realmente es. El sargento Kubatkin tiene solo veinte años, es un joven al que la guerra ha convertido en hombre y luego en un viejo en cuestión de meses. Pero, en el fondo, el muchacho sigue escondido detrás del rifle, del uniforme de policía y de las insignias.

Una ternura imparable nace desde el fondo de mí ser. Y me abalanzo sobre Anatoli. Antes de que él pueda reaccionar le doy un beso en los labios. Nunca en mi vida un hombre me había parecido tan atractivo como él durante aquella disertación.

Ha sido un impulso. Ha sido un error. Lo sabía incluso antes de hacerlo. Pero necesitaba sentir el contacto de los labios de aquel hombre bueno y hermoso y vulnerable, aunque no sabría decir cuál de esas razones fue la que más pesó en mi decisión. Seguramente todas.

—¿Por qué has hecho eso? —me dice, pasándose la mano por los labios, como si pudiese borrar lo que acaba de suceder.

—Esta noche cumpla dieciséis años —le miento—. A partir de las 12 de la noche podré besar o hacer lo que quiera con cualquier hombre sin que sea delito. Ya soy una mujer y no quería... No quería... no se si estaré viva mañana y quería besarte.

Tal vez no sea la mejor de las explicaciones, pero es la verdad, al menos en parte, porque no es mi cumpleaños hasta agosto. Anatoli meneaba la cabeza:

—Me parece que llevas demasiadas horas sin comer. Me voy con Dimitri a la cocina a ver si encuentro, aparte de café, un trozo de pan al menos. Cuando uno está hambriento muchos días, comienzan las alucinaciones, las decisiones precipitadas y uno se pone a hacer locuras. En fin, todo eso. Ya sabes.

Tenga o no razón Anatoli en sus conclusiones, incluso si es verdad que le he besado porque tengo tanta hambre que estoy perdiendo el control de mí misma, lo cierto es que si me consigue un trozo de pan me hará todavía más feliz de lo que me he sentido al darle un beso. Mientras le doy vueltas a aquella idea, no puedo evitar sonreír.

Entiendo, por primer vez en mi vida, lo que sienten los Masticadores.

Pero no hay suerte y no me consiguen ese pedazo de pan. Sí, por el contrario, un poco de café que calentamos en una estufa de leña porque no hay electricidad en toda la ciudad. El líquido entra cálido y amargo en mi cuerpo. Me reconforta.

—Gracias —le digo a Dimitri, que ha sido el encargado de preparar la bebida.

Él me guiña un ojo; estoy segura que Dimitri no le haría ascos a un beso mío. Pero el mundo es imperfecto y siempre queremos besar a quienes no quieren que les besemos.

Nos preparamos para salir. Cuando ya estamos listos descubrimos que nuestro Prokofiev se ha tumbado en el suelo, exhausto. No se levanta ni ante los ruegos de Tania. El pobre se limita a mover el rabo cuando le hablamos, pero cierra los ojos, con la lengua fuera. No quiere seguir.

—A saber cuándo fue la última vez que comió la pobre bestia —dice Dimitri, que lo coge con suavidad del suelo y lo mete en una pequeña mochila que lleva colgada del hombro. El animal queda embutido entre cargadores vacíos de subfusil, ropa y una cantimplora, con la cabecita sobresaliendo. Respira de forma agitada y nos mira un breve instante. Y se le cierran los párpados.

—Hay que seguir —nos exhorta Anatoli—. En seguida que podamos, el perro comerá, beberá y se pondrá bien.

Tania acaricia la cabeza de Prokofiev y asiente.

—Vamos.

De camino a los jardines Yusupov (que hemos decidido atravesar en dirección a la Estación Vitebsk y la casa de Tania) volvemos a ser un grupo que avanza tranquilamente, sin las carreras y los sobresaltos de media hora antes. Dimitri y Anatoli no dejan de mirar en derredor, en alerta constante. Pero de momento no hay señal de peligro, por lo que caminamos y no corremos, lo que es un alivio. Como todos, estoy al límite de mis fuerzas. Tania se despereza después de su siesta y abraza fuerte a su muñeca. Yo todavía siento el calor del café en mi estómago y sueño en que acabo de comerme un buen plato de pasta Pelmeni rellena de carne picada de cordero.

—¿Qué es eso? —pregunta Tania, señalando hacia un trozo de papel arrugado que da tumbos por el suelo muy cerca de nosotros.

Me inclino y lo recojo: es el último número del Leningradkaya Pravda, la versión para nuestra ciudad del principal periódico propagandístico del Partido Comunista. En él se explica que los pilotos alemanes se están rindiendo en masa y aterrizando en tierra soviética para entregar sus aparatos. No quieren seguir luchando. Por otro lado, sus aliados finlandeses están desertando. Se han dado cuenta que Leningrado es invencible y que la larga bota rusa acabará aplastándoles.

—Menuda sarta de tonterías —digo en voz alta, arrojando el diario al suelo y pisoteándolo.

Me enerva que se cuenten mentiras a la población. Los nazis nos están aplastando

como un elefante a una mosca. No se rinden en masa. Muy al contrario, durante la primera fase de su avance, han capturado a centenares de miles de prisioneros rusos. Respecto a los finlandeses, que apoyan a Hitler en su ofensiva, ni siquiera saben lo que significa la palabra rendición. Son una nación pequeña pero indómita que ya nos derrotó en cien batallas pocos años atrás, cuando decidimos atacarles para anexionarnos parte de su territorio.

—¿Es mentira lo que dice el periódico? —inquire Tania.

—No solo es mentira —le respondo—. Está sucediendo justo lo contrario.

Anatoli, que encabeza el grupo, comienza a caminar un poco más lento para que le dé alcance. Cuando estoy por fin a su altura, me dice al oído:

—Sea cual sea la situación de la ciudad, Catarina, ciertas cosas solo se pueden decir entre las cuatro paredes de un hogar, a solas, como yo he hecho antes. Aunque esto sea un caos, sigue habiendo comisarios, fanáticos del partido e informadores. Por todas partes. Hay más que Masticadores. Y yo he visto niñas ejecutadas por menos de lo que tú acabas de decir. Derrotismo, traición al camarada Stalin. Ya sabes.

Asiento y me echo a temblar, arrepentida de mi arrebató. Algunas cabezas se han vuelto hacia nosotros en las inmediaciones y nos observan. Anatoli ha pensado, por error, que se debe a mis comentarios poco patrióticos. Pero es otra cosa. Dimitri es el primero en darse cuenta de lo que pasa.

—La gente nos mira —nos informa—. Creo que no es por lo que ha dicho Catarina sino por nuestros uniformes de la NKVD. Muchos nos odian; saben que pueden aprovechar el caos en el que ha caído la ciudad para ajustar cuentas con la policía. Y otros estarán pensando que somos «carne bien cebada». ¿Y qué carne mejor cebada que la de los cerdos que se dedican a cazar a los Comedores de Carne Humana, la policía Anti Masticadores?

Es verdad. Tal vez no sea una buena idea seguir llevando las chaquetas y las gorras de la NKVD. Les hace demasiado identificables. Estamos en invierno y la mayor parte de la gente lleva abrigo y sombrero. Es difícil saber hasta qué punto está delgado alguien con tanta ropa. Pero debajo del abrigo de Anatoli y Dimitri se distingue parte de la guerrera marrón de la policía secreta, y la gorra de cabo ya no deja lugar a dudas. Todos saben que no son muertos de hambre sino «carne bien cebada».

Porque con lo de «carne bien cebada», Dimitri se refiere a una curiosa frase que se ha hecho célebre últimamente. La gente de Leningrado está muy delgada, solo comen bien algunos miembros del partido, las fuerzas del orden y los soldados que vienen con permiso del frente. La policía está hace tiempo sobre aviso de los Masticadores y los zombies, pero los soldados, que a menudo vienen de permiso, cansados y con ganas de divertirse después de proteger la ciudad ante el acoso interminable de las tropas nazis de Manstein, llegan con la guardia baja y muchos han sido ya asesinados. ¿La razón? Que no están delgados. Las mafias de la carne humana, a menudo se arriesgan a atacar un soldado entrenado o a un policía. Saben

que la cantidad de carne que conseguirán de una persona que está comiendo normalmente es mucho mayor y de mejor calidad que la de los pobres hambrientos que transitan por las calles de Leningrado. Además, estamos hablando de gente sana, sin las enfermedades propias de la malnutrición.

Estar «bien cebado», es decir, no tener el aspecto cadavérico y enfermizo de un ciudadano de nuestra ciudad de cadáveres andantes, comienza a ser un peligro. Un uniforme, sea de policía o de militar, es algo que da esperanzas de un buen ágape a los asesinos. Allí hay carne en cantidad y calidad suficiente... por lo que los infortunados se convierten en víctimas potenciales.

—Vamos a hacerlo —dice Anatoli.

Dimitri le entiende a la primera. Son viejos amigos que han vivido muchas situaciones juntos.

Antes de llegar a los jardines, dos guerreras de policía y una gorra son arrojadas en un montón de basura, cerca de las alcantarillas.

Los jardines Yusupov son una gran extensión de zonas verdes, fuentes, y parterres de flores, la mayoría raros y exquisitos. Ni siquiera el constante bombardeo de la artillería y la aviación alemana han podido acabar con tanta belleza, aunque se observan socavones en la tierra, aquí y allá, como si el parque estuviera en obras. La mansión familiar es una joya del barroco que destaca en la lejanía, atrayendo las miradas de los curiosos. Pero mi parte preferida es el estanque artificial que domina el conjunto, en el mismo centro del jardín. Desde allí, antes de la guerra, partían botes donde los enamorados daban un paseo romántico contemplados por las palomas y toda suerte de aves.

Es una pena que lugares así sean mancillados por la guerra, pienso, pero no llego a expresarlo en voz alta, porque tenemos otros problemas mayores. Nos hemos desviado unas calles hacia el oeste mientras huíamos de los zombies de la carnicería ilegal. Nuestro destino es la zona de la estación Vitebsk donde vive Tania, al sureste de nuestra posición. En el suelo del parque, Anatoli nos dibuja con un palo el camino que vamos a tomar para llegar a la Avenida Zagorodny, nuestro destino final. Está muy cerca, a muy pocos minutos una vez hayamos atravesado los jardines.

—¿Lo habéis entendido? —Repite una y otra vez el sargento Kubatkin señalando su mapa improvisado sobre la tierra como si él fuese un general y estuviese concretando los detalles de una ofensiva.

Está muy guapo cuando se concentra e intenta tener todo bajo control. Como si una cosa así, en Leningrado, fuese todavía posible. En el fondo, es un idealista. Cree en los hombres, en que a las personas buenas les pasan cosas buenas y al fin triunfa la justicia.

Creo que es la última persona que piensa así en Leningrado. Tal vez en toda Rusia.

Todavía se halla Anatoli señalando las calles por las que vamos a pasar y puntos de encuentro en caso de que nos ataquen y nos veamos forzados a separarnos, cuando un hombre anciano se nos acerca. Se presenta como el señor Bychevsky.

—¿No habrás visto a mi hija? —me pregunta, entornando unos ojos esperanzados.

Yo me quedo boquiabierta. Sin saber qué responder. No conozco a aquel hombre de nada.

—¿Su hija? —inquiere Dimitri mostrando las palmas de las manos, como diciendo: ¿por qué cree que sabemos dónde está su hija?

—Es de la misma edad que su hermana —dice el viejo, señalándome—. Tiene más de veinte años pero es muy bajita y parece mucho más joven.

—Yo tengo solo quince —le digo al hombre, que abre mucho la boca, sorprendido. Tal vez esperaba que compartiésemos clase.

—Ella es universitaria. Es mucho mayor que tú, entonces. Pero se te parece un

poco.

El señor Bychevsky nos enseña una foto de una chica de nariz prominente, con un color de pelo distinto y cuyos rasgos no guardan la menor semejanza con los míos. Eso sí, lleva un peinado recogido en dos coletas. Es la única cosa que tenemos en común y tal vez con ello ya ha tenido suficiente, en su desvarío, para pensar que podíamos ser compañeras en la universidad.

—Muy guapa —comenta Anatoli, mordiéndose un labio. Es el primero de todos nosotros en darse cuenta que aquel hombre tiene esa misma conversación con cuantos pasan por los jardines.

—Quedé aquí con mi hija, justo en la entrada norte. Pero aún no ha llegado. La llamaron para ayudar en las tareas de fortificación. Como era estudiante, le pagaban nueve rublos por día. Ella estudia en la Universidad de Leningrado, ¿se lo había dicho?

Anatoli sonrío tristemente y toma del brazo al viejo.

—Sí, me lo había dicho —le asegura, aunque sea mentira.

El viejo vuelva enseñarle la foto de su hija.

—Yo le decía: «no vayas a trabajar a las fortificaciones sin pan o sin embutido. Coge lo que necesites, aunque sea un plato del guiso de tu madre en una fiambra». Ella me decía que soy un tonto, que las autoridades le iban a dar allí todo lo que precisase. Cuando volviera del trabajo ya comería el pan y los guisos de casa.

—Pero no volvió —dice entonces Anatoli, que sabe de sobra que las tareas de fortificación tuvieron lugar antes del asedio, medio año atrás.

—No todavía. La estoy esperando. Quedamos el miércoles aquí en los jardines, en esa entrada. —El señor Bychevsky señala la verja por la que acabamos de acceder al recinto—. No llegó todavía, aunque sí regresaron algunas de sus amigas. Todas en muy mal estado por los impactos de los Junkers y los Heinkel alemanes. ¡Malditos aviones nazis! Una vecina volvió con las ropas raídas, rotas, enseñando los pechos, llena de tierra y sin una oreja. Pero volvió. Me dijo que algunas de sus compañeras habían sido enterradas vivas porque los bombardeos levantan toneladas de tierra. Muchas chicas que estaban en las trincheras ayudando a los hombres que cavaban... bueno, sencillamente terminaban también enterradas bajo tierra junto a ellos.

»Pero mi hijita dijo que volvería el miércoles, aunque no me dijo que miércoles, de qué semana ni de qué mes. Septiembre, octubre... no lo explicó o yo no lo recuerdo. Así que vengo todos los miércoles a ver si este es el día en que hemos quedado. Espero tener hoy suerte.

Al principio, los gestos del pobre anciano me parecían extraños: por momentos nerviosos, luego extrañamente tranquilos y después de nuevo acelerados. Ahora me doy cuenta que está completamente trastornado. A veces habla muy rápido, otras se detiene y se queda mirando la entrada norte, en la que quedó con su hija. Otras me mira a mí y a mis coletas, como si quisiera que se obrase el milagro y enmarcaran el rostro de su querida niña. Está muy delgado y probablemente la inanición le hace

tener alucinaciones.

Muy pronto estará muerto y se caerá en la entrada norte de los jardines Yusupov, allí donde espera que aparezca su hija en cualquier momento. Solo me consuela pensar que pronto se reunirá con ella. Y por fin llegará el miércoles que anda tanto tiempo esperando.

Además, y eso es lo que a todos nos ha hecho darnos cuenta de lo que sucedía, resulta que hoy no es miércoles.

Incluso Tania, que hasta el momento había permanecido callada, como siempre en segundo plano, se acerca al hombre y le asegura:

—Seguro que pronto se reúne con su hija, señor.

A estas alturas, todos conocemos a Tania y nos apercebimos que no se está refiriendo a un encuentro en esta vida. Sabemos lo dura que puede ser a veces; que esta guerra y este asedio han devorado su infancia. Ello hace que se nos erice el vello de terror y de lástima al mismo tiempo.

—¿Lo crees de verdad, niña? —dice el anciano.

—Por supuesto. No tengo la menor duda, señor.

Tras diez minutos de una conversación repetitiva, recurrente, en torno a su hija y el trabajo en las fortificaciones defensivas en Leningrado, nos despedimos del señor Bychevsky asegurándole que, si vemos a su hija, le diremos que acuda lo antes posible a la entrada norte. El hombre se pone muy contento y marcha a toda velocidad a la verja, mirando a derecha e izquierda, seguro que está a punto de llegar.

Salimos del parque por la salida sur-este, muy cerca de la Avenida Moscú. Tania está llorando.

—Ese hombre me ha puesto triste —nos explica—. Igual tendría que escribir su nombre y el de su hija en mi diario. No sé. Tal vez lo haga.

Es la primera vez que hace referencia a su diario y no sabemos a qué se refiere con lo de poner sus nombres en él. No prestamos mucha atención porque todos nos sentimos mareados, especialmente afectados por los sucesos del día y por aquella conversación deprimente que ha terminado de alguna forma de hundirnos.

Cometemos el error de bajar la guardia. Cada uno a solas con sus pensamientos salimos de los jardines. Mirando al suelo, cabizbajos, agotados. No notamos nada hasta que oímos un ladrido de Prokofiev. El perro ha despertado de su letargo y se remueve en la mochila de Dimitri, todos sus músculos en tensión. Al momento, distinguimos una cacofonía de gruñidos a nuestro alrededor.

El primero en levantar la vista del suelo es Anatoli, justo cuando un zombie estaba a punto de abalanzarse sobre su brazo derecho. Descuelga su rifle del hombro y le golpea en la cara con la culata, pero un segundo zombie se encuentra en ese momento con la boca abierta, descendiendo hacia su cuello, y debe gastar en él una de sus preciosas balas. El hombre cae hacia atrás con el cráneo destrozado.



A nuestro alrededor se ha congregado un grupo de al menos cincuenta Masticadores. Es imposible saber cuántos de entre ellos nos atacarán, cuántos son realmente zombies. El Masticador es un carroñero, pero siempre hay entre ellos alguien lo bastante desesperado para matar por la carne que los otros aprovecharán. Esa es una de las tácticas de los Masticadores, avanzan lentamente en grupos numerosos y en silencio van rodeando a sus víctimas. Son personas en un estado de inanición tan avanzado que no pueden correr y se aprovechan de los despistados, como nosotros, o de las personas que van solas o en grupos pequeños, de aquellos que no están preparados para sobrevivir un día más.

Y este grupo de Masticadores nos tienen prácticamente rodeados salvo por un pequeño hueco a nuestra izquierda.

Así que echamos a correr de nuevo, frenéticamente.

Porque estamos en forma, porque queremos seguir vivos, porque no deberíamos haber bajado la guardia.

Y porque correr es la única manera de salvar el pellejo en Leningrado.



GENTE CAVANDO TRINCHERAS para los soldados / RIAN 789



GENTE de cualquier género y edad construyendo fortificaciones / RIAN 3500 (en las ciudades rusas los civiles ayudaban intensamente en la defensa)



CIUDADANOS DE LENINGRADO en las brigadas de limpieza de las calles / RIAN

**TERCERA PARTE**  
**DE VUELTA AL HOGAR**

—¡No puedes parar tu relato en medio de una persecución! —gritó airado Anatoli, viendo que su abuela se volvía hacia la puerta de la vivienda donde había nacido—. Eso va en contra de todas las normas de una historia de zombies. ¡Le cortas el rollo al que está siguiendo tu relato!

Catarina suspiró. Su nieto tenía doce años y era un joven muy despierto. Tenía razón en lo que decía, pero ella debía explicarle la historia de su familia. No solo porque se moría y necesitaba que el niño entendiese su legado, sino porque para que comprendiese la historia de zombies que tanto le gustaba, primero debería mostrarle el pasado de su familia.

Ambas historias estaban ligadas.

—Ten paciencia, muchacho —le dijo, acariciándole la barbilla—. Si me escuchas un momento, pronto regresaremos al asedio de Leningrado.

—Pero es que... —balbució Anatoli—. ¿Qué paso? ¿Cogieron a alguno? ¿Se comieron a una niña? ¿A un policía? ¡Debo saberlo!

Catarina hizo caso omiso a su nieto y continuó caminando por Nikolaipol, el hogar ancestral de su familia. Allí había sido construida la Vieja Colonia Menonita en 1789. Luego vendrían otras, siguiendo la línea de los ríos Dnieper, Molochna y Jortytsia. Y ahora se hallaban precisamente en el territorio de lo que un día fue la colonia de Zagradovka.

Todos aquellos datos, a Anatoli, después de las emociones vividas con el relato de zombies de su abuela, le parecieron una estupidez y una pérdida de tiempo. Pero no era tonto y procuró parecer atento mientras Catarina proseguía con sus explicaciones.

—En 1921, una epidemia de cólera casi destruyó a toda nuestra familia. Pero mis padres, recién casados, sobrevivieron. Se fueron a vivir a la cabaña número 85.

Catarina extendió una mano enguantada y retiró el polvo que se había acumulado junto a la puerta de la vivienda. Lo frotó hasta que apareció un 85 tallado sobre la madera.

—Una vez estuvo pintado de blanco —le explicó a Anatoli, que intentó disimular un bostezo.

La anciana prosiguió su historia. Le habló de un padre alcohólico, de que a menudo ella se escapaba de casa para no verle discutir con su madre, a la que en alguna ocasión le levantó la mano.

—Pero no creas que fue una mala infancia —añadió—. Por aquellos tiempos eso era normal. Todo el mundo tenía problemas en casa, mayores o menores y luchaba por guardar las apariencias. Además, mi padre murió cuando yo tenía siete años. No le recuerdo demasiado bien. Por suerte.

Mientras andaban de aquí para allá, hurgando entre los restos nevados de la colonia, habían llegado de nuevo al coche, un viejo Lada de los años 80. Catarina se subió al asiento del conductor. Prokofiev Sexto saltó a la parte de atrás a través del hueco de una ventanilla que se habían olvidado bajada. Anatoli, por su parte, estaba

algo sorprendido y preguntó:

—¿Ya está? ¿Nos vamos a casa? ¿Volvemos a Rusia? ¿A Nizhni Nóvgorod?

Porque el niño y su abuela vivían en Nizhni Nóvgorod, una de las ciudades más importantes de la Federación Rusa. Y también de las más hermosas de cuantas bañaba el río Volga con sus aguas. De hecho, Anatoli nunca había salido del Distrito del Volga hasta que iniciaron aquella extraña odisea.

—No, solo seguimos viaje. Ahora en dirección a la ciudad de Grigorevka, donde nos marchamos mi madre y yo a vivir tras la muerte de mi padre. Y de camino te explicaré cómo sigue esa historia de zombies que tanto te interesa.

Anatoli dio un salto aún mayor que cualquiera de los de Prokofiev. Un segundo después ya estaba en el asiento del copiloto con el cinturón abrochado.

—¿Y bien?

Catarina Kubatkina se echó a reír y arrancó el coche.

*Uno de los testimonios más famosos y más citados del asedio, garabateado a lápiz sobre las páginas de un pequeño diario, es el que realizó la niña Tania Savicheva.*

ANNE REID

*(Leningrad, The Epic Siege of World War II, 1941-1944)*



Escapar de los zombies lentos, de los Masticadores, es mucho más fácil que de los asesinos zombies, aquellos que llevan hachas o cuchillos, como nuestros amigos de la carnicería de un par de horas antes.

Pero los Masticadores atacan en manadas y, si quedas completamente cercado por ellos, tus días acaban de la misma forma abrupta que atacado por un grupo de zombies asesinos de la peor especie. Por suerte, encontramos una salida al círculo de bocas hambrientas que están cerrando nuestros enemigos y nos escabullimos sin un rasguño. Bueno, todos menos Dimitri. Uno de aquellos seres enloquecidos, al borde de la inanición y de la demencia, consigue morderle una mano y arrancarle parte de la carne entre el dedo gordo y el anular.

—¡Malditos cabrones! —chilla Dimitri, mientras mueve la mano de izquierda a derecha y se la sopla, como si aquello pudiera servir de algo.

Seguimos corriendo y, pese a estar herido, Dimitri coge de nuevo a Tania en brazos y, como es el más rápido y ágil de todos nosotros, finalmente nos adelanta incluso con la niña en el regazo y el perro en la mochila. El siberiano corre y lanza juramentos, todavía con la mano libre rezumando sangre, que va dejando un reguero de miguitas encarnadas de pan que podemos ir siguiendo Anatoli y yo. Seguramente, la adrenalina le ha dado fuerzas extra tras el mordisco.

—Espero que no sea contagioso —dice el sargento Kubatkin cuando finalmente nos detenemos, muy cerca del Teatro de la Ópera Kirov.

Rodeados de gente común, en una calle transitada, volvemos a sentirnos seguros. Pero nos hemos vuelto a desviar hacia el oeste, cada vez más lejos de la estación Vitebsk y el piso de la familia de Tania.

—¡No digas tonterías! —masculla Dimitri, mientras se hace un vendaje improvisado en la mano con un pañuelo—. Los Masticadores son pobres personas a las que les falta un tornillo. Se han vuelto locos a base de ver morir a seres queridos y tener tanta hambre que ya no saben ni quiénes son. Eso no es contagioso ni puede serlo. A nivel psicológico, te puede perjudicar el vivir rodeado de esos desesperados, pero no, el canibalismo no se contagia.

—Yo no me fiaría —replica Tania, mirándolo fijamente—. Tal vez por eso hay tantos. Porque es contagioso.

Pero el resto sabemos que era una broma de Anatoli, tratando tal vez de calmar un poco los nervios de todos nosotros. En Leningrado nadie se contagia de locura por un mordisco. Acaricio la nuca de Tania, que me sonrío. Al poco estamos los dos jugando con su muñeca, a la que llama inexplicablemente Planta.

—¿Como una planta de un jardín? —le pregunto.

—Como una planta que hay en mi casa —me explica, como si eso sirviese para que yo pueda entender mejor el porqué de aquel nombre.

Finalmente, decido no preguntar más y proseguimos nuestros juegos.

—Todavía recuerdo el primer caso de canibalismo —dice entonces Anatoli meneando la cabeza—. Fue a mediados de diciembre del año pasado. Una mujer partió en tres pedazos a su hija de dieciocho meses, recién fallecida, para dar de comer a sus otros hijos de seis, cinco y tres años. Hizo un guiso con su último manojo de zanahorias y aquellos tres pedazos de carne. Un plato hasta arriba para cada uno. Solo quería que sus otros pequeñines no murieran igual que el bebé. La acusamos de «uso indebido de carne humana con fines alimenticios», un eufemismo que todavía utilizamos. No sabíamos exactamente cómo llamar a aquel delito. Poco después, un trabajador del metal mató a dos mujeres extranjeras a martillazos. Luego se las comió, por supuesto. Les condenamos a ambos a muerte por Bandidaje, para dar ejemplo, pero eso no sirvió para frenar esta epidemia. En el momento que se supo que alguien había llegado a ese extremo, muchos otros cayeron en la cuenta de que se puede sobrevivir comiéndote a un recién fallecido, incluso a tu propio hijo. El siguiente paso lógico es el de asesinar a ese vecino que siempre te ha caído tan mal. Después de todo se lo merece, quieres creer. Y te convences de ello. Poco después vagas por la calle con un cuchillo de carnicero escondido, colgando a desconocidos de ganchos para la carne. Yo creo que es algo progresivo. No te conviertes en Masticador o en un zombie asesino de golpe. Poco a poco, vas cayendo en una espiral cada vez más honda de degradación. Al final, ya no puedes salir.

—Un amigo mío, el camarada Krukov —añade entonces Dimitri—, fue a visitar a unos amigos de la familia y los encontró sentados a la mesa comiéndose a una mujer joven que, afirmaban, se habían encontrado en la calle. Le invitaron al ágape como si estuviesen troceando un venado que acabaran de cazar. Habían llegado a un extremo tal de degradación, como bien dices, Anatoli, que ni siquiera se daban cuenta de que todavía quedamos algunos que no somos caníbales. Mi amigo salió corriendo, qué duda cabe. Creo que solo se detuvo para explicarme lo sucedido y que detuviéramos a los Masticadores. Luego, estoy seguro de ello, prosiguió su carrera y no paró hasta llegar el mar.

Los dos amigos ríen de una forma apagada, sin fuerzas.

—Tal vez temía que, en lugar de invitado, acabase siendo la cena del día siguiente —les comento, mirando de hito en hito a los dos policías.

Los tres nos echamos a reír, acaso por no llorar. Ahora mucho más fuerte. La única que no ríe es Tania.

—No deberíamos hablar de estas cosas delante de ella —opina Anatoli, haciendo un gesto con la cabeza de reprobación a Dimitri y luego a mí.

—Podéis decir lo que queráis —asevera Tania, torciendo aún más su gesto grave—. No soy tan pequeña como para no entender lo que está pasando.

Anatoli se inclina hacia ella y pone una mano en su hombro.

—No es verdad. Eres lo bastante pequeña como para no tener que oír estas cosas e incluso para no tener que vivir en un lugar donde suceden. Pero estamos en Leningrado y...

El sargento Kubatkin no acaba la frase. Pero todos entendemos su significado, o creemos entenderlo. El Leningrado ya no hay niños pequeños y adultos. Esa distinción ya no tiene sentido.

El Leningrado hay gente que sobrevive y gente que muere, sencillamente. Esas dos categorías son las únicas que cuentan.

Hay muchas formas de locura en Leningrado, no solo los Masticadores han perdido la razón o caído en la sima más profunda del mal o la degradación humana.

Después de una larga caminata, por suerte sin más incidentes, llegamos por fin a la estación Vitebsk y somos testigos de ello. Allí nos encontramos a una mujer llorando, junto a la entrada del recinto, con el cadáver de una niña de tres años entre los brazos. Entre sollozos, nos explica que Sergei, su marido, les ha robado las cartillas de racionamiento y las ha echado de casa. Ahora va todos los días a pedir comida para los tres y él se come todas las raciones; mientras, ellas se mueren de hambre en una esquina. La niña ya no ha podido soportar más las privaciones y ha muerto. Su madre seguramente le seguirá pocos días más tarde. Anatoli apunta la dirección del marido y le promete a la mujer que intentará solucionar el tema. Se identifica como policía y le asegura que aquel asunto será una de sus prioridades cuando vuelva la normalidad a la Gran Casa y la NKVD estén en breve todos sus efectivos a pleno rendimiento.

Pero todos sabemos que aquel solo es un caso más, una injusticia más de las muchas que hay en una ciudad donde el mal y la locura campan a sus anchas. Porque son muchos los que roban cartillas de racionamiento, incluso a sus familias o parientes cercanos. Para evitar fraudes, las autoridades no extienden nuevas cartillas a las personas que las pierden o se las roban. Quedarte sin cartilla equivale a una sentencia de muerte. Y eso lo aprovechan no solo particulares sino mafias organizadas. Porque no solo se trafica con carne humana, también con cartillas... con lo que sea que pueda convertirse en comida y llevarse a la boca.

La luz mortecina de la estación, uno delicado ejemplo de Art Nouveau, brilla cuando nos alejamos. Se trata de uno de los primeros edificios oficiales de estilo modernista de Rusia y sin duda el más hermoso y opulento de aquellos que se dedican a tareas relacionadas con el ferrocarril. En realidad, Vitebsk es la primera estación de tren que se construyó en todo el imperio.

Unos viandantes han visto que hemos tomado nota del caso de la niña fallecida y el padre que había robado su cartilla de racionamiento. Se nos acercan. Han reconocido a Anatoli y a Dimitri como policías a pesar de vestir de paisano. O tal vez los han visto en algún momento del pasado, patrullando la zona. No importa. Por una vez, no nos abordan caníbales interesados en la gente bien alimentada como soldados y fuerzas del orden. Aquellos son buenos ciudadanos que no tienen la intención secreta de comernos. Ellos son los desesperados, o tal vez sería mejor llamarlos ingenuos, gente que todavía cree que un día se restablecerá del todo el orden y las injusticias serán reparadas.

Una mujer de unos 35 años que lleva un sombrero roto del que penden unas flores marchitas, se detiene para que tomemos nota de su caso. Su marido trabaja en la Factoría Uno de Mayo.

—Mi esposo vio ayer como nueve hombres de su turno se comían a un compañero. Tengo miedo de que un día no regrese del trabajo. Él mismo está aterrorizado. Tienen que hacer algo.

—Yo trabajo en la factoría Lenin —tercia un hombre muy pálido al que se le marcan los pómulos de la cara a causa de una delgadez extrema—. Cuando salí ayer de mi turno, las limpiadoras de noche estaban compartiendo un guiso hecho con el cuerpo del hijo de once años de una de ellas. La otra llevaba croquetas de carne humana; de un vecino, les oí decir.

—Estarían bromeando —objeta Dimitri.

—No sabían que yo las estaba escuchando. No bromeaban —insiste el hombre. Y se aleja calle abajo con la cabeza gacha.

Poco después, un muchacho de no más de catorce años, nos explica que el día anterior descubrió al electricista de su barrio cortando en pequeños trozos un cuerpo caído delante de la puerta de su casa. Otro muchacho nos explica que varios miembros de los grupos de defensa civil encontraron un cadáver en un edificio; lo cortaron en pedazos y se lo llevaron en sacos, cada cual su parte, como el que se lleva la bolsa de la compra a casa.

—Ya basta —dice Anatoli.

Los ciudadanos de Leningrado que aún están cuerdos, nos rodean como si fueran un grupo de Masticadores. Quieren creer que hay gente que vela por ellos y que están dispuestos a solucionar todas y cada una de las injusticias que están sufriendo día a día, minuto a minuto.

—¡Ya basta! —Repite. Está chillando, pero nadie le escucha.

Porque no dejan de llegar personas contando anécdotas terribles: mutilaciones, parricidios, fratricidios, canibalismo en casi todos los casos. Finalmente, no nos queda más remedio que echar a correr como si fuesen realmente Masticadores y nos persiguiesen.

—¡Callaos! —chilla de nuevo el Sargento Kubatkin.

Pero mientras nos alejamos, oímos aún sus palabras, que se clavan como alfileres en nuestras cabezas. Y no queremos escuchar más cosas terribles. Queremos encontrar un hogar para Tania, un lugar donde esté segura. Nada más.

Solo buscamos un poco de paz y una historia que acabe bien. Y por eso llevamos horas deseando llegar a su casa, que está en la misma calle de la estación, aunque unos cuantos números más abajo. Redoblamos el paso, con la seguridad de que una parte de nuestro sueño se va a cumplir pronto. Y alguien se hará cargo de nuestra pequeña.

¿Será Tania Savicheva uno de los pocos ciudadanos con suerte de nuestra ciudad?

Lo sabremos en breve, porque por fin llegamos. Se trata de un zaguán oscuro con una puerta de madera en cuyo centro hay un oxidado llamador de hierro.

—Aquí es donde vive mi familia —dice la niña.

Así que entramos. La suerte está echada.



LA CIUDAD SITIADA, un día cualquiera / RIAN 324 Y otro cadáver arrastrado por sus familiares por las calles

En el rellano, antes de subir las escaleras, nos encontramos los cuerpos de dos mujeres cuyos muslos y antebrazos han sido liberados de cualquier atisbo de carne. Una tiene los dos pechos mordisqueados, evidentemente obra de un Masticador. Llevan tiempo pudriéndose... y la carne ya no se puede aprovechar. Así que las han dejado allí, de cualquier manera, olvidadas hasta por los vecinos del inmueble. Seguramente, cuando salen de casa cada mañana hacia una cola de racionamiento, saltan por encima de los cadáveres. Y siguen su camino.

Ya nada ni nadie puede sorprender a los ciudadanos de esta urbe condenada.

—Deberíamos llamar a un grupo de Removedores de Cadáveres —opina Dimitri, mientras revisa el corte que tiene en la mano—. Al menos que retiren los cuerpos.

Anatoli se encoge de hombros. Ya lo hará alguno de los inquilinos. Y si son lo bastante estúpidos para dejar allí un foco de enfermedades semejante... bueno, es cosa suya.

—Vivo en la segunda planta, puerta A —nos explica Tania, que pasa de largo de los cadáveres como si ella tampoco pudiera verlos; igual que nosotros, que ya ni siquiera nos detenemos a mirarlos con cuidado. Solo son otra historia para la libreta de casos pendientes de Anatoli, una que tal vez ni siquiera merezca un párrafo, porque solo será un pequeño apunte al margen en la historia que estamos contando.

—¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

Una mujer aparece despeinada y en camisón en medio del descansillo; aferra de los hombros a Dimitri, zarandeándole.

—Mi madre se ha vuelto loca. ¡Ayúdenme a tirar la puerta abajo!

Alguien ha echado a aquella mujer de la casa y se ha encerrado en el interior. Anatoli esta agotado y se encoge de hombros de nuevo, pero antes de que pueda decir nada, oímos el llanto de un bebé. Entonces su gesto se transforma y, de un salto, asciende los últimos tres escalones del primer piso y da una patada la puerta. Esta se resquebraja pero no termina de romperse. Dimitri y él unen fuerzas y se lanzan a la vez con el hombro contra la madera, que finalmente cede y se quiebra. Los dos caen al suelo, en un amasijo de astillas y polvo, pero se incorporan rápidamente, siguiendo el sonido del llanto de la criatura. La madre les adelanta por el estrecho pasillo sorteando pedazos de tabla y policías que avanzan a tientas en la oscuridad, en una vivienda que no conocen.

Cuando llegan a la cocina, se encuentran a una mujer anciana que tiene a un bebé metido en la pila de la cocina. No muy lejos, a su derecha, un cuchillo descansa sobre una mesa. La anciana lanza miradas esquivas al cuchillo y al niño, como si no tuviese claro qué debe hacer o a quién mirar.

—Tu hijo está tan rellenito... —le dice la anciana su hija—. ¡Tan rellenito! — Repite.

Y se echa a llorar.

La madre se lleva al niño de la pila y se encierra en la habitación más cercana.

—Me temo, señora, que tiene que abandonar la casa —le ordena Dimitri, tomándola del brazo.

—¿Por qué? —Objeta la anciana, mirando al policía como si no entendiera nada de lo que está sucediendo.

—Porque si se queda acabará atentando contra la vida de su nieto o, aún peor, se lo acabará comiend...

Dimitri nunca acabará esa frase, pero la anciana, después de un instante en que su rostro refleja pánico, incredulidad y, por fin, reconocimiento de culpa... abandona cabizbaja la vivienda. Lo último que vemos de ella es su pelo revuelto y sus ropas blancas (lleva sencillamente un camisón, como su hija), descendiendo camino de la calle.

—Acabamos de asistir al nacimiento de un Masticador —le dice Anatoli a su compañero.

—Así es —reconoce Dimitri.

—Conozco a esa mujer de toda la vida —nos relata Tania, mientras inicia el ascenso a la segunda planta—. Siempre me regalaba dulces y me decía que era la niña más bonita del barrio.

Ninguno somos capaces de decir nada después de aquella afirmación, y nos limitamos a ascender tras ella camino de la vivienda. Cuando llegamos, nos apercibimos que la puerta está abierta, lo cual no es precisamente una señal de buen augurio.

Anatoli descuelga su rifle, lo carga y entra el primero. Lo que encuentra le hace detenerse en medio del pasillo. Se da la vuelta como si pretendiera que ni siquiera entráramos en la vivienda, pero Tania avanza y señala a su izquierda. Quiere enseñarnos su casa: debe contarnos su historia.

Le tiembla la mano con la que nos muestra su infortunio y también le tiembla la voz mientras habla.

—Mi padre se llamaba Nikolai Rodionovich Savichev. Mamá siempre decía que fue toda su vida un tipo con mucha suerte, un panadero que se ganaba bien la vida a pesar de tener orígenes muy humildes. Murió hace tres años y mi mamá, Mariya, no entendía por qué tuvo un infarto tan joven, él que siempre había tenido tanta fortuna en la vida.

»Antes de morir, mamá me dijo que ahora entendía que la suerte le había acompañado hasta el último momento. Porque murió antes del sitio de Leningrado y se ahorró lo que hemos tenido que vivir todos nosotros.

Tania abre la palma de la mano izquierda y alza el brazo, señalando de nuevo la primera habitación del pasillo.

—Mi hermana Zhenia fue la primera en morir, el 28 de diciembre de 1941, a las 12 horas y 30 minutos.

La miro, a punto de llorar. Está leyendo su diario, esa libreta que lleva a todas



partes y que ninguno sabíamos qué función tenía en su vida y en su historia.

Tania da otro paso y señala la habitación de la derecha.

—La abuelita murió el 5 de enero de 1942, a las tres de la tarde.

Pasamos de largo un pequeño salón y vemos varias habitaciones más que se abren a su alrededor. En el orden inverso de las agujas del reloj, Tania señala la primera estancia.

—Mi hermano Leka murió el 7 de enero de 1942, a las cinco de la mañana.

Da un pasito muy corto y señala en esta ocasión un sofá, donde seguramente dormía otro miembro de la familia. Ahora se ve un bulto tapado por una manta.

—El tío Vasia murió el 13 de enero de 1942, dos horas después de la medianoche.

Ahora señala una habitación muy pequeña. Incluso desde donde nos hallamos, podemos ver los zapatos del cadáver que está señalando, porque sobresalen del colchón de la cama.

—El tío Lesha murió el 25 de enero de 1942, a las cuatro de la tarde.

Tania esta llorando. Dos gruesas lágrimas le caen por las mejillas. Camina resueltamente hasta la habitación más grande, probablemente la habitación de matrimonio, la que una vez perteneció a sus padres.

—La mamá murió el 1 de febrero de 1942, a las 7:30 de la tarde.

Finalmente se gira y lee la última línea de su diario:

—Todos los Savichev han muerto. Todos menos Tania. Solo queda Tania.

Se hace el silencio. El silencio más terrible y ominoso que nunca he oído en mi vida. La pequeña se acerca a una planta marchita que hay junto a una estufa. Tania la acuna dulcemente, como suele hacer con su muñeca.

—Mi planta fue la última en morir. Intenté darle calor durante días pero... al final me dijo adiós, como todos los Savichev.

Recuerdo entonces que su muñeca de trapo roja se llama Planta. Me acerco a la maceta que está acunando. Es una Consuelda, una hierba muy popular en Rusia, que muchos tienen en macetas o en su jardín porque se usa para elaborar remedios caseros: cicatriza heridas, cura las llagas y hasta alivia las quemaduras.

Pero para Tania había sido uno más de los Savichev. Una delgada figura de tallo alargado y flores violetas que le hizo compañía al quedarse sola en el mundo.

—¿Por eso llamas Planta a tu muñeca? —le pregunto, mirándola fijamente.

Tania deja la maceta y coge a Planta.

—Una vez se llamó Zhenia, como mi hermana. Ella me la regaló. —La pequeña eleva su cabecita y contempla a la muñeca, sucia, vestida con un sayo raído—. Pero cuando Zhenia murió ya no quise que se llamase así. Cuando me quedé sola con la planta en esta casa, me di cuenta que se estaba marchitando, como todo en este lugar. Entonces comencé a llamar Planta a la muñeca. Porque es una muñeca y se puede romper, pero no morirse. Si se rompe la coseré, pero seguirá a mi lado. Así siempre habrá alguien que me haga compañía.

No tengo claro si lo que dice la niña tiene mucho sentido, o es fruto de la

desesperación. Hay gente a la que la desesperación le ha llevado a convertirse en un Masticador. Tania, sencillamente, llama a su muñeca como una hierba muerta. Tampoco es tan grave. Hay niños que han salido de casa, después de que toda su familia muriese, y se han lanzado al río.

—¿No te queda nadie? ¿Otro tío? ¿Una prima? ¿Amigos de la familia? — pregunta Dimitri, que es de todos nosotros el que se siente más unido a la pequeña.

Tania niega con la cabeza. Parece recordar algo de pronto y sonrío al cabo Konashenkov.

—Tengo otra hermana, Nina, pero se fue a trabajar a la defensa antiaérea cavando zanjas, como la hija del hombre del parque Yusupov. Nunca regresó. Y tengo otro hermano, Mijail, pero estaba fuera de Leningrado cuando comenzó el asedio. No sé nada de él desde hace meses.

Entonces Tania levanta la voz, que tiembla como si estuviera a punto de quebrarse.

—No tengo a nadie. Solo os tengo a vosotros. Vosotros sois ahora mi familia.

El cabo Dimitri Konashenkov levanta la barbilla de la niña y le seca las lágrimas.

—Encantado de conocerte —dice entonces, estrechándole la mano—. Puedes llamarme Dimitri Savichev.

Y se abrazan. Acto seguido, Dimitri se arrodilla y saca al perro de la mochila. Tras unas horas descansando, se le ve mucho más activo. Incluso corre un corto trecho y apoya sus pezuñas en Tania. Es como si quisiera decir: «Y yo soy Prokofiev Savichev».

—Yo soy Anatoli Savichev —dice una voz a mi lado. El sargento Kubatkin acaricia el lomo del perro mientras sonrío a la pequeña.

Inspiró hondo y digo lo único que cabe decir llegados a este punto.

—Y yo soy Catarina Savicheva.

Nos fundimos los cuatro en ese abrazo que comenzaron Dimitri y Tania. Alzo a Prokofiev en volandas y lo sumo al abrazo. Ahora somos una familia numerosa.

Afuera, los Masticadores siguen vagando a la búsqueda de carne humana, pero aquí, en el número 12 de la Avenida Zagorodny, ha nacido una familia. Y mientras la gente se siga amando, confiando en los otros, velando por los demás... siempre habrá un hilo de esperanza para la raza humana.



LA GENTE LO HA PERDIDO TODO. Escapan con sus pocas pertenencias / RIAN  
2153

**CUARTA PARTE**  
**LA OTRA TANIA**

*El coche se detuvo de pronto. Catarina dejó el vehículo en la cuneta, junto a una escuela. Salió por la puerta del conductor con esfuerzo y caminó hasta una verja. A pesar de su edad, se mantenía ágil y era capaz de conducir sin problemas. Anatoli, que llegó llevando de una correa a Prokofiev Sexto, estaba muy orgulloso de ella.*

De ella y de sus historias de zombies claro.

—Ahí estaba nuestra casa, nuestra segunda casa —dijo la anciana, señalando a un grupo de adolescentes que jugaban a fútbol—. No queda nada. Nada de nuestro asentamiento en Grigorevka.

Su madre, le explicó entonces, se volvió a casar con un tipo llamado Johann. Por entonces, aquella ciudad no tenía grandes edificios, ni modernos colegios con campo de fútbol. Era una zona semisalvaje donde abundaban los lobos y las chicas jóvenes tenían miedo de ir solas por si algún animal las atacaba. Ochenta años atrás.

—Mi escuela era una cabaña sin calefacción. Allí aprendí ruso y... bueno muchas otras cosas, pero en realidad una educación básica y precaria. A leer y a escribir y poco más. Eran otros tiempos. No había ordenadores ni *smartphones*.

—Pero teníais zombies —objetó Anatoli, intentando llevar la conversación al único tema que realmente le interesaba.

—Bueno, eso fue mucho más tarde, en Leningrado.

Anatoli miró a su abuela, que contemplaba soñadora una ladera que ascendía hacia unos picos helados. Una niña llamada Catarina subió aquella montaña hace tanto tiempo que es como si aquello jamás hubiera sucedido.

—¿Cuándo os fuisteis a vivir al norte, a Leningrado?

—Llegué a allí mucho más tarde. Ya te lo he dicho. Antes pasaron muchas cosas. Para empezar, de Grigorevka nos fuimos a Moscú.

—¿Moscú? ¿Ahora me enseñarás vuestra casa en Moscú?

Hasta ese momento, en aquel extraño viaje de iniciación, de reencuentro con las raíces familiares, o lo que demonios estén haciendo, se habían mantenido en el territorio de Ucrania, que se independizó de la URSS mucho tiempo atrás. Moscú estaba en la actual Rusia, por supuesto, y era su capital. El niño nunca la había visitado, pero sabía que viajar hasta allí no iba a ser cosa de un rato. Tardarían días en llegar.

Así que su abuela iba a tener mucho tiempo para hablarle de zombies.

Anatoli, ante aquella perspectiva, se frotó las manos, esperanzado.

—¿Cuándo salimos hacia Moscú, abuela Catarina?

*Tania Savicheva era mi vecina. Tras la muerte de toda su familia el dolor la trastornó. Se aferraba día y noche a una pequeña planta de la casa, casi marchita, con unas pocas hojas. Estaba casi muerta. De alguna manera, parecía recordarle a su familia. Ella la ponía de pie junto a la estufa, balanceándose de lado a lado, sosteniéndola cerca de ella, en un terrible trance. Creo que estaba tratando de devolverla a la vida.*

ELENA MARTILLA, superviviente del asedio

Vagamos sin rumbo por la ciudad. Nos hemos marchado de la casa de Tania. Allí ya no teníamos nada que hacer, salvo rezar por su familia. Y Tania ya ha rezado lo suficiente por sus almas. Solemnemente, deja el diario sobre la mesa del comedor, junto a la planta. Es el momento de pasar página y buscar una forma de sobrevivir a esta pesadilla.

Hemos bajado las escaleras en silencio, como si también fuésemos Masticadores, uno más de esos que vagan como nosotros por la ciudad, pero en su caso buscando carne, gente demasiado débil para enfrentarles.

La anciana que hace un rato ha salido en camión de su casa, después de estar a punto de asesinar a su nieto, vaga ahora precisamente con un grupo de Comedores de Cadáveres. Se halla al fondo de la calle, con los ojos muy abiertos y la mandíbula colgando, como si estuviese soñando con su próxima víctima. Sus compañeros de vigilia lanzan gruñidos ahogados, fantaseando seguramente con un poco de comida, sea del tipo que sea. Ya han perdido toda conexión y empatía con la raza humana.

El hambre es peor que la peor infección zombie que pueda imaginar ningún escritor del futuro.

—Vamos, deprisa —nos ordena Anatoli, que no se siente seguro con aquellos seres tan cerca.

Y está en lo cierto.

A nuestra izquierda, cerca de la estación de tren, un vendedor ambulante de patatas está distraído carreteando su mercancía y no percibe que le rodean los Masticadores. Antes de que pueda reaccionar se han abatido sobre él y comienzan a devorarlo. Sus gritos de angustia nos hacen reaccionar y los dos policías hacen ademán de impedir el ataque. Pero no llegan ni a echar a correr. Ya es demasiado tarde. El vendedor ha muerto; la yugular desgarrada, la sangre manando escandalosa sobre el suelo y los restos de su mercancía, que es devorada en crudo junto a su dueño. Por suerte, los caníbales no reparan en nosotros y continúan con su festín.

—Vayámonos de una vez —insiste Anatoli—. Solo quiero alejarme de aquí, descansar un rato de toda esta barbarie.

Nos marchamos a buen paso, de nuevo en silencio, intentando hacer oídos sordos a cuanto sucede a nuestro alrededor.

—¡Son mis vecinas! —exclama de pronto Tania señalando a dos chicas que bajan desde uno de los puentes sobre el río Fontanka, alerta, mirando en derredor. Son muchachas inteligentes, supervivientes en una ciudad donde solo cuentan los supervivientes. Una va dos pasos por delante de su compañera. La primera vigila posibles amenazas que puedan llegar desde el frente. La segunda camina de lado y no pierde de vista el costado y la parte de atrás.

Pero cuando descubren a la pequeña Savicheva sus ojos se iluminan y acuden abrazarse con ella. La más alta se llama Tamara Grebennikova, la otra Valentina

Rothman. Ambas son morenas y muy delgadas, como todo el mundo en Leningrado. Tendrán algo más de 20 años.

—¿Qué haces por aquí? —pregunta Valentina—. Hace mucho que no te veía.

—Me fui de casa. Me quedé sola y no sabía qué hacer. Al final decidí probar suerte por mi cuenta —le explica Tania, señalándonos—: Me han pasado muchas cosas, pero lo que cuenta es que ahora tengo nuevos amigos. Una familia.

Entonces comienzan las tres una animada conversación sobre el pasado, apenas un año atrás, cuando había comida para todos y el universo tenía sentido. Incluso se atreven a echarse a reír por un instante, como si el presente de pesadilla fuese precisamente eso, una pesadilla, y no estuviera sucediendo de verdad.

—¿Y vosotras? —pregunta Dimitri—. ¿De dónde venís?

—Somos voluntarias en el cuerpo de Removedores de Cadáveres —explica Tamara.

Sabemos a qué se refieren. En Leningrado todo el mundo tiene que ayudar a la causa, sea cavando trincheras, o ayudando a llevarse a los muertos de las casas. Muchos están pudriéndose entre cuatro paredes porque todos los familiares han fallecido, como sucede en el hogar de los Savichev. Por eso, amplios grupos de ciudadanos se han apuntado a las brigadas de Removedores de Cadáveres. Prefieren contratar hombres pero también hay mujeres, porque escasean los varones fuertes y jóvenes: la mayoría están sirviendo en el frente de guerra.

Todos hemos oídos anécdotas sobre estas brigadas. Los Removedores de Cadáveres entran en las casas y se encuentran con espectáculos dantescos.

—Es raro hallar un cadáver intacto. A muchos les faltan pedazos, a otros extremidades enteras. Prácticamente todos presentan cortes. —Valentina lo explica con la naturalidad del que lleva mucho tiempo viendo cosas terribles y las ha dejado de considerar terribles. Ahora son cosas cotidianas.

—Hoy mismo me encontré a una joven de 15 años —añade Tamara, mirándome por un momento a los ojos y luego retirándolos—. Estaba casi intacta, pero tenía tres o cuatro bocados en los muslos y en las mejillas. Alguien había comenzado a comérsela y luego había huido, tal vez avergonzado o horrorizado de aquel acto infame. Sospechamos que fue su padre, que ahora vaga por las calles convertido en Masticador.

—En toda la ciudad no dejamos de oír la misma historia —explica Anatoli—. Estoy cansado. Estoy agotado. Solo quiero descansar —repite.

Es la segunda vez que lo dice en pocos minutos. Quiere «descansar» a toda costa. Se le ve ausente, contrariado, como si al fin comprendiese que la idea de encontrar un lugar para Tania y Catarina es una quimera y que, más que una quimera, siempre fue una forma de ayudarse a sí mismo. Solo somos dos niñas más en una ciudad que se desmorona. Salvarnos la vida colocándonos con una familia que, a decir verdad, no sabe si podrán darnos de comer la semana que viene... eso no soluciona nada ni aporta nada al esfuerzo bélico. No es ni siquiera un grano de arena en este desastre



llamado Guerra Patriótica o mundial. Pero Anatoli necesitaba emprender esta odisea para convencerse a sí mismo que está haciendo algo útil, cuando probablemente ya no hay nada útil que hacer en nuestra ciudad.

—¿No tendréis sitio en casa para Tania?, ¿cualquiera de vosotras? —inquire, más bien ruega, Anatoli con un hilo de esperanza en la voz.

Tamara y Valentina se miran la una a la otra, como sorprendidas ante la ingenuidad del policía. Niegan con la cabeza. Ni siquiera nos dan una explicación porque todos ya la conocemos. A duras penas pueden alimentar al padre, a la madre, a la hermana, a los familiares más cercanos. Muchos se mueren de hambre ante la mirada impotente de sus seres queridos. Gastar un pedazo de pan, ese pedazo de pan tan valioso que se ha conseguido con los pocos gramos que te da la cartilla de racionamiento, gastarlo en una desconocida, incluso si es una vecina a la que se tiene aprecio... eso resulta una idea inconcebible, algo imposible.

—Claro. Entiendo. Perdonad —dice Anatoli. Y echa a andar como si la conversación ya no tuviera sentido, como si ya nada tuviera sentido. Prokofiev, que sabe que es el líder de la manada, le sigue sin pensárselo dos veces.

Se han alejado ya más de treinta metros cuando Dimitri nos hace una seña para que terminemos nuestra conversación con las vecinas de Tania. Anatoli está tan descentrado que podría desaparecer en las calles camino del canal Obvodny, el más largo de la ciudad, que marca la frontera de la ciudad. Y lo perderíamos de vista.

—Pasaos por el piso de los Savichev —les digo a las dos muchachas cuando ya se han despedido de Tania—. Allí hay trabajo para vuestra brigada. También en la calle, en la entrada, pero sobre todo en el segundo A.

Tamara y Valentina han entendido. Miran a Tania, que camina cogida de la mano de Dimitri a la búsqueda del sargento Kubatkin. No ha oído por suerte mis palabras. Ambas asienten y me dan las gracias.

—Hoy mismo nos pasamos —me prometen.

Y se marchan, caminando en guardia, la una protegiendo la espalda de la otra, vigilando a los Masticadores, a los zombies, a los caníbales, a los ladrones, a los violadores. Son dos muchachas jóvenes y guapas. Si no lo hicieran así estarían locas. Hay que protegerse o enfrentarse a una muerte terrible.

Porque estamos viviendo precisamente los días más terribles de este asedio interminable.

Un minuto después, echo a correr y doy alcance a mis amigos, a la improvisada familia de desesperados que hemos organizado. A aquellas alturas, nos hallamos ya cerca de la estación Varsovia. No anda lejos el final de la ciudad. Tal vez por eso nos sentimos tan cansados. Hemos cruzado Leningrado entera huyendo de los zombies: solo nos falta atravesar los Almacenes Badayev y algunos otros polígonos de empresas u oficinas para alcanzar el límite sur de Leningrado.

En particular, los Almacenes Badayev, son un lugar de infausto recuerdo para todos los ciudadanos de este lugar condenado. Al principio del asedio, los alemanes

bombardearon los alrededores hasta reducirlos a cenizas. Los aviones de la Luftwaffe los sobrevolaron durante días hasta que no quedó piedra sobre piedra. ¿La razón? Allí se guardaban casi el 80% de la reservas de alimentos. Aunque solo había harina y azúcar para unos días. Pero era nuestra harina y nuestro azúcar.

Ese bombardeo y el posterior incendio que arrasó los más de cuarenta almacenes, se ha convertido en un símbolo para los rusos.

Y además, nos mostró otra realidad: el deseo de Hitler fue dar una lección a la Rusia comunista a través de Leningrado. Matar a millones de hambre y enseñar al resto de las ciudades bolcheviques lo que les espera a aquellos que se oponen a la raza aria.

—Deberíamos dar la vuelta y seguir buscando un lugar para las niñas en la ciudad. Aquí ya no encontraremos nada de utilidad —comenta Dimitri. Señala con la mano hacia la izquierda, donde solo se ve en lontananza la negra sombra del Cementerio Volkovo y el río Neva que, serpenteando desde el centro de Leningrado, se encamina a su nacimiento en el Lago Ladoga.

—No —dice entonces Anatoli, levantando la voz, como si en ese preciso instante le hubiese encontrado un sentido al viaje que hemos hecho durante esta jornada interminable—. Pasada la ciudad está el campamento de Zvanka. De allí partió la información que trajo el camarada Gorkshov. Tal vez allí sepan quién es el espía, el alemán infiltrado entre nuestros hombres.

La idea de caminar unos cuantos kilómetros más en dirección sur, camino de un campamento militar, me parece una locura. De pronto, somos nosotros los que nos sentimos agotados, pero Anatoli está poseído de una nueva fuerza y determinación. Quiere dar sentido a aquel día, quiere estar seguro de que ha hecho algo útil y que su labor, como la misma guerra, la lucha diaria que sostiene contra zombies y Masticadores, es algo con sentido. Algo que vale la pena.

No perderá otro día más de su vida persiguiendo sueños, viendo morir a compañeros de la NKVD o valientes soldados rusos. No perderá otro día buscando hogar para unas niñas a las que nadie quiere.

Ese día hará algo útil por su patria. Sea como sea.

—Iremos al campamento —ordena—. Además, terminada la ciudad, ya no deberían quedar más peligros, Masticadores, zombies o caníbales. Tan solo almacenes y caminos polvorientos. Cuando hayamos descubierto quién es el traidor, regresaremos y buscaremos un sitio para las niñas. Seguro que mi padre se alegrará de que hayamos desenmascarado a ese alemán. Igual mueve algunos hilos y consigue para ellas cartillas de racionamiento especiales, algo que pueda animar a algún vecino o amigo a cuidarlas mientras dure el asedio.

Anatoli nos mira con la esperanza de que sus sueños se hagan realidad.

Dimitri yo nos oponemos a aquella decisión con diferentes excusas, pero el sargento Kubatkin está al mando y Tania, inexplicablemente, le apoya. La niña coge bien fuerte a Planta, su muñeca roja. Comienza a caminar junto al sargento.

—Somos dos votos contra dos —nos explica Anatoli—. Yo soy quien tiene la graduación mayor y el voto de calidad. En caso de empate soy quien decide.

Así que iniciamos el viaje hacia el campamento militar de Zvanka.

—Anatoli es parte de nuestra familia ahora —me explica Tania cuando paso a su lado caminando—. Él necesita saber quién es ese hombre malo alemán. Así que nosotros debemos ayudar a encontrarle.

Le sonrío pero no le respondo. Porque se equivoca. Lo que necesitamos es comer, bañarnos y descansar. Nada más.

Pero sigo andando tras la estela de un espía que tal vez nadie sepa nunca quién es. Porque ahora, aunque me pese decirlo, yo también soy parte de esta familia.

Caminamos por los suburbios de Leningrado. Aquí solo hay cobertizos, edificios bombardeados, viejos almacenes... y polvo. Ante todo, toneladas de polvo, arena y virutas en suspensión, fruto de los bombardeos. También de la dejadez y del abandono. Estamos en los arrabales moribundos de una ciudad moribunda. El lugar donde el polvo vuelve al polvo. Un cementerio donde ni siquiera tienen cabida los seres humanos.

Tania no para de toser. Nos tapamos la boca y la nariz con pañuelos, construyendo embozos improvisados. Prokofiev aúlla al viento y este le devuelve solo el eco.

Pero seguimos la marcha.

—¿Ves? —dice Anatoli en dirección a Dimitri con un tono extraño en la voz—. Aquí no hay apenas ni un alma y por lo tanto tampoco zombies que se las quieran comer. Por fin podremos olvidarnos de esa orgía de sangre que dejamos a nuestra espalda y concentrarnos en cosas más importantes.

Aún no ha terminado de decir esa frase cuando una mujer emerge tras unas tuberías de acero que una vez formaron parte de una planta metalúrgica cercana. Ahora está en ruinas.

—¿Han visto a mi hija? —inquire, enseñándonos una foto desgastada que muestra a una niña de trece años, tal vez menos, pero que ahora está irreconocible de tantas veces que la madre debe haber pasado sus dedos sobre la instantánea.

—¡No, otra vez no! —musita el sargento Kubatkin—. No quiero repetir la escena de los jardines de Yusupov. Solo quiero...

Pero a la mujer no le interesa el hastío del policía. Lleva buscando a su hija semanas, tal vez más de un mes, y ha vagado por la ciudad en pos de algo de justicia hasta que la propia ciudad se le ha echo pequeña. Entonces ha comenzado a buscar a su hija en lugares insospechados, allí donde no va nadie, sitios donde los desesperados son sus únicos habitantes.

Gente como nosotros.

—Mi hija —repite la mujer—. Alguien debe haberla visto.

Su vestido tiene agujeros y rasgaduras por todo su contorno; incluso ha perdido su color. A su abrigo le falta la parte de atrás, mostrando un enorme costurón y parte de la espalda de la mujer. Su gorro está tan sucio que por un momento he pensado que era un moño, parte de su pelo o una extensión, pues está completamente negro de hollín y de porquería.

—Me llamo Anna Nikitina y exactamente el día cinco de enero mandé a mi hija Sasha a la cola del pan con nuestro último cupón de la cartilla de racionamiento. Sasha es muy lista. ¿Lo ven? Miren su cara: es muy lista y traía todos los días el pan. Nunca falla. —De pronto, el rostro de Ana se ensombrece al contemplar la foto desvaída—. Salvo ese día. Cuando vi que se retrasaba fui yo misma hasta la cola y

los vecinos me dijeron que llegó a recoger las dos rebanadas de pan que nos correspondían. Pero la niña no había vuelto a casa. Caminando por las calles adyacentes encontré su sombrero con orejeras tirado en el suelo. Es un buen sombrero. Nunca se lo hubiera quitado.

En ese punto de la historia, Ana se quita el gorro que lleva en la cabeza y nos lo muestra. Una vez debió ser gris, pero lleva tanto tiempo llevándolo de un lado para otro que ahora está tan negro como sus cabellos. Además, ha perdido las orejeras.

—Fui a la Gran Casa, a la sede de la milicia local y la NKVD. Allí hablé con la policía. —Anna mira en dirección a Dimitri, que parece reconocerla. Tal vez por eso nos ha interpelado de forma directa, porque ha reconocido a un policía en nuestro grupo—. Le enseñé este gorro, pensando que les ayudaría a encontrarla. No sé, una pista, el olor... ¿Los perros policía no hacen esas cosas?

Prokofiev lanza un ladrido. Sabe que es un «perro». O cuando menos que es un sonido relacionado con él. Cuando los humanos pronuncian esa palabra, suelen prestarle atención o van a buscarle y darle caricias. «Perro» es una palabra que le gusta. Así que mueve el rabo y se sienta junto a la mujer.

—Pero los policías me llevaron a una sala llena de mesas —prosigue esta—. Solo había mesas. Ni estanterías, ni sillas. Solo mesas. Y sobre la madera de cada una de ellas... ropa encontrada por los padres de niños desaparecidos. Ropa y más ropa. Abrigos, gorros Ushanka con orejeras, gorros normales sin orejeras, blusas, camisas, pantalones, hasta faldas o braguitas. Algunas prendas estaban sucias de sangre.

»¿Nada podemos hacer por su hija?, me dijeron. A estas horas o ha escapado con un novio que usted no conoce o ya se la han comido. Me intentaron convencer de que no valía la pena seguir buscando. Pero yo sé que Sasha es muy lista, porque todos los días me traía el pan y nunca se metió en ningún lío en la cola de racionamiento. Ella sabía que tenía que esquivar las calles solitarias, los grupos de hombres que caminan solos, los Masticadores... Sasha es muy lista y está viva en alguna parte. Lo sé.

La mujer observa a Dimitri. El siberiano se adelanta y camina hasta colocarse cara a cara con la mujer:

—Ya se lo dije, señora Nikitina. No debe buscar a una persona viva, debe buscar huesos, debe buscar restos de la ropa de su hija en oquedades, túneles y lugares abandonados. Debe ir a la zona donde encontró el gorro y ver si puede encontrar la chaqueta, el vestido, el abrigo de su hija. Al menos podrá averiguar dónde la mataron. Pero no encontrará restos de ella porque incluso los huesos los usan para hacer caldo.

Anna mira al policía y luego mira el gorro de su hija, que todavía está en su mano derecha. Se lo cala hasta las cejas y abofetea a Dimitri dos veces, violentamente. Luego echa a correr entre las tuberías y restos de vigas de metal, mientras chilla:

—¡Mi hija es muy lista! ¡Mi hija está viva! Lleva más de un mes perdida, pero sigue respirando y tengo que encontrarla. ¡Encontrarla viva! ¡Me oye, cabrón! Está viva. Está viva. ¡Está viva! ¡Es condenadamente lista y sigue viva en alguna parte!

Contemplamos abrumados cómo la mujer se aleja hasta perderse de vista en

dirección al río. Sus pasos erráticos, su cabeza coronada por ese gorro negro que un día fue gris, es lo último que vemos desaparecer en la lejanía.

Prokofiev vuelve a aullar, como si se despidiese. Si pudiera, yo aullaría con él.

—Tal vez no debiste ser tan claro con esa pobre mujer —opina Anatoli.

Dimitri chasquea la lengua y menea la cabeza:

—Hice bien. Solo que ella no quiere oír la verdad. Pero un día la cazarán los Masticadores y terminará su sufrimiento.

Tania se acerca hasta el policía y le da un empujón. Es un hombre extraordinariamente alto para ella. Por alguna razón, estoy seguro de que si la mano le hubiese llegado al rostro del siberiano, también le habría dado una bofetada.

—Tiene razón el sargento Kubatkin. Fuiste cruel con ella —dice la niña.

—No fui cruel, me límite a decirle la verdad para que no perdiese su tiempo y siguiese adelante con su vida.

—Pero es que ella, Dimitri... —intervengo volviendo la vista hacia Anatoli, que nos contempla con gesto hosco—. Ella quería perder ese tiempo, quería creer que su hija estaba viva y quería vagar por las calles. No podía asumir la pérdida.

—Pues eso es finalmente lo que ha hecho —dice el siberiano, dándose la vuelta y reanudando la marcha—. Ha vagado por las calles durante cinco semanas y no creo que eso le haya hecho mucho bien.

Anatoli acelera el paso para ponerse a la altura de su compañero.

—¿Decías a todos los padres que venían a la Gran Casa que sus hijos estaban muertos?

—Por supuesto, sargento —responde Dimitri con voz fría y distante—. Les decía la verdad.

—¿No les dabas ni siquiera un ápice de esperanza?

—En esta ciudad y en esta guerra ya no queda esperanza.

—Hablas como un derrotista, acaso como un traidor.

Dimitri se detiene y mira de hito en hito a su superior.

—Oí lo que le dijiste a Catarina mientras estuvimos en casa del violinista. Todo eso de que los nazis nos están haciendo picadillo y que somos un puto barco a la deriva. Tú eres el derrotista y seguramente tú eres el traidor.

Tania y yo contemplamos atónitas cómo Anatoli echa mano a su fusil, pero no llega a cogerlo, acaso porque hace tiempo que se le acabaron las balas. Dice, sencillamente:

—Pronto llegaremos al campo militar de Zvanka. Entonces sabremos quién es el traidor.

Pero a menudo las cosas no suceden tal y como las hemos previsto.

Tan pronto alcanzamos los alrededores del campo y entrevimos las alambradas y los barracones, nos dimos cuenta de que algo iba mal. No se veía a los soldados encaramados a las torres de vigilancia. Ni rastro del habitual trasiego de un lugar donde conviven miles de personas. Solo un pequeño grupo de hombres en un extremo

y no el típico movimiento de camiones, soldados, voces de mando y disparos de entrenamiento típicos de un campamento militar.

No tardamos en descubrir un cartel que reza: Cuarentena por canibalismo. Anatoli se detiene en seco delante del cartel y se echa las manos a la cara, como si estuviese de nuevo al límite de sus fuerzas. Exhala un largo suspiro de rabia contenida y se encamina resueltamente a ese pequeño grupo de hombres, el que hemos visto avanzando en soledad en los alrededores del campo.

—Estoy harto de zombies y Masticadores —masculla, mientras camina a grandes zancadas, sorteando los boquetes que han dejado en el contorno de la instalación las incursiones de la Luftwaffe.

Por fin alcanzamos una hondonada donde se halla un hombre vestido con uniforme de oficial de infantería, de un marrón más claro del que ayer vestían los policías de la NKVD que me rescataron. Además, lleva una pistolera colgada de la cintura.

—¡Preparados! —Ordena.

De hecho, ahora mismo lleva su pistola Nagan en la mano, porque está al mando de un pelotón de fusilamiento y es un gesto habitual del oficial que dirige a los tiradores. Al vernos avanzar en su dirección nos ordena detenernos con su mano libre y grita a todo pulmón:

—¡Fuego!

Cinco hombres de pie, delante de una empalizada y con los ojos vendados, reciben una descarga de fusilería que les hace tambalearse y caer al suelo entre estertores agónicos. El oficial se va acercando a cada uno de los cuerpos caídos y los remata con un tiro en la cabeza. Luego guarda su Nagan en la pistolera y se acerca hasta nosotros. Nos saluda de forma marcial.

—¿Sois civiles? —pregunta.

—Policía: NKVD —responde Anatoli y le alcanza sus credenciales. Dimitri hace lo mismo. El hombre, después de presentarse a sí mismo como el comandante Lagun, ojea la documentación de los policías antes de devolverla.

—No vestís como camaradas de la NKVD —dice Lagun.

—Estamos en misión especial. Nos quitamos nuestras guerreras para que los zombies no nos vieran demasiado apetitosos. Sabemos bien cuánto le gustan los soldados, los funcionarios y la gente bien alimentada —le explica Dimitri.

—No hace falta que me lo expliquéis. Lo he vivido yo también. Durante un permiso en la ciudad tuve que matar a dos hombres que me acorralaron cerca del Hotel Europa. Se relamían solo de pensar en mi carne. Comentaban entre ellos que estaba «muy bien cebado».

Conocemos bien la frase y todos asentimos. Poco después el comandante Lagun señala a los hombres que acaban de ser fusilados y añade:

—Aquí tenemos nuestros propios problemas. No estamos tan «bien cebados» como la gente cree. No tenemos alimentos suficientes para alcanzar el consumo de

calorías que necesitamos. Yo mismo encontré al capitán médico Chepurniy una mañana comiéndose a un compañero tirado en la nieve. Ni siquiera lo cocinó como hacen los más sibaritas. Se comía la carne cruda como esos malditos Masticadores enloquecidos que vagan por el centro de la ciudad. Cuando se dio cuenta de que le había descubierto terminó de amputar la pierna que se estaba comiendo, se la guardó en una bolsa y salió corriendo. Organicé un grupo de búsqueda tras informar a mis superiores e hicimos partidas hasta a diez kilómetros a la redonda del campamento. Estuvimos fuera hasta la madrugada. ¿Sabe dónde le encontramos finalmente?

Anatoli, al que se estaba dirigiendo el comandante, acaso por ser el superior jerárquico de nuestro grupo, niega con la cabeza.

—¿En las cocinas?

—Casi. Estaba en su propia habitación, tranquilamente, devorando un poco de carne y chupando una rótula como el que lame el fondo de una lata de caviar.

»Durante la investigación descubrimos que no era el único caníbal de Zvanka. Estaban implicados en esas prácticas más de veinte empleados del hospital militar: médicos, enfermeras, celadores... Un desastre en toda regla.

El comandante hace una pausa en su relato para llamar nuestra atención sobre los cinco cadáveres que yacen en el suelo.

—Esta es solo la primera tanda de ejecuciones tras el Consejo de Guerra. Luego vendrán otras quince condenas al menos. Eso, si es que durante los interrogatorios no descubrimos que había gente implicada fuera del hospital militar y existen ramificaciones en el resto del campamento. Por eso estamos en cuarentena: nadie puede entrar ni salir de Zvanka. Se está investigando la relación de todo el mundo con el cuerpo médico porque queremos descubrir de dónde venían los cadáveres, si eran enfermos, si eran todos soldados que habían ya fallecido cuando fueron troceados, si se raptaba o asesinaba a trabajadores de las fábricas cercanas... Todo hasta ahora son hipótesis. Solo estamos en la primera fase de la investigación.

Pero yo necesito entrar en el campo —suplica Anatoli—. Esta mañana un miembro del partido y del Politburó, el camarada Gorkshov, fue informado por alguien del campo de la presencia de un espía alemán, de alguien infiltrado entre nuestras tropas. Necesito encontrar el informe original y...

—Lo siento, sargento Kubatkin. No podrá entrar aquí si no es con autorización por escrito del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, Gueorgui Zhukov, o del camarada Stalin en persona. Sin embargo, creo que ha tenido suerte.

—¿Si? —Anatoli parece desconcertado.

—Yo estaba de guardia cuando el camarada Gorkshov vino al campo de madrugada. Me hallaba preparando los interrogatorios y decidiendo los miembros del pelotón de fusilamiento cuando se presentó. El camarada del partido vino precisamente con un permiso firmado de puño y letra por Zhukov. El tema era lo bastante importante para implicar a los altos mandos. Un hombre de mi unidad, el cabo Balatkin, conocía la identidad del infiltrado y marchó de aquí en un vehículo



blindado con Gorkshov. Llevaba el informe sobre el espía y al hombre que podía reconocerlo. Si encuentra cualquiera de ambas cosas podrá encontrar a su infiltrado. Supongo que es eso lo que pretende.

Anatoli asiente y niega con la cabeza en un mismo gesto. Parece un muñeco roto moviendo la cabeza de un lado a otro y luego de arriba a abajo. Está aún más cansado de lo que aparenta.

—Sí que estoy buscando al infiltrado y tratando de discernir su identidad. Pero no, no me sirve nada de lo que me ha explicado. El camarada Gorkshov y su compañero murieron a causa del fuego artillero alemán antes de que pudieran decirnos claramente la identidad del espía. Respecto al informe, se quemó hasta el punto de que no estamos seguros de quién pueda tratarse. Solo tenemos pistas que no conducen a ninguna parte. —Anatoli mira de reojo a Dimitri, que inspira hondo y aprieta los labios, cada vez más enojado.

—Entonces me temo que ha hecho un viaje en balde —dice el comandante—. Gorkshov trajo el informe él mismo, sellado y lacrado. Alto secreto. No trajo ninguna copia para nadie, ni siquiera se lo enseñó a mis superiores. A nadie excepto a Balatkin. Preguntó a otros soldados siberianos de nuestra unidad, pero solo Balatkin reconoció el apellido Ivanovich y pudo ver el informe completo y las fotos del espía. Lo reconoció al momento. Si eso le sirve de algo. Por lo visto se criaron en pueblos limítrofes en Siberia, en la península de Crimea.

Anatoli ha nacido en Novonikoláyevsk y Dimitri es del Lejano Oriente siberiano. A muchos kilómetros ambos de la localidad donde ha nacido el espía o de la zona de Crimea donde está enclavada. Al menos eso dicen ellos. Ambos se miran, calibrando las palabras que han escuchado de su compañero y amigo a los largo de los años, decidiendo si eran verdad o solo una mentira más para encubrir su identidad secreta.

El hambre y la desesperación, y los meses de asedio, han estimulado la paranoia de ambos hombres. Se están volviendo, progresiva, lentamente, el uno contra el otro.

La conversación con el comandante Lagun dura solo unos pocos minutos más. Es evidente que nos encontramos en un callejón sin salida y el rostro de Anatoli poco a poco se va ensombreciendo. No ha conseguido una familia que se ocupe de Tania y mucho menos de mí, que ya no soy una niña pequeña. Su segundo objetivo, que era encontrar al espía, también se diluye. Tal vez haya perdido todo un día por nada. Observando la conversación, en segundo plano, me doy cuenta que Anatoli debe llevar ya muchos días con esa sensación de no estar avanzando en nada, de no estar consiguiendo nada: los cadáveres se amontonan, los caníbales no hacen sino crecer y su tarea como policía es un completo fracaso. Así como su unidad de Anti Masticadores.

De todas formas, lo que marca el fin del diálogo entre el sargento y el comandante, es la llegada de una segunda tanda de aspirantes al fusilamiento. Los interrogatorios han terminado para ellos. Han delatado al resto de miembros de aquella banda de antropófagos y el Consejo de Guerra les ha condenado a muerte.

Lagun contempla al nuevo cortejo de cinco condenados y hace un gesto a Anatoli.

—Espere un momento —le pide, y se dirige hacia los recién llegados.

Mientras esperamos, Anatoli y Dimitri se lanzan una nueva tanda de miradas de soslayo. Ha nacido una barrera que se interpone entre los dos hombres, fruto acaso de un enfrentamiento soterrado que ahora sale a la luz. ¿Rivalidad? ¿Tal vez Anatoli fue ascendido a sargento por ser hijo del jefe Kubatkin? Eso puede ser. O cualquier otra cosa. Lo que tengo claro es que nunca fueron tan amigos como aparentaban.

Y ambos saben que el otro desconfía de la victoria final de la Unión Soviética y del camarada Stalin. Tal vez solo por eso, por derrotismo, ya podrían ser fusilados. Muchos lo han sido, en juicios más rápidos y sumarísimos que los de esos caníbales que acaban de ser abatidos ante nuestros ojos.

Pero es que ser un patriota en Leningrado, en el año 1942, no es cosa fácil. Incluso entre soldados como aquellos del Campo Militar de Zvanka. Porque el ejército rojo que se halla tras sus muros se parece poco aquel que soñaba Stalin en 1938, antes de empezar la Segunda Guerra Mundial. A través del cine, a los ciudadanos de la Unión Soviética se nos había inculcado el triunfo futuro e indiscutible de nuestras tropas. Recuerdo particularmente a Alexander Nevski, la genial película de Eisenstein. Nunca olvidaré a los nobles terratenientes y mercaderes, con el Príncipe Alexander a la cabeza, derrotando a los Caballeros Teutónicos alemanes.

Cine patriótico, nobles eslavos derrotando a germánicos, toda una premonición que vimos millones de rusos en la pantalla gigante de los cines. Muchos pensaban que se haría realidad en los campos de batalla del presente, que expulsaríamos a los nazis como hicimos con los Teutónicos en el siglo XIII.

La propaganda nos inculcó que, fuese cual fuese la guerra en la que nos viésemos implicados en el futuro, conseguiríamos una gran victoria. Nos habían entrenado para trabajar como un solo hombre y para pensar como una sola mente. La revolución rusa era el momento más importante de la historia de la humanidad. Por lo tanto, era infalible... e indestructible.

Así, cuando estalló la guerra y los ejércitos de Hitler penetraron en nuestras fronteras, las ansias de aventuras de los jóvenes fueron canalizadas hacia el servicio en el ejército. Nos lo repetían los periódicos, los clubes de jóvenes comunistas, la radio, o los miembros del partido, pues los había a centenares, a miles, en todos los barrios. Todo estaba pensado para conducirnos a una grandiosa batalla contra la hidra alemana. Pocos años atrás, el enemigo había sido la Rusia Blanca, la Rusia zarista... Ahora lo eran los nazis, esos malditos que se habían atrevido a traicionar nuestra alianza con ellos para atacarnos.

Y es que los rusos son un pueblo de mitos. Nos encantan los estereotipos y nos encanta creer en ellos: los nobles guerreros eslavos que luchan por la madre patria, los esforzados partisanos, esos mártires que lo sacrifican todo para enfrentarse a las SS de Hitler. Pero lo cierto es que en Leningrado ya no quedaban héroes ni mitos para

ensalzar a esos héroes. Leningrado era un matadero y nosotros solamente reses que estaban siendo conducidas hasta el hacha del verdugo.

—Perdonad la espera. Tenía trabajo.

El comandante Lagun regresa finalmente tras unos minutos. Cada uno de nosotros se ha quedado en silencio, a solas con sus pensamientos. El sargento Kubatkin y su segundo, vueltos de espaldas el uno contra el otro, mirando en direcciones opuestas para no mirarse entre sí. Tania y su perro jugando muy cerca del lugar donde acaban de morir fusilados cinco caníbales, el animal corriendo con la lengua fuera detrás de palos y piedras que le lanza la pequeña. Y, por último, yo misma, reflexionando sobre la inutilidad de la guerra y el destino fatal del pueblo soviético.

—Perdonadme —repite el comandante, cuando llega a la altura de Anatoli.

—No te preocupes. Entendemos que debes estar muy ocupado —le responde este.

—Me gustaría pedir os un favor —dice entonces el comandante, juntando las manos en gesto de súplica—. Sé que no os he podido ayudar y el que ahora os pida un favor es tal vez esperar demasiado. Pero no tengo a nadie más a quien acudir.

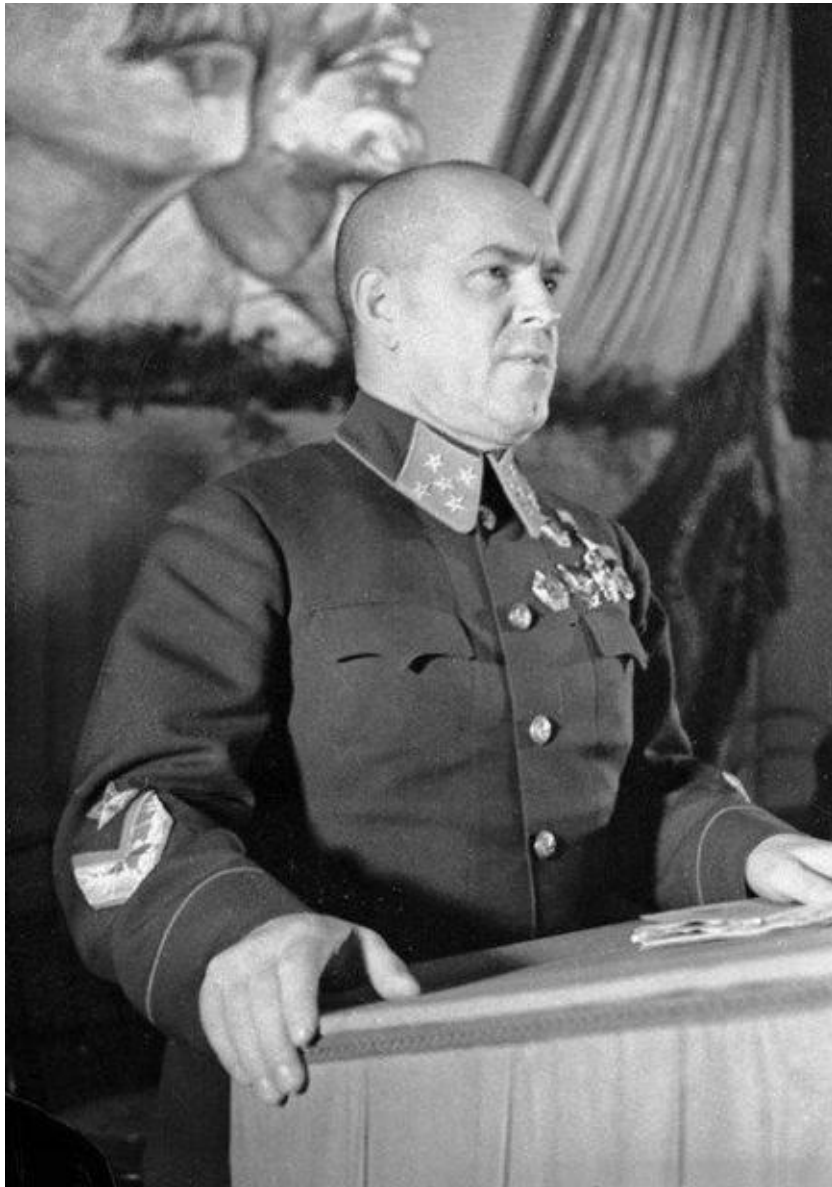
Y entonces señala tres casas solitarias en un extremo, fuera del campamento militar, al final de una ladera. Una extensión de tierra que se empina hacia la carretera que conduce fuera de la ciudad.

—Tal vez vosotros podáis ayudarlas —explica Lagun.

Anatoli lleva veinticuatro horas persiguiendo sueños, tratando inútilmente de ayudar a dos niñas sin hogar, y de encontrar un espía demasiado escurridizo. Todos sus sueños se le escapan de las manos. Lo último que necesita es alguien más al que intentar salvar, un nuevo fracaso en potencia.

Pero asiente, porque es un buen hombre y no quiere dejar a nadie desamparado en aquella jornada en la que todo se ha torcido. Tal vez aquel sea el punto de inflexión que necesitaba, la primera cosa que haga bien y le ponga en el camino de solucionar todas las demás.

—Explícame qué problema hay con aquellas tres casas —dice entonces Anatoli frunciendo los labios.



GUEORGUI ZHUKOV en un discurso / RIAN 2410 (Comandante del frente de Leningrado en 1942)

La señorita Rugova corre perseguida por un Masticador. Ese hombre tal vez haya dejado de pertenecer a la raza humana, pero un día fue su vecino. Mas de aquel hombre amable ya no queda nada y Rugova solo ve a un tipo babeante con un hacha en la mano que lanza alaridos. Así pues, no es un Masticador más, no va a esperarse que ella muera. Es un zombie asesino, alguien que ha perdido completamente la razón por culpa del hambre.

Se oye un disparo. La señorita Rugova lanza un chillido y se tira al suelo. Cuando nota una presencia a su lado y una mano que le coge del hombro, chilla y patalea, intentando alcanzar las piernas de su agresor. O tal vez mejor... la entrepierna. Sabe bien que es la zona más sensible de la anatomía masculina. Hasta los zombies aúllan de dolor cuando reciben una buena patada en las pelotas.

—Somos policías —le explica una voz de hombre, una voz amable y considerada. Tras ella, se elevan otras, una segunda voz de hombre y dos voces de mujer que le piden que se calme.

Rugova se aleja un par de metros gateando, todavía histérica. Finalmente se vuelve. Encogida en posición fetal, contempla al grupo formado por Anatoli, Dimitri, Tania y yo misma. Bueno, también está Prokofiev, claro, que se acerca a la mujer y le lame el rostro, fiel a su costumbre de chupetear a cuantas personas se cruzan en su vida.

—Hemos venido a salvarte —trata de tranquilizarla Anatoli Kubatkin, extendiendo de nuevo la mano hacia ella.

Un poco más tarde, mientras se toma la última taza de café que le queda, en el salón de su casa, la señorita Rugova parece haber recobrado la tranquilidad. Todavía tiembla de pies a cabeza, pero su rostro ha recuperado un poco de color.

—Somos las últimas tres viviendas de Leningrado. Estamos justo al final de este infierno, olvidados por las autoridades. La primera casa la habitaba ese zombie que antes me atacaba; la otra la ocupábamos yo y mi hermano. Él ya no está... Él está muerto. —Rugova traga saliva y prosigue—: La tercera es la casa de la familia Pechanov. Llevan enfermos muchos días y creo que algunos de ellos han muerto. Aquí no nos llega comida ni cartillas de racionamiento y estamos completamente desamparados.

—En el campamento militar nos han pedido que nos ocupemos de vosotros —le revela Anatoli—. Os llevaremos a un lugar mejor, más cercano a la ciudad, o...

—Yo no quiero ir a ninguna parte. Aquí llevo muchos años y si es necesario aquí moriré. Pero probad con los Pechanov.

—Por favor, no tiene sentido que mueras aquí por nada —intenta convencerla Dimitri.

La muchacha da un último sorbo a su último café.

—No me quedo aquí por nada. Me quedo porque no quiero vagabundear por las

calles y morir en una casa que no sea la mía. Tengo veinticinco años y nadie me va a acoger. No tengo más familia en esta ciudad. Prefiero velar el cadáver de mi hermano a luchar por una vana esperanza de sobrevivir a este asedio: sé que nunca llegaré a ver el final.

No conseguimos convencerla y al cabo de un rato nos marchamos. La entendemos y ni siquiera insistimos demasiado.

—¿Está segura? —pregunta Dimitri, a la figura que nos dice adiós desde el dintel de la puerta.

—Completamente —responde la señorita Rugova.

Tania cada vez se encuentra más triste. Prokofiev bosteza mientras caminamos en dirección a la última casa.

Todos estamos cansados, hambrientos... y desanimados.

La vivienda de los Pechanov es una preciosa Isba, la casa tradicional de troncos del campesinado ruso. No se ven muchas en las grandes ciudades, solo en los suburbios, y muy pocas tan bien cuidadas. Esta parece impoluta, con su tejado a dos aguas de paja, su henil y su granero. Y todo hecho a mano, a golpe de hacha, como marca la tradición.

La puerta está abierta y, después de ascender la escalerilla de la entrada, penetramos en el vestíbulo. Al fondo, en el salón, muy pálida, sentada en un taburete, está la última superviviente de la familia, la pequeña Nina Pechanova.

—Mi madre murió la semana pasada —nos explica, como si nos hubiera estado esperando y sobran las presentaciones—. Durante tres días dormí a su lado. Hasta que comenzó a oler mal. —La niña tiene como mucho ocho años y unos hermosos ojos azules que nos contemplan sin miedo, pero al igual que la señorita Rugova, sin esperanza—. Finalmente reuní el valor suficiente para caminar hasta el centro de la ciudad y pedí una cartilla de racionamiento para conseguir algo de pan. Lo conseguí pero, mientras volvía a casa me lo robaron. También me robaron mi mejor abrigo. Y me dijeron que si no me iba corriendo me comerían.

Aquel chiste es habitual en los delincuentes de Leningrado. No todo el mundo es un caníbal pero todos tenemos miedo a ser devorados. Los delincuentes comunes, los ladrones, los violadores... todos, cuando han terminado de hacer su fechoría, sea esta cual sea, te dicen: «Tienes suerte de que no te haya comido».

De hecho, es un chiste de mal gusto, si es que alguna vez ha sido un chiste.

—¿Venís a salvarme o a comerme? —pregunta la niña, mirándonos una vez más sin miedo, y tal vez no solo sin esperanza sino que, en el fondo, también sin interés, con la indiferencia de alguien que ha visto morir a tanta gente cercana y que lleva tanto tiempo sin comer, que su propia muerte ha dejado de tener importancia.

—Venimos a salvarte —dice Anatoli, sintiendo que las lágrimas afloran a sus ojos.

**QUINTA PARTE**  
LA ESTACIÓN PAVLOVSK Y EL HOSPITAL ERISMAN

*El pequeño Anatoli volvió la vista desde su smartphone para contemplar el rostro de su abuela, concentrada en la conducción. La calzada seguía en línea recta, interminable, a través de la Autopista Transiberiana, la red de carreteras que vertebra la Federación Rusa.*

—Gracias, abuela.

Su historia de zombies parecía no tener fin. ¡San Nicolás Bendito! Era alucinante. Catarina siempre tenía un nuevo y escabroso detalle para poblar la imaginación de su nieto y este pensaba que la anciana era la mujer más increíble del mundo. ¿Quién puede decir que tiene una abuela que luchó contra Comedores de Carne humana? Cuando volviese a la escuela se lo contaría a todo el mundo. Lo iban a flipar.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por llevar tanto rato contándome tu aventura y no aburrirme con cosas de la historia de la familia.

—Ya sabes que tarde o temprano volveré a hablarte de ello.

—Mejor tarde que temprano.

Ambos se echaron a reír. Anatoli, en cualquier caso, pensó que era el momento de mostrarse interesado en esas cosas que quería explicarle su abuela, de preguntar por sus ancestros. Llevaba mucho rato entreteniéndole. Un poco de deferencia hacia ella no era tanto esfuerzo, después de todo.

—¿Para qué os fuisteis a Moscú?

Catarina pisó el acelerador. Tal vez algo instintivo, como si hubiese rememorado algo desagradable.

—Bueno, fueron muchas las razones. No nos fuimos por algo en particular. Por un lado, la revolución soviética estaba en pleno apogeo. Tal vez esa... sí, esa fue la razón principal. Se estaban colectivizando las granjas en todo el país, así que la propiedad privada comenzaba a declinar. A muchos le quitaban sus posesiones para dárselas a la comunidad. Algunos jóvenes, viendo que nuestros mayores iban a perder sus granjas, decidimos marchar a probar suerte en la capital.

»Yo era muy pequeña entonces, te hablo de 1929. Mis padres cogieron el tren para Moscú. Un viaje triste, en un vagón sucio, donde íbamos hacinados como ratas. Dos días para llegar a los Urales. Y luego seguimos nuestro viaje. Pensé que nunca se acabaría.

—Pero al final llegasteis.

—Sí. Acabamos en una «dacha», una cabaña, en las afueras de Moscú, cerca de la estación Perlovkaya.

Catarina pisó el freno. Respiró hondo y cambió de carril para permitir que un deportivo la adelantase. Rusia y los nuevos ricos, que aparecían, como setas, por todas partes. Prokofiev Sexto, tumbado en los asientos de atrás, lanzó un bostezo. Distraída por ambos hechos, la mujer había perdido el hilo de los recuerdos. ¿Dónde estaba?



—Abuela Kubatkina —dijo entonces el niño—. Nunca antes nos habías hablado del pasado. Ni a mamá mientras estuvo viva. Ni a mí.

Anatoli era huérfano. Su madre murió pocos años después de dar a luz en un accidente de tránsito; su padre falleció a los pocos meses de cáncer, y seguramente también de pena. El niño apenas recordaba a sus progenitores, pero no se sentía solo. Catarina era su familia. De hecho, aunque la llamaba abuela, para él era su verdadera madre.

—Bueno, es que...

El silencio devoró la frase que la anciana iba a pronunciar. Aunque ella no quería, era el momento de ir más allá, y el niño estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Anatoli Kubatkin es mi abuelo?

El pequeño había hecho la pregunta. Esa pregunta que hacía rato, por su obviedad, pendía como una losa sobre la conversación de ambos. Anatoli sabía que la anciana nunca quiso hablar de su esposo, y que su hija había muerto sin saber quién fue su padre. Tal vez aquella cuestión merecía una respuesta. Ya era hora.

Pero como Catarina permaneció callada, fue Anatoli quién volvió a hablar:

—¿Por eso te apellidas así, Kubatkina? ¿No? ¿Tomaste su apellido al casarte y no usas el de tu familia? ¿O erais hermanos y por eso tenéis el mismo patronímico? Aunque, si fueseis hermanos o parientes, en la historia que zombies que me cuentas lo habrías comentado. Así que os casasteis más tarde y, en contra de la tradición, usas su apellido.

En Rusia, el primer apellido de una mujer es el de su padre, el segundo lo toma de su esposo al casarse.

Aquella parte de la historia familiar era la única que realmente interesaba al pequeño Anatoli: todo eso de la colectivización, la escuela donde estudió su abuela, la casa donde nació... todo eso era tan antiguo para él como el Imperio Romano. Pero le gustaría saber algo de su abuelo, si es que realmente lo fue aquel sargento de la NKVD de la historia de zombies de su abuela.

—Tomé el apellido Kubatkin de Anatoli, sí. Y le pedí a tu madre que te pusiese al nacer ese nombre en su honor. Pero las cosas no son tan sencillas como acaso imaginas.

Porque, para comprender de verdad cómo llegó a ser Catarina Kubatkina es necesario seguir con el relato de lo que sucedió setenta años atrás, en Leningrado.

Así que la anciana se aclara la garganta. Carraspea. Y prosigue con el caudal de los recuerdos, que ahora manan a borbotones.

*Una nueva forma de histeria, la «espíamania», comenzó a extenderse. La gente cada vez estaba más suspicaz con los extraños. Podías encontrar vigilantes en todas partes. Y hubo numerosas denuncias de espionaje a la NKVD y a la Milicia. Una vestimenta diferente, con un toque occidental, o una conducta extraña eran suficiente razón para denunciarte.*

MICHAEL JONES  
*(Leningrad, State of Siege)*

Pasamos la noche en casa de los Pechanov. Dimitri decide salir afuera y cavar unas zanjas para la familia de la pequeña Nina. No habíamos podido hacer lo propio para los Savichev, la familia de Tania, porque en medio de la ciudad una cosa así era imposible. Pero estábamos en el campo, lejos de los núcleos urbanos más poblados. Aquella familia tardaría días, tal vez semanas, en ser recogida por los servicios de la morgue y el cuerpo de Removedores de Cadáveres. Bien podría ser incluso que se olvidarán de ellos hasta acabada la guerra.

Así que nos vamos a dormir luego de rezar unas oraciones delante de un túmulo, una fosa común en el patio de la casa. Una cruz de madera improvisada lo corona.

Por la mañana, al despertar, me encuentro aún más agotada que la víspera. Tengo agujetas y me duele hasta el último músculo de mi cuerpo. Callada, ojerosa, estoy sentada en el salón, mirando hacia la enorme estufa que preside la sala y caldea toda la casa. En ella arden perezosamente los últimos pedazos de madera que hemos encontrado en la finca.

—¿Estás bien? —le pregunto a Dimitri, cuando le veo regresar del patio, donde dio sepultura a la familia Pechanov.

—No —responde, lacónico.

Ahí termina la conversación. Nos miramos brevemente y luego apartamos la cabeza, como si ya no tuviera sentido tener una conversación cercana y amistosa en un mundo como este, donde los cadáveres se multiplican y la fe en la raza humana desaparece.

Desayunamos un poco de pan y algo de carne seca. Incluso hay huesos y despojos para Prokofiev, que los devora mientras da hipidos de alegría. El sargento Kubatkin ha llegado con comida y, por un momento, incrédulos, ni siquiera le preguntamos de dónde demonios la ha sacado.

—Cortesía del comandante Lagun y los muchachos del campamento militar. Así como munición para mi arma y para el subfusil de Dimitri —nos explica, aunque nadie se ha interesado por saberlo y estamos todos concentrados en dar buena cuenta de nuestra ración.

Al final, no le han dejado entrar en el campamento pero ha conseguido alimentos. Todos estamos seguros que hemos ganado con el cambio.

Poco después estamos de nuevo en marcha. Anatoli sale de la casa y regresa al momento en un vehículo militar que debía tener aparcado algo más abajo, en el establo. Se trata de un ZIS-5, el mismo tipo de camión multiuso que perdiera su grupo de Policías Anti Masticadores al principio de nuestra odisea, en el Distrito Viborg, cuando le conocimos.

Nina y Tania, que han pasado la noche juntas en la habitación de la niña (con Prokofiev tumbado a los pies de la cama), salen corriendo y se suben al vehículo como si se tratase de un juguete, de un regalo anticipado de navidades. Los niños, sea

cual sea su situación, siempre tienen esperanza; y si la han perdido, son los primeros en recuperarla. Dimitri me mira y ve en mis labios el mismo gesto lánguido y triste que en los suyos. Se da cuenta que ya no soy una niña, que mi capacidad de asombro ha sido devorada por todos los cadáveres que he visto y por los Masticadores que pululan por la ciudad de Leningrado. Aunque mi capacidad de asombro y mi ingenuidad hace tiempo que se marcharon, antes del asedio y aún del ataque de Hitler a la Unión Soviética.

—Nos vamos aún más al sur, a la estación Pavlovsk —anuncia de pronto Anatoli.

Ninguno hemos oído hablar de aquel lugar, pero montamos en el vehículo y comenzamos el trayecto. Durante el mismo, el sargento Kubatkin nos informa que le ha pedido un vehículo a nuestro amigo, el comandante Lagun, y que este se lo ha prestado. Ser el hijo del jefe de la NKVD sigue abriendo muchas puertas, aunque las del campamento de Zvanka sigan cerradas por la cuarentena caníbal. En cualquier caso, ahora podemos ir a la estación Pavlovsk, un lugar secreto que prácticamente nadie conoce.

—Se trata de una estación experimental —nos explica Anatoli—. Ni siquiera yo sé exactamente qué hace allí ni con qué fin. Una vez vi un informe en una mesa de mi padre que rezaba: Alto Secreto. Hablaba de la estación de Pavlovsk. Él se tuvo que marchar brevemente del despacho donde estábamos reunidos y aproveché para ojear por encima el escrito. No saqué nada en claro, no pude leer en profundidad de qué hablaba el informe. Pero sé que esas instalaciones, que parecen un laboratorio cualquiera, un almacén sin valor de los que hay en todas partes... esconden un misterio. En realidad no solo un misterio sino miles, tal vez millones de toneladas de hortalizas y de tubérculos. ¿Por qué? Ese es el misterio que vamos a descubrir. Porque también hay semillas de todo tipo de plantas. Es un maldito Vergel, un paraíso que no sé por qué está oculto. Pero me da lo mismo. Seguro que allí pueden dar de comer a tres niñas pequeñas; y si hay comida en abundancia, seguro que alguno de los científicos puede hacerse cargo de vosotras.

Se trata, todos lo percibimos, de un plan descabellado. ¿Por qué demonios iban los científicos de la estación a hacerse cargo de nosotras tres? Tal vez Anatoli quiera negociar con ellos a cambio de no revelar su existencia. La gente se está muriendo de hambre en Leningrado; si se supiese, si tan solo corriera el rumor de que a menos de 40 kilómetros hay un lugar con víveres suficientes para que la mitad de la población pudiera alimentarse... sería el caos. Una horda de famélicos iría a pie, o en carreta, o con los últimos vehículos que tuviesen gasolina; asaltarían el lugar, matarían a todos los científicos y comerían hasta hartarse.

Aquellos investigadores necesitan que su existencia siga siendo secreta. Y Anatoli está resuelto a salvarnos la vida a cualquier precio. Y su precio es el silencio.

Camino de Pavlovsk nos encontramos un par de controles que pasamos sin esfuerzo gracias a las identificaciones de la NKVD de Dimitri y el sargento Kubatkin. El camión avanza torpemente entre hileras de vehículos destruidos por la aviación

alemana, de cráteres en la carretera, del humo de casas incendiadas, del hedor de cadáveres de hombres y animales en las zanjas y los caminos. Los buitres sobrevuelan una arboleda donde hay un tanque ruso en llamas, los cadáveres de sus ocupantes colgando obscenamente a los lados, algunos desmembrados, otros intactos, sentados todavía entre los restos, como esperando una orden de sus superiores que ya no pueden escuchar.

Nosotras vamos en la parte de atrás del camión, con una carga de heno que nos sirve para amortiguar los golpes cuando saltamos un bache o esquivamos un cráter. Tania y Nina se lo pasan muy bien y ríen a cada sacudida. Han encontrado una amiga, acaban de comer y están viviendo una aventura. Para ellas, es el mejor día en mucho tiempo.

La villa de Pavlovsk no es demasiado grande y ha sufrido fuertes bombardeos, aunque no tan exhaustivos como los de Leningrado. Nuestro destino está al final de una plaza. Es un edificio blanco y rojo coronado por una cúpula. Parece más una fábrica vieja que una estación llena de científicos. Es solo otra estructura más de ladrillo con unos almacenes adyacentes. Nada invita a pensar que allí se esconda un tesoro en forma de toneladas y toneladas de comida.

—Ya hemos llegado —nos anuncia Anatoli frenando en seco delante de los almacenes y saltando del vehículo—. ¡Vamos!

Camina rápido, con determinación, como si estuviese poseído por un designio inquebrantable. Quiere ponernos a buen recaudo para poder proseguir su investigación acerca de quién es el espía alemán. Tal vez está convencido de que, si nos salva la vida, Dios le dará a cambio la oportunidad de encontrar al traidor. Como si Dios escuchase las plegarias que elevan los hombres hacia las alturas.

Tal vez las escuche en algún lugar, pero no en Leningrado.

Anatoli llama a la puerta de la estación golpeando repetidamente, aferrado al llamador. Nos hallamos en la plaza de San Isaac, y hemos superado una alambrada verde y una escalera que nos ha conducido hasta un patio sucio, lleno de cajas de madera rotas, esparcidas en el suelo. Parece un lugar abandonado. Nos sorprende que no haya guardias protegiendo el lugar, máxime cuando la línea del frente está muy cerca, apenas a unos kilómetros. Los alemanes convergen desde el sur completando un círculo imaginario en torno a Leningrado, matándolo de hambre, buscando su completa aniquilación. Están cerrando su pinza en torno a la ciudad para que nada ni nadie pueda escaparse.

—¿Sí? ¿Quién es?

Nos abre la puerta un hombre de algo más de cincuenta años, poblado bigote y algunas entradas, que emergen de un pelo despeinado, casi alborotado. Como si le hubiésemos despertado de su siesta. Viste un traje gris gastado y una corbata sucia pende de su barriga, oscilando a derecha e izquierda. Una vez debió estar entrado en kilos, porque las ropas se le notan holgadas, de varias tallas más de su peso actual. Nos mira con unos ojos inyectados en sangre, al borde del agotamiento.

—¿Sí? —Repite—. ¿Qué quieren?

Anatoli le muestra su identificación, pero el que sea miembro de la NKVD al hombre no parece importarle. Se encoge de hombros. Se presenta como Nikolai.

—Sigo sin saber lo que quieren.

Anatoli se gira y abarca con la mano un semicírculo que formamos Tania, Nina y yo, incluyendo a nuestro perro, que está en mis brazos.

—Necesitamos comida y alguien que se haga cargo de ellas.

Nikolai parece sorprenderse del comentario. Pero se repone enseguida y niega con la cabeza.

—Aquí estoy yo solo, o como si lo estuviera, porque el resto de mis amigos y colaboradores están muertos, moribundos o demasiado débiles para hacerse cargo de nadie. Además, no tenemos nada que se pueda comer y las niñas morirían de hambre.

Cuando el científico hace ademán de cerrar la puerta, el sargento alarga un pie, obstruyendo la jamba para evitar que se cierre.

—No me mienta, camarada Vavílev, porque sé que usted es Nikolai Vavílev, uno de los científicos más importantes de nuestra madre patria. Y sé que aquí tiene comida para alimentar a varias divisiones del ejército si fuera necesario. No me creo que usted ni sus colaboradores estén pasando hambre. Yo necesito un favor y estoy dispuesto a callar el emplazamiento de la estación si...

Anatoli ha comenzado su negociación. Quiere que se hagan cargo de nosotras a cambio de no revelar el emplazamiento de la estación experimental. Debe llevar horas preparando su discurso. Pero Nikolai baja la cabeza y se echa a reír. Es una risa triste, desesperanzada.

—No sé qué habrá oído decir de este lugar, pero sea lo que sea, o no se lo han explicado bien o no lo ha entendido. Es cierto que todos mis colegas se están muriendo de hambre, le he dicho la verdad. Exactamente mis palabras han sido «no tenemos nada que se pueda comer». Quizás debiera de haber dicho nada «que se deba comer». Y por eso no nos lo comemos. Y por eso nos morimos de hambre.

Anatoli enarca una ceja, sin comprender las palabras del científico. Este suspira. Finalmente, abre un poco más la puerta de los almacenes y franquea el paso a Anatoli. Todos le seguimos, arrastrando los pies, agotados.

Lentamente, avanzamos por un pasillo pobremente iluminado, con unas luces que titilan. A nuestra derecha hay una sala.

—Este es Abraham Kameraz —dice entonces Nikolai señalando a un hombre de abundante pelo cano que está sentado en el suelo de una enorme estancia con centenares sino miles de sacos de arroz. A sus pies se encuentra un viejo fusil, apoyado el cañón en el suelo entre sus zapatos. El hombre ha muerto aferrado a su arma mirando a la entrada de la habitación.

—Aquí hay muchísima comida —insiste Anatoli al contemplar aquella escena, que no comprende.

—No, lo que hay aquí no es comida —le corrige Nikolai—. Lo que hay aquí es

germoplasma de campo, las semillas madre de las que surgirán los cultivos de toda Rusia después de la guerra, tal vez los cultivos de toda Europa. Por eso Abraham murió defendiendo algo que se puede comer para salvar un día cualquiera a una persona. Tal vez podríamos dar alimento un día a un millón de personas, o a cien. Aunque en el marco de este asedio no serviría ni para alimentar a la ciudad una semana. Pero eso no importa, porque esto no es arroz: son las semillas de arroz que darán de comer a miles de millones de personas en un futuro cercano.

En la siguiente sala se halla otro de los máximos colaboradores de Nikolai, la científica Olga Voskresenskaia. Cuando entramos en la estancia, ella avanza gateando desde un colchón en el que estaba tumbada, coge una pistola escondida detrás de una maceta y nos apunta con ella. Está en los huesos, desnutrida, y hay restos de vómito alrededor del jergón donde ha estado descansando hasta que llegamos. Se muere de hambre y malnutrición y, sin embargo, pasa los días en una sala aún más grande que la anterior que habíamos visitado, rodeada de una cantidad infinita de tubérculos, de patatas: todo tipo de hortalizas y legumbres.

—Tranquila, Olga —le susurra Nikolai—. Nuestros amigos se irán enseguida. Solo han venido para que les enseñe lo que tenemos aquí. Para que vean el sacrificio que estamos haciendo para salvar las cosechas del mañana en el planeta tierra.

Olga asiente pero, cuando trata de incorporarse para volver a su colchón, se desmaya por el esfuerzo y la anemia. Nikolai se inclina hacia ella y le toma el pulso.

—Le queda una hora, acaso dos de vida. Con muchísima suerte llegará a mañana. Estamos cayendo como moscas. Cuando el último de mis colaboradores muera, bloquearé la puerta para que parezca un almacén abandonado y me reuniré con mis compañeros. —Nikolai nos enseña una pistola y un cargador con una sola bala.

—Esto es un banco de alimentos —dice entonces Dimitri, que es el primero de nosotros en comprender en toda su vastedad lo que estamos viendo.

Nikolai asiente.

—Cuando se acabe la guerra, sea quien sea el vencedor, las cosechas del mundo entero estarán afectadas. La biodiversidad del planeta también sufre por las batallas, los bombardeos, el humo, el fuego y la muerte. Si no conservamos la herencia genética de los cultivos originales, de las razas más fuertes de patatas, arroz, todo tipo de tubérculos, hortalizas, legumbres o frutas... sino salvaguardamos esas semillas, terminada la guerra mundial no morirán cien mil personas por mes como en Leningrado, serán millones, tal vez centenares de millones. El futuro del planeta descansa en que este banco de alimentos permanezca inviolado y desconocido para las masas famélicas de Leningrado. Ya le he dicho que esto no es comida, no es algo que se pueda, que se deba comer. Esto es un santuario.

Paseamos unos minutos más por la estación experimental de Pavlovsk, conocemos a otros colaboradores de Nikolai, todos muertos o moribundos, todos empuñando armas con las que defenderse de un enemigo imaginario que quiera a destruir el futuro del planeta para salvar a unos pocos hombres, o a unas niñas como

nosotras.

—Espero que tenga suerte en su búsqueda, sargento, que encuentre un lugar para estas pequeñas —dice Nikolai, de nuevo en la puerta de la estación, mientras la abandonábamos camino de nuestro vehículo. Y entonces alarga una bolsa que Anatoli toma entre sus manos—: Mis compañeros y yo acordamos que guardaría una pequeña reserva de comida para poder aguantar algo más que ellos cuando llegase la hora final. Con esas fuerzas extras debía tapiar la entrada del complejo después de la muerte de todos ellos. Pero ese día ha llegado y lo que resta de esa reserva de comida ya no lo necesito. Lo mismo me da aguantar un par de horas más o un par de horas menos. Ya cumplí mi propósito en esta vida.

—Yo... yo —tartamudea Anatoli—. Cuando vuelva a la Gran Casa informaré de lo que está pasando aquí. Un grupo especial vendrá y...

—Será tarde para nosotros —le interrumpe Nikolai—. De todas formas, las autoridades conocen lo que estamos haciendo en Pavlovsk y hace tiempo que me prometieron que vendrían a llevarse el contenido de nuestro santuario para trasladarlo a un lugar seguro. A nosotros ya no puede salvarnos, esa es la verdad, pero haga que vengan cuanto antes a rescatar nuestras semillas. Los alemanes están cerca. Que vengan nuestras tropas antes de que los nazis terminen el cerco sobre Leningrado. Sería terrible que mi santuario se perdiese.

Anatoli se lo promete, mientras sopesa el contenido del paquete que acaba de recibir. Ni siquiera se siente con fuerzas para dar las gracias a aquel hombre que pretende salvar a una humanidad que tal vez no merece ser salvada. Sencillamente, avanza hacia él y le da un beso en cada mejilla, al estilo ruso. Acto seguido, Nikolai Vavílev estrecha la mano de cada uno de nosotros y acaricia la cabeza de Prokofiev.

Y la puerta de la estación experimental de Pavlovsk se cierra.





BOMBARDEOS CONSTANTES. Muchas ciudades rusas sufrieron bombardeos al igual que Leningrado / RIAN 95845

El rostro de Anatoli lo dice todo. Conduce maquinalmente y cambia de marcha sin apenas darse cuenta; parece que avanzamos hacia alguna parte, que sabe cuál es nuestro destino, pero su gesto es indiferente, vacío. Casi como el de esos Comedores de Cadáveres que aguardan en las esquinas de la ciudad de Leningrado a que algún despistado se pierda camino de casa y caiga en manos de una horda de manos huesudas y dientes afilados. Anatoli siente el mismo vacío que el hambre ha dibujado en los cuerpos de esos hombres sin alma. Y es que se le han acabado las excusas, se le han acabado los sueños, se le han acabado las oportunidades de alcanzar cualquiera de los objetivos que se había previsto para esta segunda jornada de viaje. No sabe dónde dejar a salvo a tres niñas a las que no quiere abandonar en la puerta de unos servicios sociales sobrepasados; y aún menos en medio de la calle, a su suerte. Ha fracasado a la hora de encontrar al traidor: y lo peor es que podría ser él mismo, podría ser Dimitri o cualquier otro de los miembros de su unidad de policía Anti Masticadores.

Ha fracasado una y otra vez, cegado por su obstinación, y el fracaso le ha dejado sin fuerzas: por eso su gesto está falto de vida, porque el designio que le había guiado ya no existe. Solo avanza, avanza interminablemente viendo pasar los kilómetros, los minutos, las horas, los días o la gente de los arrabales de Leningrado, caminando por la cuneta huyendo del avance alemán.

Al igual que esos pobres que huyen de sus casas hacia una muerte en una ciudad que no puede acogerlos, para Anatoli ya no hay designio, no hay objetivo, no hay nada más que el paso del tiempo o de los kilómetros camino de ninguna parte.

Y hasta ese objetivo postrero se trunca. Porque un bombardeo de un Junkers nazi en la carretera la ha dejado inutilizada. Hay un socavón tan enorme que nuestro camión se hundiría en él como en el mismísimo fondo del océano. Tampoco podemos sortearlo porque a ambos lados hay un desfiladero que se pierde muchos metros abajo hacia una zona boscosa.

Debemos dejar el vehículo o buscar otra carretera que nos lleve a Leningrado o intentar llegar a la ciudad campo a través esperando que nuestro vehículo resista.

Todas las opciones son igual de malas.

A lo lejos, distinguimos los rescoldos de un combate aéreo entre los cazas alemanes que escoltan a los bombarderos y un grupo de aviones soviéticos Polikárpov I-16, conocidos popularmente como Ishak, «Burras». Nuestros aviones están en desventaja y la Luftwaffe arrasa los cielos con la misma germánica efectividad que en tierra firme.

Un Polikárpov expele un humo negro mientras cae en picado luego de recibir varios impactos de ametralladora de los Messerschmitt Bf 109 enemigos. Poco después explota en el suelo, creando otra enorme oquedad en la misma carretera que transitamos, unos doscientos metros más adelante.

—Comamos. No hay nada mejor que hacer ahora mismo —dice Anatoli, después de poner nuestro vehículo a buen recaudo detrás de unos matorrales.

Y eso hacemos, mientras somos testigos del final del combate aéreo, con los últimos de nuestros cazas huyendo en desbandada de los nazis.

—¡Está muy rico! —chilla alborozada Tania, ajena a cuanto está sucediendo.

Es la primera vez en mucho tiempo que hace dos comidas en un día. Ahora mismo se acaba de llenar la boca de embutido ahumado y queso de vaca. Se lo está pasando de maravilla junto a Nina, y ambas ríen alborozadas después de dar otro bocado a los restos de nuestro paquete de comida, cortesía de los científicos de la Estación Experimental Pavlovsk.

—Las cosas han empeorado en las últimas horas. Los nazis han redoblado su ofensiva para terminar de rodear la ciudad —nos explica Dimitri, tras dialogar aparte con Anatoli, mientras nosotras comíamos—. Es un suicidio seguir en el camión. Hay aviones alemanes por todas partes y somos un blanco fácil. Moriríamos en la carretera. Así que habrá que buscar soluciones alternativas.

Por suerte, nos hallamos cerca de la costa porque hemos ido desviándonos hacia el oeste, huyendo de los combates. Tras media hora de caminata alcanzamos de nuevo los suburbios de Leningrado. Pero esta vez por los barrios más occidentales, en la zona del puerto comercial.

Situado frente a la desembocadura del río Neva y la isla Vasilievsky, el puerto comercial es una manga, una lengua de tierra ganada a las aguas, como si aquel apéndice alargado e inexplicable, hubiese avanzado él solo en línea recta desde la costa. Tres cuartas partes de su estructura han sido destruidas por los bombardeos navales y aéreos de los alemanes, pero sigue en pie, entre jirones de hierro y acero, transportando refugiados que llegan en oleadas de los Países Bálticos o llevando hombres y pertrechos militares a las zonas de batalla. De vez en cuando, arriban barcasas con suministros, aunque normalmente lo hacen desde el otro lado de la ciudad, por la ruta del lago Ladoga. De cualquier forma, la mayor parte de los barcos son hundidos una vez en las aguas, pero los rusos son gente testaruda, y siguen luchando, incluso cuando parece que la victoria es imposible y la resistencia no tiene sentido.

—¡Nunca he subido a un barco! ¡Debe ser genial! —Le explica Nina a Tania, que mira con sus grandes ojos los muelles del puerto, sin advertir los agujeros en los cascos de las naves, el olor a sangre que los operarios están fregando de las cubiertas o los heridos que son transportados en parihuelas por las escalerillas.

El sargento Kubatkin, con las manos en los bolsillos, se acerca a las últimas naves que quedan en servicio y habla con sus capitanes. Mientras tanto, Tania, Nina y yo nos sentamos, con Prokofiev a nuestros pies, lanzando lametones a diestro y siniestro.

—¿Subiremos a un barco? —Insiste Nina, mirando alternativamente a Tania y a mí.

Me encojo de hombros. No tengo ni idea, así que se lo pregunto a Dimitri, que

anda a nuestro alrededor, con aspecto nervioso, fumando un pitillo tras otro.

Tengo que repetir mi pregunta un par de veces porque el cabo parece un tanto ausente, contemplando como su superior, en lontananza, dialoga con un capitán de pelo cano que señala una pequeña nave de pasajeros al final del muelle dos.

—¿Y ahora qué, Dimitri? ¿Qué vamos a hacer? —repito por tercera vez.

—Ahora haremos lo que diga Anatoli —responde al fin, sin dejar de mirar a su superior—. Es lo que llevamos haciendo desde ayer. ¿No es verdad?

—Parece que no estás de acuerdo en todo lo que él decide.

—Lo que yo pienso es lo de menos. Solo soy un cabo y él es sargento, aparte del hijo del gran jefazo. Además, soy siberiano, ya lo sabes, por aquí no caemos muy bien los siberianos y nuestra opinión cuenta menos que la de cualquier otro.

Dimitri se aleja en dirección al mar, donde pueden verse las estelas de los aviones nazis, bombardeando esta vez la costa y los edificios más cercanos de Leningrado, como la Factoría Kirov y el Arco de Triunfo. Aúllan las sirenas, un sonido al que todos deberíamos estar acostumbrados pero que aún nos eriza los cabellos. Significa que las bombas están al caer, que los edificios se derrumbarán, que centenares de muertos si sumarán a los miles que llevan ya caídos este mes.

—Me gustaría que al menos un día no sonaran esas sirenas —musita Tania, cogiendo bien fuerte a Planta y acunándola en su regazo. Luego, viendo que Nina la mira con envidia, se la ofrece—: Juega tú un rato con Planta. Yo ya estoy cansada.

Pero no es verdad, y ahora es Tania la que mira con envidia cómo su amiga arregla el pelo de trapo de la muñeca y le hace un moño.

—Le gusta llevar trenzas, como a Catarina —dice entonces Tania.

Al poco están las dos jugando juntas, tratando de buscar nuevos y sofisticados peinados para Planta.

Poco después regresa Anatoli, que nos informa que está a punto de salir un barco en dirección a Petrogrado con heridos que han sido asignados al hospital Erisman.

—Voy intentar que os internen en Erisman por malnutrición —nos informa el sargento Kubatkin—. Seguro que consigo convencerles.

Como siempre o, al menos, como en las últimas horas, su voz suena entre dubitativa y desesperada. Ya no está seguro de poder salvarnos. Solo lucha, como los soldados rusos de primera línea, por coraje, por determinación, porque es lo que debe hacerse.

Y es que no es cosa fácil que nos internen en ninguna clínica. Hay alas de malnutrición en todos los hospitales pero nosotras no estamos tan enfermas para que nos acojan en una de ellas. Además, entrar allí es algo muy solicitado porque se supone que no pasas hambre, no pasas frío, y buenos profesionales vigilan tu alimentación mientras la ciudad entera se muere de hambre.

Pero Tania y Nina quieren creer que Anatoli, pese a que todos sus planes acaban fracasando, esta vez encontrará un lugar para nosotras. Porque es un buen hombre y cuando eres una niña piensas que en el mundo real eso basta para que las cosas salgan

bien.

Entramos las tres cogidas de la mano en un viejo buque de carga llamado precisamente Надеюсь (Esperanza). Porque queremos tener esperanza en que mañana, la semana siguiente, el año siguiente... estaremos todos vivos.

En el mar, el cañoneo alemán incesante, el silbido de las bombas, se tornan una pesadilla. A mi derecha hay un agujero que hace días abrió un impacto directo. Los bordes del metal son como cuchillas y, cuando paso el dedo, un hilo de sangre tiñe la yema. Recuerdo entonces el corte que me hice en el brazo con un ladrillo en el distrito Viborg, pocos segundos antes de que llegaran nuestros salvadores de la NKVD. No he vuelto a pensar en la herida en horas, y ahora hay una costra de color oscuro cerca de mi muñeca izquierda. La examino, arrancando un pedazo de la capa más superficial y lanzo un gemido de dolor.

Entonces explota una nueva bomba, muy cerca. Demasiado cerca. Se oye un sonido como de tablas resquebrajadas, y caen cables sobre nosotras, cajas vacías y latas cuyo contenido desconocemos, pero que pesan como unas condenadas y nos arrastran de un lado a otro de la estancia.

Pese al terror que nos atenaza el estómago, al fondo de una bodega de carga, lejos de los enfermos que están recibiendo tratamiento en la segunda bodega, tres pequeñas mujeres nos abrazamos junto a nuestro perro... y seguimos aguantando.

Afuera, mientras tanto, desciende la intensidad del bombardeo enemigo. Al cabo de unos momentos, somos capaces de oír las voces de una discusión en cubierta. Son Anatoli y Dimitri. Comienzan hablando de por qué cojones se han embarcado en aquella lata de sardinas (palabras textuales de Dimitri) cuando tantos buques son hundidos por la marina y la Luftwaffe alemanas. El sargento Kubatkin replica que casi todos los barcos hundidos son los que se atreven a salir a mar abierto. Ellos van a seguir la línea de la costa. Y muy pocos kilómetros, porque la isla de Petrogrado está a la vuelta de la esquina.

El cabo Konashenkov se ríe. Porque la vuelta de la esquina, asegura, puede estar demasiado lejos en medio de una guerra y de un bombardeo incesante como el que sufre Leningrado. Pero todos sabemos que Anatoli no tenía fuerzas para cruzar de nuevo la ciudad, ahora de sur a norte, hasta llegar al Hospital donde espera internarnos. Tal vez ninguno tengamos fuerzas (ni valor) ahora mismo para enfrentarnos a nuevas hordas de Masticadores.

De todas formas, aquel tema pronto queda aparcado. La verdadera razón por la que discuten, por la que sus voces se elevan en un tono poco amistoso, sale a la luz.

—¿Por qué piensas que soy yo el traidor? —grita el siberiano—. Después de lo que hemos pasado juntos, pensé que me conocías.

—Ya viste el informe. El infiltrado es siberiano y...

—Cualquiera podría disimular su acento. Si por siberiano te refieres a que nací en Siberia, puede haber más de los que piensas. Siberia es inmensa. Deberías investigar las hojas de servicio del resto de miembros de nuestro equipo de policías Anti

Masticadores. O tal vez no habría que ir tan lejos. Tal vez el verdadero traidor está más cerca de lo que todo el mundo piensa.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes perfectamente qué quiero decir, Anatoli. Tú eres tan siberiano como yo desde un punto de vista administrativo y legal. Naciste en Novonikoláyevsk y esa ciudad, corrígeme si me equivoco, sigue estando en Siberia. Te criaste en Moscú pero para una hoja de papel o una partida de nacimiento eres tan siberiano como yo. Tal vez por eso quieres acusarme, para desviar la sospecha sobre ti. Para que todos crean que estás buscando al traidor cuando...

—No dices más que tonterías.

—¿Tonterías? —La voz de Dimitri suena fría. Habla a ráfagas, pero premeditadamente. Sabe bien qué quiere decir. Debe llevar horas dándole vueltas—. ¿Y el asunto del nombre del traidor? ¿Ivan A. Ivanovich?

—Ni siquiera estoy seguro de que ese fuera su nombre. El apellido lo encontré entero en el fragmento de una hoja. Pero el nombre lo rescaté de entre varios trozos. Podría ser Vania, pero entonces la V debería ser mayúscula. Ivan A es lo más lógico pero...

—Iván Anatoli Ivanovich —chilla de pronto Dimitri, triunfal—. Todo el mundo sabe que los traidores, cuando se cambian el nombre, usan un nombre similar o un segundo nombre que les sea familiar. Así es más fácil adaptarse.

—Vuelves a decir estupideces. Pensar que soy un traidor no tiene ni pies ni cabeza. ¿He engañado a mi padre desde que nací y me llamo realmente Iván Ivanovich? ¿Soy adoptado y él no lo sabe? ¿O acaso piensas que el Jefe Kubatkin es también un traidor? No, nadie salvo un idiota desconfiaría del hijo del jefe de la NKVD.

—Tal vez por eso te eligieron los alemanes.

La conversación cesa y se escucha un forcejeo, unos sonidos guturales y finalmente un golpe sordo como el de una mesa que cae. Pero no puede haber ninguna mesa en cubierta y me doy cuenta que los que se han caído son dos hombres agarrados uno al otro, golpeándose. Luego se oye un coro de voces rudas, voces de marineros, llamando al orden.

—¡Dejadlo ya! ¿Qué demonios os pasa? —dice una voz de mando—. ¿No tenéis bastante con esos alemanes que pretenden matarnos? Guardad las fuerzas para ellos, maldita sea.

Esa voz debe ser la del capitán o tal vez la del primer oficial. Poco importa. Lo que cuenta es que Dimitri no tarda en bajar a la bodega. Sangra por un labio y tiene el ojo medio cerrado por un puñetazo. Algo me dice que Anatoli no estará mucho mejor. Tania se levanta y saca un pañuelo.

—Tienes sangre en la cara —le dice.

Dimitri se arrodilla y deja que la niña le limpie el mentón. Luego le acaricia la cabeza. Tania sonrío y regresa a su sitio junto a nosotras y a Prokofiev.

Y entonces estalla el infierno. Una bomba, o tal vez un torpedo, estalla a pocos metros de la nave, que se escora peligrosamente. Rodamos todos por la bodega. Una ola gigantesca levanta el buque en el aire y nos desplaza en medio de una lluvia de cascotes. Yo me golpeo con la barandilla de la escalera en la cabeza y estoy a punto de perder el conocimiento.

—¡San Nicolás Bendito! ¡Joder! —exclamo, mientras me froto la sien y trato de recuperar la verticalidad.

Poco a poco, la nave vuelve enderezarse. Nina tiene un chichón en la cabeza y Tania se lo está curando frotándolo con su pañuelo, que por lo visto tiene el don milagroso de curar todas las heridas. No puedo evitar sonreír, aunque me duele el brazo después del impacto con la barandilla. Cuando me incorporo veo a Dimitri delante de mí, temblando de pies a cabeza. Tiene una expresión hosca, fiera, extraña.

—Eres una puta —me espeta Dimitri. Y me abofetea. Entonces me coge del cuello y me coloca de rodillas mientras se da la vuelta para inmovilizarme los brazos.

Tania se levanta como un resorte dejando de curar a su amiga con el pañuelo milagroso. Ha visto, como todas las niñas de Leningrado, demasiadas violaciones, sobre todo en los primeros meses del asedio. Luego, por el hambre, las mujeres han dejado de menstruar y muchos criminales han perdido el apetito sexual debido al enorme gasto calórico que conlleva forzar a una mujer. Pero, de cualquier forma, la niña ha visto en suficientes ocasiones cómo los hombres inmovilizan los brazos de las mujeres, les levantan el vestido por detrás y las toman sin su consentimiento. Es una forma mucho más sencilla de violar a una mujer que por delante, donde es mucho más fácil que ella mueva las manos intentando arañar a su agresor. Aquella es la postura oficial de las violaciones en la ciudad.

—¡No le hagas eso! —chilla Tania—. Tú eres nuestro amigo. Eres mi familia. ¡Eres Dimitri Savichev! ¡Lo prometiste! La familia, los amigos... no hacen esas cosas —añade, golpeando con sus puños infantiles el brazo del cabo.

Yo aprovecho un instante de relajación de las manos de mi captor para levantarme, desasirme en parte e intentar huir hacia la escalera. Dimitri siente que me escurro de entre sus dedos y lanza una maldición. Pero consigue alcanzar el final de mi vestido y engancharlo por debajo. Al tirar lo rompe, y la tela me muestra en paños menores. Caigo de rodillas, con la parte posterior de la prenda rasgada y yo en ropa interior.

—¡No, no hagas eso! —insiste Tania.

—¡Cállate! Tengo que hacerlo. Tú no lo entiendes —contesta Dimitri y la empuja con fuerza.

Tania trastabilla, cae de culo. Pero se levanta de nuevo y se abalanza contra el policía. Salta sobre su cuello y se queda enganchada, colgada del aire mientras sigue gritando: «¡No, no hagas eso!». Yo intento incorporarme y echar a correr. Dimitri, que todavía tiene un trozo del vestido asido dentro de su puño, lo rasga todavía más. Prácticamente estoy en cueros, solo con la braga y el sujetador.

Pero todo acaba poco después. Dimitri aparta de un golpe a Tania. Ella es solo una niña, sin fuerza real para oponerse a un hombre de casi dos metros. La pequeña acaba cayendo violentamente sobre unas cajas vacías. Entonces Nina comienza a chillar, y el ulular de las dos amigas forma una polifonía aguda, por momentos insoportable.

Doy un salto, pero no consigo ganar la escalera porque Dimitri me hace la zancadilla. Caigo de bruces; la nariz me sangra, probablemente del golpe. O de la tensión por lo que está sucediendo. Aunque eso es lo de menos, porque ahora tengo los brazos a la espalda y el aliento de Dimitri en el cogote. Estoy de nuevo de rodillas y no sé qué va a pasar conmigo. Un metal frío me rodea las muñecas. Me está esposando.

—¡No la violes! ¡No le hagas daño! —Vuelve Tania a la carga, tratando de levantarse de entre las cajas vacías. Y entonces repite el único argumento que se le ocurre. Ya lo ha dicho antes, y sigue pareciéndole válido—. Tú eres nuestro amigo, nuestra familia. ¡No le hagas eso!

—Ahora vas a saber lo que es bueno, puta —me dice Dimitri, haciendo caso omiso a la pequeña—. Ahora te vas a enterar...

No acaba la frase. Se oye una detonación. Lo próximo que recuerdo es a Anatoli bajando los escalones y quitándome las esposas. Me incorporo temblando y veo a Dimitri en el suelo con un balazo en la cabeza.

Anatoli contempla el cadáver incrédulo, las manos temblorosas. Dos gruesas lágrimas corren por sus mejillas.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

Un segundo después, como es evidente lo que ha pasado, rectifica su pregunta:

—¿Qué ha pasado para que Dimitri se comportase de esa manera? Él... Yo le conozco hace muchos años... ¿Un violador? Nunca pensé...

Nunca pensó que fuera un violador. Probablemente tampoco habría pensado que pudiera ser un traidor hasta un día antes. Pero la guerra nos muestra aristas inesperadas, no solo en las otras personas. También en nosotros.

—Hubo una explosión y el barco se puso de lado —explica Tania, mientras se abraza al policía—. Luego Dimitri pareció volverse loco y cogió a Catarina y quería hacerle cosas malas y...

La niña no puede acabar la frase. Tampoco entiende qué demonios ha sucedido, cómo y porqué un hombre que no había hecho ni siquiera un gesto que pareciese indicar que tenía ese tipo de inclinaciones, de pronto ha realizado un ataque sexual tan directo contra una de nosotras.

—Cuando se escoró el barco me di contra la barandilla de la escalera y se me subió el vestido —le explico—. Tal vez vio más de lo que yo pensé que enseñaba. Perdió los nervios. ¿Quién sabe?

Nada explica lo que acaba de suceder. La reacción de Dimitri ha sido demasiado abierta, demasiado abrupta, demasiado brutal. Anatoli tiene la sensación de que algo



se le escapa. Y de pronto lo ve claro.

—Le presioné demasiado. Le acusé de traición, siendo como era mi mejor amigo. Nos peleamos. Lo mandé aquí abajo con vosotras y perdió la cabeza, sencillamente. Lo pagó contigo, Catarina. No pudo pagarlo conmigo y quiso desfogarse contigo. Se volvió loco, ni más ni menos. Tania ha dado en el clavo. Se volvió loco.

«Se volvió loco». Una frase que explica nueve de cada diez asesinatos, violaciones, canibalismo y tortura... casi todos los crímenes que se producen hora tras hora en Leningrado. Las personas, de pronto, llegan al límite de sus fuerzas, una gota colma el vaso y se comen a sus hijos, o a un vecino, o se tiran por la ventana, o violan a una chica que casi es una mujer.

—Dimitri llegó a su límite —concluyo, por toda explicación, mirando fijamente al cadáver, en torno a cuyo cráneo comienza a formarse un charco de sangre.

—Todos estamos al límite —reconoce Anatoli.

Y entonces, el también rebasa su límite. Rompe a sollozar al lado del cadáver de su amigo. Y ni las palabras de Tania, ni las mías, ni las llamadas del capitán desde la cubierta, consiguen detener su llanto hasta que llegamos a nuestro destino.

Prokofiev, que durante toda la pelea ha estado escondido debajo de la falda de Nina, sale ahora de su escondite y comienza a aullar. Lo hace muy bajito, en un tono melifluo, como si quisiese acompañar al sargento Kubatkin en aquel lamento interminable.

De esta forma, mientras el buque Esperanza termina su viaje sobre las aguas, nosotros velamos el cadáver del cabo Dimitri Konashenkov.



SUMINISTROS recién llegados a Leningrado / RIAN 310



AVIONES RUSOS volando al encuentro del enemigo / RIAN 2564

El hospital Erisman se alza frente a nosotros. Ni siquiera sé muy bien cómo hemos llegado hasta aquí. Me ha parecido un sueño todo el trayecto desde el buque Esperanza hasta la clínica.

Un sueño, una pesadilla que comienza con el desembarco del cuerpo de Dimitri, enrollado en una sábana. Me han prestado aguja e hilo. Mientras le doy unas puntadas a mi vestido, intentando recomponerlo y que al menos no se me caiga hecho pedazos mientras camino, contemplo a los marineros transportar el cadáver a un pequeño artilugio con ruedas que no es más que una tabla móvil de la que estirar ayudado por una cuerda. Anatoli se ha atado la cuerda a la cintura y ha comenzado a arrastrar a su amigo hacia nuestro destino.

A nadie le ha parecido algo extraño, fuera de lo común. Ni siquiera se han vuelto para mirarnos. Todos los días se ve a gente llevando a sus muertos en esos transportes improvisados. A menudo madres que trasladan a sus hijos pequeños a los cementerios en versiones más pequeñas del artilugio que está usando el sargento Kubatkin. La mayoría de los buenos hombres y mujeres de Leningrado ni se plantea el canibalismo; tratan de enterrar a su parentela según los ritos de la iglesia ortodoxa. Solo un tanto por ciento muy pequeño de los ciudadanos de esta urbe asediada se han vuelto Masticadores o zombies. Pero un tanto por ciento pequeño, incluso diminuto, de una población de varios millones, da como resultado cuatro o cinco mil caníbales pululando por las calles.

Pero no es ahora el tema de los Comedores de Carne lo que tenemos en mente. Anatoli, resoplando, avanza con el cadáver de su segundo al mando. Las lágrimas anegan sus ojos. Está tan afectado que ni siquiera ha hecho uso de su rango, o esgrimido pertenecer a la NKVD, para incautar algún vehículo. Creo que se ha tomado aquel transporte como algo personal, la primera parte de su penitencia.

Cuando por fin llegamos al Hospital Erisman, y su inmensa mole de ladrillo rojo nos sale al paso, veo en los ojos del sargento que él también cree que su penitencia no ha hecho sino empezar. No entiende lo que ha pasado, necesita saber por qué Dimitri se volvió loco, por qué están pasando tantas cosas terribles en Leningrado.

Necesita respuestas y espera encontrarlas en aquel lugar. Tal vez los médicos sepan más que nosotros, la gente de a pie, los que sufrimos el asedio y el canibalismo desde la ignorancia. Porque los doctores lidian todos los días con la muerte. Acaso hayan aprendido los códigos que rigen la conducta de los cuerdos, de los locos, de los asesinos y hasta de los caníbales.

Pero todo eso deberá esperar un rato, ya que ha salido a recibirnos Vasily Yershov, el Supervisor de Alimentos del Ejército Rojo; un hombre poderoso que se encarga del transporte de los víveres de la tropa desde y hacia el frente de batalla que rodea Leningrado. Cuando Vasily ha oído que un sargento de la policía secreta había llegado al hospital, tomó la decisión de ir a su encuentro. Se hallaba de visita por

razones oficiales y sin duda ha creído que nosotros también. Pero allí, frente a él, se encuentra a un suboficial de la NKVD desaliñado, con la ropa sucia, vestido de civil y con los ojos llorosos. Junto a él, tres niñas, un perro y un cadáver que ha traído desde un barco arrastrándolo como si fuera un mendigo. Ahora mismo, unos enfermeros se están haciendo cargo de Dimitri. El Supervisor Yershov contempla el cuerpo sin vida del cabo y luego vuelve la vista hacia nosotras. Su cara es un poema. Aquella situación le supera y sus ojos giran en sus órbitas, como si ya se hubiesen salido del todo y estuvieran a punto de caer al suelo como dos canicas. Finalmente, fija su mirada en Anatoli.

—Me han dicho en recepción que acababa de llegar el sargento Kubatkin. — Vasily lanza una mirada reprobatoria a la vestimenta de su interlocutor, que no es otro que nuestro Anatoli—. ¿Es usted «realmente» el sargento Kubatkin?

Anatoli asiente con la cabeza. No parece muy interesado en aquella conversación y contempla cómo se aleja en la camilla su amigo, su camarada, al que acaba de matar.

—¿De la NKVD? —Insiste el Supervisor.

Anatoli vuelve a asentir y le muestra sus credenciales. Vasily Yershov inspira profundamente, con gesto todavía de estupor.

—Me da la sensación que no han venido aquí por la organización caníbal que acaba de ser desmantelada.

Ahora es Anatoli el que parece sorprenderse. Aunque vagamente, porque todo lo que pasa en el mundo real se ha vuelto distante, como si fuese una mala película. Vasily entonces nos explica que, como ya sabemos, hay bandas organizadas de caníbales por toda la ciudad. Él se resiste a llamarlos Comedores de Personas, de Cadáveres, Masticadores o lo que sea, se resiste a pensar que han perdido la razón y están enfermos. Para él solo son asesinos a sangre fría, personas perfectamente cuerdas que matan porque en el fondo siempre fueron asesinos. La guerra y el asedio tan solo ha arrojado al suelo la careta de buenos ciudadanos soviéticos con la que se disfrazaban. El ejército, coordinado con otros servicios policiales, como la NKVD y la milicia local, han descubierto una organización formada por un grupo aún indeterminado de caníbales que estaban asesinando a soldados y correos militares. Aprovechaban los permisos en la ciudad que les daban sus mandos para cazar como a conejos a «carne bien cebada», que es como llaman a la gente que llega a Leningrado y no ha pasado las privaciones del resto de sus habitantes.

Por lo visto, añade, formaban parte del grupo de criminales (aparte de los asesinos que mataban a los soldados) algunos trabajadores del hospital, celadores y dos guardas de la morgue. Estos últimos se encargaban de pasar los cuerpos a la zona forense para trocearlos y luego empaquetarlos para el consumo de la banda y sus familias. O para la venta en los mercados.

—No sabía nada de lo que está explicándome, camarada Supervisor. —Anatoli suspira, su voz es lenta y monótona—. Hemos venido hasta aquí por asuntos

personales. No estoy de servicio.

—Ya veo. —Vasily entonces parece reparar en el apellido de su interlocutor. Vuelve a mirar la credencial de Anatoli buscando el nombre de los progenitores. Pero no figura—. ¿No será usted familia del jefe de la NKVD Petr Nikolaievich Kubatkin?

—Es mi padre —reconoce Anatoli.

El rostro de Vasily se transforma. Titubea, pero inmediatamente se encoge de hombros. Las jerarquías son algo fundamental en el sistema soviético. En circunstancias normales, se interesaría más por la historia de aquel muchacho. Tal vez investigaría qué demonios hace con un cadáver, incluso podría ser un caníbal o un asesino, o dedicarse a la trata de blancas, de niñas pequeñas. Pero si es hijo del jefe Kubatkin, por lo que a él respecta, como si quiere pasearse por todo Leningrado con tres mocosas, un cadáver en un carrito y un perro diminuto. En realidad, es lo que llevamos haciendo desde hace un día y medio. Solo que hasta hace una hora Dimitri no era un cadáver sino la mano derecha de Anatoli.

—Un placer conocerle —grita el Supervisor. Acto seguido, se cuadra y se marcha por donde ha venido como si jamás se hubiese cruzado en nuestro camino.

Y nuestro camino conduce al área de psiquiatría, el lugar de trabajo de Dan Granin, un viejo amigo de la familia Kubatkin. Anatoli quiere pedirle el favor de que nos ingresen en el ala de malnutrición.

El camarada Granin es un médico de renombre y lo encontramos reunido con otros colegas en una sala adyacente al área psiquiátrica.

—El hambre está conduciendo a la gente a la locura. Es así de sencillo —dice Dan Granin.

—Hay que ser más precisos —acota el jefe del área psiquiátrica—. Solo así podremos informar a la policía de si hay una verdadera responsabilidad criminal en los actos de los Masticadores.

—Los Masticadores han perdido la razón —tercia un tercer colega—. Pero no son criminales a los que no se pueda curar. Si se les puede curar es porque están enfermos; luego no deberían ser fusilados y condenados a penas de cárcel sino internados en instituciones psiquiátricas.

—No estoy tan seguro de eso —opina Granin—. Cuando menos no lo tengo tan claro en las actuales circunstancias. Si se tratase de casos aislados, de casos extraordinarios, de tres o cuatro caníbales en toda la ciudad, los tendríamos aquí en el hospital e incluso serían interesantes sujetos de estudio. Pero hablamos de centenares, acaso miles de Masticadores y varias decenas al menos de Comedores de Personas, de asesinos, de gente que se dedica a matar a los demás para alimentarse o para hacer comercio con la carne.

—Los que hacen comercio con la carne y los que asesinan de forma consciente no son enfermos, son criminales que antes de la guerra se dedicaban al estraperlo o a cualquier otra actividad ilegal —opina el jefe de psiquiatría—. Ya eran personas de dudosa moralidad y no creo ni siquiera que hayan perdido un ápice de su raciocinio a

causa de este asedio o de la hambruna. Siguen siendo los mismos criminales de siempre. Los Comedores de Personas son enfermos que vagan por la ciudad con un cuchillo en la mano y trocean y arrancan pedazos de carne y luego salen huyendo. Han perdido la razón, no son humanos, o ya no saben que son humanos. Están tan fuera de sí como los Masticadores o incluso todavía más. Nadie pone en duda que los criminales, como esa banda de asesinos que han hallado en este hospital, han de ser fusilados. ¡Y a la menor brevedad! Hablamos sobre qué hay que hacer con los Masticadores y con los caníbales asesinos irracionales.

—Estamos viviendo situaciones extraordinarias en Leningrado —sentencia Granin—. Por lo tanto, las resoluciones que tomemos deben ser extraordinarias. Ya he dicho que tal vez se trate de enfermos pero hay que fusilarlos porque hay demasiados, porque es una plaga que se está extendiendo y porque hay que dar ejemplo. Solo con tolerancia cero conseguiremos sobrevivir y ganar esta batalla, que será la primera gran victoria de la Guerra Patriótica contra los nazis.

—Estoy de acuerdo —opina el tercer médico.

Finalmente, tras un instante de duda, el jefe del área psiquiátrica se muestra también de acuerdo y asiente con la cabeza.

—Mandaré un informe a los jefes de policía —resuelve—. Hay que frenar esta plaga y meter en el mismo saco a comedores casuales de carne, a Masticadores que vagan sin rumbo por las calles, a asesinos profesionales, a los que matan para comer, a quien se come un cadáver que encuentra tirado en una esquina y hasta a las madres que cortan un pedazo de un familiar para que no se les muera su hijita... Todos en el mismo saco aunque realmente no debieran estarlo. Es por el bien de la nación.

—Es por la supervivencia de la nación —agrega Granin.

Poco después, los tres médicos se despiden. Primero sale el jefe del área psiquiátrica y más tarde el doctor Granin con su otro colega. Al ver al sargento Kubatkin se frena en seco y exclama:

—¡Dios mío, Anatoli! ¿Qué te ha pasado? ¡Tienes un aspecto horroroso!

—Dimitri ha muerto —musita Anatoli, por toda explicación.

Sin duda Dimitri debía ser un viejo amigo de la familia como el propio doctor Granin o acaso se conocían de antes. El médico despide a su colega y menea la cabeza:

—¿Cómo ha sido?

—Yo mismo lo maté —reconoce Anatoli haciendo una pausa trágica mientras traga saliva, como si no pudiese o no quisiese creer sus propias palabras—. No sé qué pasó exactamente. Perdió la cabeza e intentó violar a una chica.

Anatoli se vuelve y me señala. Dan Granin repara por primera vez en nosotras y nuestro perro. Parece que la presencia de Prokofiev le resulta todavía más extraña que aquella historia que le están contando. Leningrado es un lugar donde ya no hay normas, donde nadie vigila lo que hace nadie y un perro puede pasearse por un hospital como si tal cosa sin que una enfermera venga a explicarnos que aquel no es

lugar para un animal. Todo se ha perdido si hemos llegado a una desidia semejante, parece decir el gesto tenso, de labios apretados, del médico. Finalmente, Granin aparta los ojos del perro y se vuelve hacia Anatoli.

—La violación no es un acto habitual, una reacción lógica ante el estrés que estamos viviendo, y menos para un hombre como el Dimitri que yo conocía... o creía conocer. Ha habido muchos más suicidios, asesinatos y, por supuesto, actos de canibalismo. Además, es cosa sabida que el hambre provoca falta de energía en los hombres, apatía y hasta disfunciones sexuales. Impotencia. Pero cualquier cosa es posible a estas alturas. En el momento en que un hombre pierde la razón, acostumbra a reaccionar con violencia, y en ocasiones con violencia sexual. Estamos sometidos a una gran presión. Todos.

Los dos hombres siguen hablando durante un buen rato. El doctor Granin intenta consolar a su amigo, explicándole que la culpa no ha sido suya, que no tenía más remedio que actuar. Pero lo cierto es que podría haber empleado la fuerza para frenar a Dimitri, haberle golpeado con la culata de su fusil, incluso tratar de preguntarle qué demonios estaba haciendo.

Pero Anatoli decidió disparar. Tal vez pensaba que el traidor era su segundo al mando. Tal vez estaba aún resentido tras la discusión en cubierta de ambos. No, la reacción del sargento fue desproporcionada, casi criminal; de ahí su sentimiento de culpa. Es una reacción que, más allá de la tensión de aquel momento (entre bombas, con el barco al borde del hundimiento, gritos, intento de violación... todo en un mismo instante) no es entendible.

Como tampoco resulta entendible la reacción de Dimitri, el que intentase forzar a una chiquilla. Acaso siempre le habían gustado las chicas muy jóvenes y, de pronto, desesperado, después de ver que su propio amigo se volvía contra él, no pudo soportar por más tiempo la tensión sexual que escondía tras su gesto educado. Perdió los nervios hasta límites que él mismo no pudo controlar.

Yo les escucho a escondidas, haciendo ver que estoy atendiendo como siempre las necesidades de Tania y Nina. Pero no me pierdo detalle de su conversación. Mientras, mis compañeras de huida hacia ninguna parte, se han sentado en un banco y juegan con Prokofiev. El perro se ha tumbado y les muestra la barriga para que se la rasquen. Una le hace arrumacos en el hocico y la otra le coge de la cola. El animal se pone nervioso y da vueltas sobre sí mismo, intentando dar lametazos a las cuatro manos que le dan pellizquitos en las patas delanteras y las traseras, tan rápido que no es capaz de reaccionar. Tania y Nina ríen como posesas.

No saben que, luego de hablar de la muerte de Dimitri, el doctor Granin y Anatoli han comenzado a discutir la posibilidad de ingresarnos en el ala de malnutrición. Ahora mismo, mientras las pequeñas juegan, se está decidiendo nuestro destino.

Diez minutos después, los dos hombres, el doctor y el policía, se acercan a nosotras. Siguen conversando, pero están llegando al final de los ruegos de uno y los razonamientos, las excusas, del otro. La decisión está tomada. Granin tiene la



expresión grave, cariacontecida:

—Con el tema de las niñas no puedo ayudarte, amigo. El ala de desnutrición está repleta y hay lista de espera. Una lista de espera formada por gente recomendada por personas influyentes, por primos de gente del partido, de la milicia o de la misma NKVD. Tal vez una llamada personal de tu padre podría hacer que el director del hospital aceptase a una de estas niñas. Jamás a dos. Y en la vida a tres. Sencillamente no hay camas, ni personal, ni... —Se interrumpe, como si le costase reconocer lo que sigue—. Y te voy a ser muy sincero, tampoco tenemos alimentos suficientes. Lo cierto es que la comida escasea tanto que ha llegado a morir gente de hambre en el ala de desnutrición porque no les damos lo bastante para salir de su estado. Una paradoja terrible, morir por falta de alimento en un lugar donde te ingresan por los efectos de no tener bastante alimento que llevarte a la boca. Leningrado ahora mismo es una ciudad en ruinas, querido Anatoli. Poco puede salvarse.

Hemos llegado de nuevo a un callejón sin salida. Anatoli se despide de su amigo con un apretón de manos. Luego nos encaminamos hacia la morgue, donde varios de los celadores y uno de los forenses están esposados por los hombres de Vasily Yershov. El propio Supervisor de Alimentos del Ejército Rojo reconoce a Anatoli y, tras el típico intercambio de frases de cortesía, le deja entrar al interior de las cámaras, donde ya descansa Dimitri sobre una mesa. Allí, lejos de miradas indiscretas, los dos hombres se despiden.

Nosotras aguardamos afuera, observadas por ese grupo de criminales esposados, que nos miran y se relamen, como el que está viendo a una res antes de ser sacrificada.

Por suerte, aquella espera tan incómoda no dura demasiado.

—¿Estás bien? —le pregunta Tania a Anatoli cuando lo ve salir de la morgue, de nuevo con las mejillas anegadas de lágrimas.

—No, no estoy bien —reconoce el sargento Kubatkin.

Tania le coge de la mano y los dos comienzan a caminar hacia la salida del hospital.

—¿Y ahora qué? —inquire la niña cuando llegamos a la entrada de urgencias.

A lo lejos, se ve el parque zoológico de la ciudad y, al otro lado, cruzando hacia el Distrito Viborg, puede entreverse el puente de Liteyni, aquel que cruzamos un día antes camino de la Gran Casa cuando comenzó nuestra odisea. Allí conocimos precisamente a nuestro Prokofiev. Estamos muy cerca del punto de partida y, sin embargo, tan lejos como al principio de alcanzar el final de nuestro viaje.

—No tengo ni la menor idea —reconoce Anatoli que, por fin, cobra conciencia de una realidad que ha estado esquivando durante todo aquel tiempo.

Tal vez no haya nada que pueda hacer por nosotras.

Tal vez no pueda salvarnos.

Tal vez nadie pueda salvarnos.



ARRASTRANDO DE MANERA IMPROVISADA un cadáver por la calle / RIAN  
762

**SEXTA PARTE**  
**CÓMO ESCAPÉ DE LENINGRADO**

—Aún no me has explicado si el sargento Kubatkin es mi abuelo.

El pequeño Anatoli había seguido con interés la historia de zombies de su abuela. No todo el rato hablaban de ellos, por supuesto. A veces solo iban en coche, cantaban canciones, ponían la radio o echaban una risas en el hotel donde habían decidido pasar la noche; mientras, continuaban su viaje hacia Moscú. Un viaje que hacía un rato tocó a su fin al llegar a las afueras de la capital por el distrito Mytishchinsky. Tal vez por eso, aprovechando la conclusión de aquella etapa y una pausa en el relato de la anciana, Anatoli había decidido que era el momento de volver a hacer «la pregunta».

—No es tan fácil como parece —respondió Catarina—. El sargento Kubatkin fue... él era... yo tuve que... él no...

Parecía un tanto aturdida, plantada delante de un letrero que titilaba sin pausa. «Hotel Perlovskaya», decía el neón, a golpes de luz y parpadeos. La anciana se acercó para revisar un segundo cartel, esta vez de cartón, donde se especificaban los precios de las habitaciones: 1500 rublos la individual, 2000 la doble, 3000 la de lujo.

—Aquí, donde ahora han levantado este hotel, estaba la «dacha», la cabaña donde viví con mis padres durante tres meses. Todo ha desaparecido. Nada se parece a mis recuerdos.

—Han pasado muchos años, abuela.

—Sí. Demasiados.

Catarina se volvió, señalando hacia una zona de tiendas que se abría longitudinalmente pasado el hotel, incluyendo cines, restaurantes y bolera. Más luces de neón que se reflejaban en los ojos de la anciana y parecían aturdira todavía más.

—A lo largo de toda esta zona —anunció, con voz temblorosa— vivíamos 800 familias menonitas, 4500 almas. Fueron unos meses llenos de sueños y esperanzas. Pero al final, a mediados de noviembre de 1929, las autoridades decidieron que no había sitio para nosotros. Nos ordenaron regresar a Crimea.

Anatoli, que estaba buscando una excusa para volver a preguntar por su abuelo, dio un respingo, olvidando por un momento su curiosidad por aquel asunto.

—No iremos a volver de nuevo a Ucrania, ¿verdad? Otra vez varios días en coche para ir a aquel pueblo abandonado y...

—Para nada —le tranquilizó Catarina, levantando la mano—. Esos lugares ya los hemos visitado. No te preocupes. Lo que tenías que saber de Nikolaipol y Grigorevka ya te lo expliqué. Estaremos unos días por aquí, veremos la capital y luego cogeremos un avión en el aeropuerto de Sheremetievo en dirección a San Petersburgo. Yo también estoy cansada de conducir. Llegaremos pronto al final de nuestra odisea, tanto de la nuestra como la de mis personajes en la historia de zombies que te estoy contando.

Anatoli suspiró aliviado. La idea de volver a atrás para ver de nuevo las ruinas de la aldea natal de su abuela... ¡buf!, sencillamente habría sido demasiado para él.

Además, ahora podría conocer Moscú, y luego ir a Leningrado y pasear por las mismas calles que su abuela transitó mientras luchaba contra zombies y Masticadores. Porque San Petersburgo era el nombre de la antigua ciudad comunista. Luego de la caída de la Unión Soviética, ya no tenía sentido una ciudad en honor al gran revolucionario que derrumbó el imperio de los zares. No, ya no había lugar para una ciudad de Lenin o Leningrado. Ahora volvía a llamarse como siempre, desde tiempos antiguos: San Petersburgo.

—¿Cuándo iremos a San Petersburgo?

—Pasado mañana. Cuando hayamos descansado y visitado algunos monumentos de Moscú.

—¿Y me contarás más de la historia de zombies?

—Poco a poco. Se acaba y si voy demasiado rápido llegaremos al final antes de que se acabe el viaje y te aburrirás.

Anatoli dio un brinco y se cogió del brazo de su abuela.

—Prefiero aburrirme pero saber ahora el final. Eso sí, no quiero más historias tristes y prefiero que haya grandes ataques zombies, hordas y más hordas de Masticadores, como en las películas.

—Pues en breve, precisamente, vas a saber del ataque zombie más numeroso de mi relato.

—Ah, genial, pero antes, una duda.

Anatoli no era tonto y sabía de sobras que no debía preguntar de nuevo por su presunto abuelo, el sargento Kubatkin. Catarina no quería explicarle lo que pasó o, al menos, no todavía. Pero había otra cosa que desde hacía rato le estaba provocando una cierta incertidumbre. No lo entendía.

—Sí, dime, Anatoli.

—¿Qué es un menonita? Siempre dices que eres menonita, que tu familia era menonita, que vivías en una comunidad menonita o que os llevaron a los menonitas allí, y luego para allá... En fin, pero nunca me has dicho qué es un menonita. Al principio pensé que la gente de Crimea son todos menonitas, o al menos los de la zona donde naciste. Pero me parece que es otra cosa.

Catarina hacía rato que esperaba aquella pregunta. De hecho, si el niño hubiese estado más atento a las historias de su familia, la habría hecho mucho antes. Ya era hora de que lo supiera. Al menos en parte.

—¿Conoces los Amish? ¿Esos de los sombreros y las barbas que salen en las películas americanas? ¿Los que viven como en siglos pasados, van en carretas y son pacifistas?

—Sí, claro.

—Pues los menonitas somos lo mismo. No creemos en el bautismo y tenemos comunidades en medio mundo, donde vivimos en granjas de una forma tradicional.

Anatoli la miró sin entender.

—Pero tú no puedes ser eso. Vivimos en un piso en Nizhni Nóvgorod. Tenemos

televisión, microondas y...

—Sí, ya lo sé. Fui menonita pero hace mucho, cuando era niña. Abandoné la comunidad.

—¿Por qué?

Catarina compuso una mueca dubitativa. Meneó la cabeza. No, no era aún el momento de que supiese esa parte de su pasado. Y la respuesta quedó en suspenso, porque antes el pequeño Anatoli debía conocer el final de su historia de zombies. Y debía continuar por donde se había quedado, después de despedirse de Dimitri en el Hospital, camino del Zoológico y el final de su aventura.

*El director de la división zoológica soviética organizó una caravana de vehículos para llevar a los mejores especímenes a sitio seguro. Más de un centenar de científicos y cuidadores permanecieron en el jardín zoológico de Leningrado para cuidar a más de 1400 animales que no fueron escogidos para ese viaje.*

DOUGLAS R. WEINER

*(A Little Corner of Freedom: Russian Nature Protection from Stalin to Gorbachev)*

—Nunca he estado en el Jardín Zoológico —dice Tania, mirando hacia el parque Alexander, componiendo un mohín de súplica al que Nina se une de inmediato.

—¡Yo tampoco!

Anatoli se mueve como un autómeta, guiado por la mano de Tania, que le arrastra a través de estatuas y de floridos parterres hasta llegar a las puertas del Zoo. El sargento Kubatkin ha trastabillado en un par de ocasiones, pero ha seguido caminando, hipnotizado por las risas de las niñas como un ratón por el flautista de Hamelin. Prokofiev da saltos a su lado, oliendo a lo lejos señales de otras bestias, de bestias gigantescas y maravillosas. Para el perro, aquel lugar es tan fascinante como para las pequeñas. Él, que vive en un universo de olores, acaba de descubrir un lugar donde hay rastros infinitos que nunca ha olido y, probablemente, no volverá a oler. Así que da otro salto y apoya sus patas en la pierna de Anatoli. Sabe que es el jefe de aquella manada, y Prokofiev quiere ir a ese lugar, quiere que el jefe de la orden.

—No sé. —Anatoli se vuelve para mirarme. Yo le sonrío. ¿Qué más da? Si podemos pasar un buen rato en medio de los problemas que nos acucian, ¿quiénes somos para negárselo a las niñas y a Prokofiev?

Pero pronto descubrimos que la guerra también ha llegado al Zoo de Leningrado. La puerta está abierta; la verja, arrancada por una bomba alemana, cuelga de un lado y parece a punto de caer al suelo. Los trabajadores se han llevado lejos a algunos de los animales más raros o valiosos, hacia el este. Pero muchos han sido imposibles de evacuar.

Y se han quedado en Leningrado para engrosar el número de víctimas y de hambrientos.

Atónitos, paseamos por entre jaulas vacías, muros caídos y animales muertos. Delante de una de las atracciones principales, la famosa elefanta Bettie, nos quedamos un largo rato. Está muerta, la cabeza partida por la onda expansiva de un obús alemán. A su alrededor, ruina, cascotes y hierros retorcidos.

No muy lejos, vemos una camada entera de zorros aplastados por el desmoronamiento de su hábitat, un cercamiento donde estuvieron corriendo asustados mientras las bombas de los nazis caían sin descanso durante una hora. Y más allá están los monos, que han corrido mejor suerte. Aunque su cercado también ha sido destruido, la mayoría han sobrevivido y ahora huyen a la carrera hacia la ciudad, chillando de puro terror.

—Parece que hemos llegado justo al finalizar un bombardeo —nos explica Anatoli—. Esto es un caos. Tal vez deberíamos irnos.

Los hados nos han quitado hasta ese instante de felicidad y olvido que habíamos buscado en el parque zoológico. Prokofiev, deambulando entre los escombros, olisquea a sus compañeros animales muertos y lanza aullidos quedos que suenan como sollozos de un bebé.



—No vale la pena seguir luchando por esta ciudad —dice el sargento Kubatkin.

—Eso no es verdad —le contradice entonces una mujer, vestida con un sencillo vestido negro y unos zapatos gastados. A su lado, por increíble que parezca, camina un grueso hipopótamo que está mascando hierba mientras nos observa con indiferencia desde sus ojos minúsculos, que parecen casi imposibles para esa enorme cabeza.

La mujer se acerca a Tania y a Nina. Les acaricia las mejillas.

—¡Ven, Belleza! —Ordena entonces, con voz clara y firme.

El hipopótamo (en realidad, una hembra de hipopótamo) camina despacio, sin dejar de masticar, hasta donde se encuentra su cuidadora. Allí se deja acariciar por las niñas, que vuelven a reír alborozadas, olvidando todos los cadáveres que acaban de ver y toda la destrucción gratuita de las malditas guerras. Prokofiev, por su parte, al principio estaba seducido por el olor de aquel lugar, pero cuando ha visto a Belleza y a sus grandes dientes, se ha meado encima y se ha alejado unos veinte metros. Desde la distancia, observa con el pelo erizado cómo las pequeñas manotean el lomo de la bestia.

—Belleza lleva treinta años a mi lado, desde que llegó al Zoo y yo era una aprendiz en mi trabajo —explica entonces la mujer, que se ha presentado con el nombre de Yevdokia Dashina—. Necesita treinta kilos de vegetales al día para sobrevivir. Pero lleva meses comiendo menos de cinco kilos de hierba, patatas y restos de pasto que encuentro por ahí. Ha perdido peso, sí, pero sobrevivirá a este maldito asedio y luego a nuestra guerra patriótica contra los nazis.

Yevdokia se vuelve hacia Anatoli y le mira fijamente.

—La piel de un hipopótamo debe humedecerse cada pocos minutos. De lo contrario, se forman heridas que se convierten en úlceras y finalmente muere. Los bombardeos enemigos han destruido el suministro de agua y la piscina de Belleza. Así que todos los días voy hasta el río y traigo en un trineo un barril de agua helada. La dejo al sol para que se descongele y se la voy aplicando cada poco rato. Donde se forman llagas le paso un ungüento. Esta tarea me lleva casi toda mi jornada de trabajo. ¿Pero sabe qué?

Anatoli niega con la cabeza.

—Belleza sabe que estoy luchando por salvarla. No se queja. Me sigue a todas partes. Quiere sobrevivir y por Dios que lo hará.

Mientras Yevdokia hablaba, se han congregado a nuestro alrededor un grupo numeroso de cuidadores del Zoo. Unos llevan camellos, otro un buitre negro apoyado en el brazo que responde al nombre de Verochka, también hay un antílope y todos los animales imaginables.

—Mañana vuelve a abrir el Zoo tras haber estado cerrado los meses de invierno —prosigue Yevdokia—. Limpiaremos todo, dormiremos aquí si es preciso, pero no desfalleceremos. Porque hay muchos niños que necesitan volver a reír, volver a creer que existe un mañana.

Y dicho esto, la cuidadora se aleja, con Belleza a su lado, camino del río, de dónde sacará el agua para que el hipopótamo sobreviva otro día más.

Porque esa es la lucha en Leningrado: sobrevivir otro día. Para poder levantarse el siguiente e improvisar una nueva forma de seguir vivo al acabar la jornada.

Eso es lo único que cuenta.

—Debo regresar a la Gran Casa —dice de pronto Anatoli—. Mi padre me dio veinticuatro horas para dedicarlas a vosotras. Me dijo que debía volver a las diez de la mañana y son las tres de la tarde. Además, tendré que explicarle en qué circunstancias ha muerto Dimitri.

Estamos sentados en un banco, junto a la entrada del Zoo. No muy lejos, a nuestra izquierda, Nina y Tania juegan con uno de los monos que se ha escapado. Prokofiev da saltos a su alrededor y el mono le enseña los dientes, como advirtiéndole de que se meta en sus asuntos. Las niñas sueltan una carcajada.

—¿Las vas a dejar solas? —inquiero, volviéndome para mirarle directamente a los ojos.

—¡No! —Anatoli parece dolido por mi pregunta, pero luego su rostro se ensombrece. Y Tartamudea—: No, no... no sé. No sé qué hacer. Los servicios sociales... tal vez... Pero ambos sabemos que muchas niñas mueren de hambre antes de que los servicios sociales puedan hacerse cargo de ellas.

El sargento Kubatkin se echa las manos a la cabeza. Cruzando un puente podría abandonar la isla de Petrogrado y, a pocos kilómetros, encontraría el Bolshoy Dom, donde le espera su padre y sus obligaciones como Jefe de la unidad de policía Anti Masticadores. Pero Anatoli no está contento de sus tareas al frente de aquella unidad. Aunque no sea culpa suya, los casos de canibalismo se han triplicado, quintuplicado, tal vez incluso más... en cuestión de semanas.

No quiere volver, no al menos hasta que nos haya salvado. Si pudiera elegir, acaso tampoco regresaría aunque consiguiera milagrosamente encontrarnos familias de acogida a las tres.

Nos ponemos en pie y caminamos sin rumbo por la explanada. Anatoli avanza delante de mí, cabizbajo, ponderando la posibilidad de abandonarnos. Al fin y al cabo, no tiene otra opción. No es nuestra niñera. No tiene ninguna obligación (ni tampoco la posibilidad) de acompañarnos hasta que acabe el asedio, la guerra, nuestra infancia... Lo cierto es que no puede y nunca pudo hacer nada por nosotras y eso le está devorando por dentro. La muerte de Dimitri, absurda e indescifrable, ha terminado por derrumbar sus defensas. Se detiene delante de la verja del parque zoológico. El hipopótamo Belleza, que espera a su cuidadora, nos contempla con renovada indiferencia, tumbado en un bancal de arena, masticando un pedazo de hierba. Tal vez el último del día.

—En el fondo es una ironía que un hombre se esfuerce tanto por salvar a tres mujeres en un lugar como Leningrado —comento, sin sopesar demasiado mis palabras.

Anatoli esboza una sonrisa. Sabe de lo que estoy hablando. Y es que las mujeres somos las verdaderas salvadoras de esta ciudad. En primer lugar, nuestro cuerpo está mejor preparado para soportar el hambre o el dolor a nivel físico, ya que los hombres

necesitan más calorías para que su metabolismo funcione. Y también somos más fuertes a nivel psicológico. Las hembras, desde la noche de los tiempos, se han sacrificado por la familia, por los hijos o por su marido. Cuando la primera fase del hambre extrema aparece, el macho se desmorona. Porque esa fase inicial y terrible... es la apatía. El hombre, acostumbrado a los esfuerzos físicos y no a los sacrificios en el seno del hogar, se siente vacío sin poder usar la fuerza para dar un golpe sobre la mesa y solucionar los problemas. La mujer, sin embargo, lucha de forma natural contra la apatía gracias a la abnegación de millones de mujeres que, antes que ella, se han sacrificado por su parentela y han dejado huella en el ADN femenino.

—Mira, Catarina —me señala Anatoli—. Precisamente están regresando a casa las Mujeres de Negro.

Siguiendo la línea del río Neva, sin haber dormido, avanzan incansables centenares de mujeres. Ha nevado mucho durante la noche y el suelo está blanco, apelmazado, resbaladizo. Así que arrastran sus trineos llevando agua y algo de comida, si han tenido suerte. Las llaman así, Mujeres de Negro, porque al anochecer se visten con ropa oscura para pasar desapercibidas en la penumbra. En grupos numerosos acuden al río más cercano y hacen un agujero en el hielo. Llenan varios cubos y regresan a casa con agua limpia para lavar las mejillas tiznadas de sus hijos, beber o cocinar. Hace tiempo que no hay agua corriente en la ciudad y la gente se muere tanto de hambre como de sed.

Aunque la tarea más peligrosa de las Mujeres de Negro es la búsqueda de comida. Ahí cobra un mayor sentido el nombre con el que son conocidas, porque, aprovechando el camuflaje de la noche y sus negras vestiduras, se arrastran como gusanos por los campos de patatas de las afueras de la ciudad. No pueden soportar que, mientras su familia se muere de hambre, haya cultivos pudriéndose en los sembrados porque nadie puede recogerlos. Así que, a riesgo de que la artillería alemana las descubra y las haga volar por los aires, se infiltran en los campos esperando que la oscuridad las salve. Muchas mueren, pero otras regresan a casa con agua y algunas patatas o coles medio podridas.

Ellas son las heroínas de Leningrado. Las mujeres. Las madres.

—Yo solo soy un hombre —reconoce Anatoli—. En nuestra ciudad los milagros solo los hacen las mujeres. Tal vez por eso he fracasado.

No respondo. Y caemos en un largo silencio, mientras vemos a las mujeres en procesión pasando con sus trineos delante de Tania y Nina, que están enfadadas porque los operarios del Zoológico han salido a recoger a los animales huidos. Les han quitado a su mono y Prokofiev, que salta a su alrededor, ya no les parece tan gracioso.

—Un tío mío tiene una barca de pesca. Mi familia ha pescado en el Báltico desde hace generaciones —comentó, rompiendo un silencio que dura ya demasiado.

Anatoli se vuelve con una ceja enarcada. Su rostro me está preguntando: ¿qué me quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir con eso —respondo a esa pregunta jamás pronunciada— es que a mediados de cada mes hace una parada en los caladeros de la isla Krestovsky. De hecho, hacia allí me dirigía cuando me capturaron en el Distrito Viborg, conocí a Tania y luego a ti. —Sonríe a Anatoli, que me devuelve la sonrisa—. Mi tío no viene todos los meses y ahora, con la guerra y el bloqueo naval, dudo que pueda ni acercarse... pero me dijo la última vez que lo vi que trataría de llegar a todo costa.

—Estamos a mediados de mes —comenta Anatoli, con un hilo de esperanza en la voz—. Tal vez...

No acaba la frase. No quiere hacerse ilusiones y volverlas a perder, como todas las veces anteriores que ha fracasado durante estos dos días que llevamos juntos.

—¿Tu tío se podría hacer cargo, aparte de ti, de Tania y de Nina?

—Podría ser —aventuro, aunque en realidad no tengo la menor idea de si ellas pueden ser salvadas. Ni siquiera sé si yo podré ser salvada.

Anatoli inspira hondo, como si intentase coger fuerzas de flaqueza. En aquel momento, si alguien le asegurara que existe una pista de cohetes que puede llevarnos a la otra punta de Rusia haciendo escala en la luna, probablemente iría a visitarla. Prometió a su padre que se incorporaría al servicio hace ya muchas horas. Se le acaba el tiempo y las excusas. Además, la isla Krestovsky está al norte, a menos de diez minutos andando.

—Vayamos pues. Pero ya. No perdamos tiempo —nos ordena. Y se encamina hacia el puente que separa la isla de Petrogrado de nuestro destino.

Llamamos a voces a Tania y a Nina. Acuden corriendo, flanqueadas por Prokofiev, que ladra de felicidad por aquel nuevo episodio de lo que, para él, es una aventura fascinante. Antes de conocernos debía llevar encerrado semanas mientras sus dueños iban devorando a sus hermanos de camada. Ahora, su vida ha cambiado por completo y, pese a todos los peligros, está disfrutando de libertad y los mejores momentos de su corta vida. Ha hecho dos comidas en este día, vuelve a estar activo y los síntomas de fatiga que mostró ayer parecen haber remitido por completo.

—Lo siento —me dice Anatoli. En ese momento estamos caminando los dos juntos, con las dos pequeñas y el perro a nuestra izquierda, unos pasos por detrás.

—¿Qué es lo que sientes?

—Haber fracasado. No haber podido ayudaros. Perder el tiempo en quimeras que arrastraron a la muerte a mi amigo Dimitri. No se lo merecía, aunque perdiese la cabeza en el barco. Debería haberle inmovilizado y punto. Pero al ver que estabas medio desnuda, con él detrás y tú de rodillas... perdí la cabeza.

—¿No crees que fuera el traidor?

—Creo que nunca lo pensé en realidad. Creo que... nunca debí pensarlo siquiera. Habíamos pasado demasiadas cosas juntos. No fui un buen amigo. Caminamos a través del puente que separa las islas. Nunca he estado en Krestovsky, la más septentrional de las grandes islas que rodean Leningrado.

—Tú no has hecho nada mal —le digo entonces a Anatoli—. Has hecho todo lo

que ha estado en tu mano e incluso más. Nadie puede arrepentirse de haber luchado hasta más allá de sus fuerzas.

—Alguien que fracasa en sus objetivos puede arrepentirse si le da la gana.

—Tal vez nunca fueron posibles de alcanzar esos objetivos.

—Entonces eso dice todavía más en mi contra. Soy un imbécil y un idealista, y también un incompetente. Un imbécil idealista es, en el fondo, el peor tipo de incompetente posible, porque emprende acciones condenadas al desastre, y arrastra a los demás en su locura.

Pongo mi mano derecha sobre el dorso de su mano izquierda. La acaricio. El sargento Kubatkin se detiene y aparta mi mano con dulzura pero a la vez con firmeza.

—Tienes 15 años, Catarina.

—Cumplí 16 por la mañana, hace unas horas. Ya te dije que era hoy —miento de nuevo, esperando que me crea.

—Aún así eres demasiado joven. —Anatoli sonrío tristemente—. Y yo mismo me siento demasiado viejo y demasiado cansado.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veinte? Nadie está cansado a tu edad. Y solo me llevas cuatro años.

—Pero es que yo estoy, mucho más que cansado, agotado, Catarina. Quizás por eso cuatro años me parecen demasiados.

Pero advierto un brillo de luz en los ojos de Anatoli. Sé que le gusto, que me encuentra atractiva y deseable. Y si no fuese una niña abandonada y asustada en medio de una guerra. Si me viera como la mujer que soy, tal vez...

Esta maldita guerra está llena de demasiados «tal vez».

—¿El caladero en el que suele parar tu tío, dónde está?

El momento mágico ha pasado y yo lanzo un breve suspiro.

—Está pasado el cementerio de Serafimovskoye. Al otro lado de la costa.

Nuestros zapatos repiquetean sobre las últimas planchas del puente cuando reanudamos nuestro camino. Pronto acabará nuestra odisea. Aunque nosotros, en ese momento, no podemos imaginarlo.



MUJERES DE NEGRO cogiendo agua del río Neva / RIAN archive 35

Inicialmente, para los criminales del cementerio de Serafimovskoye no representamos una amenaza. Ellos son cinco, sentados en torno a una hoguera delante de la verja de una capilla privada, en la parte externa del Camposanto. Están asando alguna cosa al fuego. Hasta nosotros llega el olor de la carne chamuscada en un pequeño punzón que cada uno de los asesinos lleva en la mano. Lo acercan al fuego para, después de cocinada la carne, llevársela a la boca.

—¡Ey, vosotros, marchaos si no queréis tener problemas! —Nos aconseja un hombre muy alto de aspecto fiero, al que le falta un ojo. Enarbola uno de los punzones de asar carne, uno de esos espetones diminutos e improvisados de los que se están valiendo para almorzar.

Y es que, como antes he anticipado, de inicio nuestro grupo no les parece una amenaza. Dos niñas pequeñas, una adolescente y un hombre encorvado que camina arrastrando los pies, mirando al suelo, concentrado en todo el dolor y la rabia acumulados en los últimos dos días. Pero ese hombre que de inicio les ha parecido alguien diminuto, el tipo de persona acobardada por el hambre y las privaciones, de esas a las que aquellos asesinos alejan fácilmente todos los días... de pronto se transforma.

Anatoli contempla aquel grupo extraño, variopinto, y rápidamente intuye que algo terrible está sucediendo. De pronto, ya no está encorvado, ya no es un remedo de sí mismo y vuelve a ser el sargento Kubatkin. Un oficial de la NKVD que descuelga del hombro su rifle y se acerca al hombre que acaba de hablar. Le apunta al pecho.

—Tú, dime inmediatamente qué demonios estás comiendo y de dónde has sacado esa carne.

Como no responde, Anatoli golpea con la culata al hombre en la cabeza. La sangre mana de su ceja izquierda y el tuerto, lanzando maldiciones, tira la carne al suelo. Pero no dice nada.

Poco después, los cinco asesinos están de rodillas con las manos detrás de la cabeza. Anatoli registra sus posesiones, pero sin dejar de apuntarles. Nos pide que le ayudemos y las pequeñas y yo nos ponemos a revolver las pertenencias de los sospechosos.

Descubrimos que dos de las mujeres llevan sendos sacos con el cuerpo de tres niños recién nacidos o de muy pocos meses de edad. Los hombres, por su parte, tenían guardadas unas palas con las que pensaban desenterrar, como han hecho las mujeres, cadáveres recientes para alimentar a los suyos.

Finalmente, ante el aluvión de pruebas, los criminales han comenzado a hablar. Y piden perdón, se lamentan y reclaman clemencia del policía.

Anatoli les interroga de forma rápida, recoge su documentación y descubre que la primera mujer se ha quedado sola en la ciudad. Su marido está en el frente y no tiene con qué alimentar a su hija de 18 meses y a una adolescente de 16 años. La otra mujer



es su prima, sin pareja ni techo, y también hambrienta. Dos de los hombres también son familia y eran carpinteros antes del asedio. Ahora se han quedado sin trabajo, sin comida y están desesperados. El quinto hombre, el tuerto, es un trabajador de una factoría cercana que se dedica a la necrofilia. Desentierra cadáveres para fornicar con ellos y luego sus dos amigos se los comen. Todo el mundo tiene su parte del pastel. Hasta una semana atrás no se conocían, pero sus actividades delictivas comunes en el cementerio les han hecho amigos y cómplices. Ahora compartirán el mismo castigo.

—Tiene que comprenderlo —dice el necrófilo, relamiéndose, sin el menor atisbo de culpa ni rubor por lo que acaba de confesar—. Todos tenemos necesidades.

Anatoli comprueba cuantas balas le quedan en el cargador que le dieron en el campamento Zvanka. No son muchas. Le conozco ya lo suficiente como para saber lo que está pensando.

—Llama a la Guardia del cementerio y que ellos se hagan cargo —le susurró al oído, mirando de reojo a aquellos cuatro profanadores y al necrófilo. Todos continúan de rodillas, tiritando de miedo y de frío.

—No quiero —responde Anatoli—. No lo haré. En realidad, les hago un favor.

El sargento Kubatkin da un paso al frente y dispara al primer hombre en la cabeza. De inmediato, sin pausa, dispara al segundo. La mujer más joven intenta incorporarse pero recibe un balazo en el cuello y cae de espaldas. Mientras se contorsiona, entre los estertores de la muerte, su prima se vuelve para socorrerla. Ni siquiera se ha parado a pensar en su propia seguridad. Tal vez fuera una profanadora de tumbas y una caníbal, pero quería a su prima. El disparo le entra por la sien, destrozándole la dentadura. Avanzando en ángulo descendente ha salido por su pómulo izquierdo, lanzando una lluvia de dientes. Acaba retorciéndose junto a su familiar y compañera de delitos.

El último de aquella banda, el necrófilo, es el más inteligente, probablemente el menos hambriento y el más motivado. Su crimen no ha sido fruto de la desesperación sino de la maldad, de un ansia privada que nada tiene que ver con el hambre. Se levanta y echa a correr. Anatoli reacciona tarde y el hombre zigzaguea. La primera bala se incrusta en un árbol. Luego, el sargento apunta con más cuidado, prevé el movimiento oscilante del hombre y consigue darle en la base de la espalda.

Tania y Nina están chillando cuando Anatoli se acerca para rematar al necrófilo. Aprieta el gatillo pero el tambor comienza a girar sin que ninguna bala salga disparada del cañón. Se ha encasquillado el rifle.

—Y ahora qué harás, cabrón —murmura al necrófilo y se echa a reír. Luego intenta escupir a Anatoli, pero apenas le sale un hilillo de baba manchado de sangre.

El sargento Kubatkin le da la vuelta a su arma y alza el brazo mientras la empuña, como si fuese a rematarlo a golpes. De hecho, es un experto en la lucha cuerpo a cuerpo, algo necesario para servir en la unidad Anti Masticadores. Pero levanta la vista y ve a un grupo heterogéneo de famélicos que avanzan desde la verja del cementerio. Por un momento, piensa que son los guardias, pero nadie vigila ya aquel

lugar más que un par de veces al día. Todo el mundo sabe que esté infestado de asesinos, de caníbales y de zombies.

—Te he dado en la columna vertebral —le explica Anatoli—. Creo que te he dejado impedido. No sé si de por vida, pero sin duda temporalmente. De cualquier forma, aunque pudieras salir adelante, tengo mis dudas de que volvieses a andar. Lo que está claro es que no te vas a mover de ahí. Y creo que con eso ya he firmado tu sentencia de muerte.

El sargento Kubatkin echa a correr en nuestra dirección y nos indica con aspavientos y gestos exagerados que le sigamos. Yo comienzo mi carrera sin dilación, pero vuelvo la vista un instante para entender lo que está sucediendo. No son guardias los que vienen desde el cementerio sino al menos un centenar de Masticadores. Tal vez doscientos. Gente que lleva horas vagando sin rumbo buscando un trozo de carne, pero que no tienen la fuerza suficiente para saltar la verja y desenterrar a los cadáveres que aún no han terminado de pudrirse. Llevan mucho tiempo en las inmediaciones, demasiado débiles para enfrentarse a aquellos asesinos que comían carne humana al espetón. Pero, como los buitres o las hienas, son capaces de olisquear a las presas más débiles, y no son tan tontos como para pasar de largo de un hombre inmovilizado que se desangra en el suelo.

—¡Hijo de puta! ¡No me dejes aquí! —grita el necrófilo.

Pero nosotros ya no le escuchamos. Recojo del suelo uno de los punzones que usaban los asesinos para asar carne y me lo guardo. Luego continúo mi carrera. Si me rodea un grupo de aquellos Comedores de Cadáveres, al menos podré repartir un par de puñaladas antes de que me asesinen.

Por suerte, es una precaución innecesaria. Los Masticadores son lentos y, después de entretenerse brevemente con el necrófilo, aunque se vuelven hacia nosotros, ya estamos tan lejos que la mayoría ni siquiera intenta perseguirnos. Los líderes de la manada se alimentan del desgraciado mientras el resto regresan a la verja del cementerio. Unos pocos nos siguen, caminando despacio. Los Masticadores nunca tienen prisa.

Y el resto de caníbales se limita a contemplar a lo lejos las tumbas, esas preciosas tumbas repletas de carne reciente, solo un poco putrefacta, una carne maravillosa que querrían degustar con sus dientes y su paladar atrofiado por los meses de privaciones. La mayoría, sin embargo, aún en su locura, son conscientes que ellos mismos serán en breve carne que se pudre en ese cementerio. Mientras aúllan soñando con esas deliciosas chuletas de ser humano que no están a su alcance, uno de los Masticadores cae muerto de inanición. Sus compañeros se abalanzan sobre él y lo devoran en menos de un minuto.

Es el destino del masticador, comer o ser comido.

Es el destino de todos nosotros, los habitantes de Leningrado.

Agotados, luego de huir a grandes zancadas hacia la costa, alcanzamos un viejo caladero en el extremo norte de la isla. Tania y Nina se tumban en la arena, con su perro tirado entre ambas, la lengua afuera pero moviendo el rabo. Es feliz, como en el fondo lo somos todos nosotros. Feliz de seguir vivo, de haber tenido fuerzas para solventar el penúltimo obstáculo de un largo trayecto que ya toca a su fin.

—¡Es por aquí! —grito, alborozada, precipitándome, a pesar del cansancio, hacia una pequeña ensenada donde puede entreverse la plataforma para atar los barcos y lanzar las redes de pesca.

Por alguna razón desconocida, todos reímos y echamos una última carrera, pero ya no es una carrera por la supervivencia, es una carrera hacia algo que intuimos puede ser un lugar real donde cobijarnos, no un sueño, no una quimera. El primer paso hacia el paraíso.

Completamente exhaustos, alcanzamos el amarradero, pero allí no hay ningún barco. La sensación de euforia, sin embargo, aún no ha desaparecido. La felicidad nos embarga, una sensación en el ambiente de dicha y plenitud. ¡Sí, es aquí, aquí, donde debíamos llegar! Este es el lugar que llevamos dos días buscando.

Me siento a contemplar el sol, que comienza a brillar en todo su esplendor y ciega los ojos. Pero no me importa. Las olas me rozan los tobillos. Por un momento, no parece que pueda existir realmente una guerra, ni asedio, ni asesinatos, ni Masticadores. Durante ese breve momento somos un grupo de amigos de vacaciones.

Pronto será la hora del bombardeo artillero alemán de cada hora en punto, pero ahora mismo parece más bien que estamos en el Océano Pacífico, en una playa paradisíaca, lejos de las absurdas inquinas de los hombres.

—Este sitio es muy bonito —dice Anatoli, tomando asiento a mi lado.

Sin mediar palabra, me atrevo a estirar la mano y busco de nuevo su presencia. Entrelazo mis dedos con los suyos, apoyadas las palmas de ambos en la arena. Esta vez, el serio y formal sargento Kubatkin no elude el roce de mi piel. Menea la cabeza y sonrío. A lo lejos, Tania y Nina juegan con nuestro perro y le lanzan un palo húmedo y lleno de arena que han encontrado junto a las rocas. Prokofiev ladra de felicidad y corre hasta el agotamiento resbalando y cayendo entre las olas, y emergiendo después convertido en una bola de pelo mojada. Consigue que todos estallemos en carcajadas.

Durante quince largos minutos, o tal vez demasiados cortos, el hambre que devora nuestros vientres parece no existir. Tampoco las desgracias que nos han sucedido y las que puedan suceder en el futuro. Vuelvo a creer que solo somos un grupo de amigos de vacaciones en una playa.

Y podría creerlo de verdad si no fuese completamente falso. Así que decido jugar mi última carta y sacar un tema de conversación que he ido soslayando durante todo nuestro viaje. Es el momento de la verdad.

—Creo que hay una razón por la que quieres salvarnos, una que no me has contado, Anatoli.

El joven policía no dice nada.

—No es solo porque tu unidad de Anti Masticadores haya fracasado a la hora de frenar el canibalismo. No solo porque quieres hacer algo bueno, algo que salga bien en medio de este desastre. Te sientes culpable de alguna cosa que no me cuentas.

Las olas van y vienen, de nuevo enroscándose en nuestros tobillos. Por un momento, me parece intuir en el rostro de Anatoli que teme que yo piense que él es el infiltrado, el espía alemán. Creo que no quiere hablar, pero finalmente decide explicarme algo que pocos saben en la ciudad.

—Me siento culpable, Catarina, pero no es por lo que piensas.

Le aprieto más fuerte la mano. Él me corresponde acariciándome con el pulgar, que mueve lentamente, de forma circular, sobre el dorso de mi mano.

—La gente no solo pasa hambre por culpa de los alemanes, Catarina.

—¿No?

En Leningrado hace tiempo corre un rumor, aunque acallado por el miedo a los informadores. Todos intuimos que las autoridades soviéticas tienen mucho que ver con nuestra desgracia.

—Stalin ha abandonado la ciudad a su suerte por razones estratégicas —me explica Anatoli—. Bueno, a la ciudad no, a sus ciudadanos. Podría haber conseguido más comida pero eso no le importa. Es una ciudad que no le gusta, un nido de intelectuales, afirma siempre en privado. Piensa que una limpieza de ratas tampoco es algo tan terrible.

—Ya entiendo.

—No, no lo entiendes, Catarina. Había grandes reservas de comida en las inmediaciones de Leningrado justo antes de que los alemanes cerrasen la primera línea del perímetro. Los alimentos se mandaron al este, como reservas para el esfuerzo bélico, para los soldados o para gente como nosotros, gente del partido, de la policía y la NKVD. Stalin ha abandonado a su pueblo en Leningrado. Los hombres de su confianza comemos a voluntad mientras las gentes en la calle se comen los unos a los otros. He ganado tres kilos durante el asedio. ¡Tres kilos, Catarina! Soy «carne bien cebada». Porque los amigos de Stalin tienen todo lo que quieren y, entre tanto, mi deber es frenar a unos caníbales que han perdido la razón por culpa de gente como nosotros, los líderes del partido y sus hijos, gente del entorno del Politburó y de Stalin.

—Todo eso no lo decidiste tú. Tenías dieciocho o diecinueve años cuando los altos mandos decidieron sacrificar Leningrado. Si eres de los afortunados que todos los días tiene un plato en la mesa, debes alegrarte por ti y por tu familia. Tú no le quitas el pan de la boca a nadie. Solo intentas hacer lo correcto, Anatoli. Siempre intentas hacer lo correcto.

—Y, sin embargo...

—Anatoli, tú no has traicionado a nadie —repito—. Stalin es el traidor. Ha traicionado a las gentes de Leningrado y a la madre patria rusa.

Aquella frase, en cualquier otro lugar, sería una sentencia de muerte para el que la pronunciase. Pero estamos en una playa, en medio de ninguna parte. Aquí, por un momento, podemos existir con una vana ilusión de libertad.

—Sí, es un traidor. Y yo soy uno de los que le apoyan.

Anatoli vuelve a tener los ojos brillantes. Como cuando rompió a llorar tras la muerte de Dimitri.

—Solo quiero que vosotras viváis, que no os muráis de hambre, que no os coman ni os volváis Masticadoras. Nada más. Luego podré volver a mi unidad; y seguiremos buscando a Comedores de Cadáveres y de Personas. Pero necesito saber que estáis bien. Por una vez quiero llegar a casa y poder dormir sin el peso de un nuevo cargo de conciencia.

Unos minutos más juntos, con las manos entrelazadas, y habríamos llegado a un entendimiento. Estaba muy cerca de convencerle de que me besase, de que debía olvidar aquella guerra y ser feliz a mi lado.

Pero entonces los acontecimientos se precipitaron.

—¡Un barco! —chilla Nina Pechanova. Apenas ha hablado más que con Tania en todo el rato que llevamos de camino, pero ahora da saltos y vivas y parlotea corriendo hacia las aguas, mientras señala una oscura embarcación que gira al fondo, en la línea del horizonte.

Aguardamos expectantes durante unos segundos mientras aquella figura va cobrando forma hasta aparecer la proa de una embarcación, apenas una barcaza, que avanza lentamente abriendo pequeños surcos de espuma. Se parece a esas pocas que, todos los días, luchan por romper el asedio alemán y traernos suministros: pequeña, rechoncha y con una camareta central.

—Pone «Catarina» en el casco —dice Anatoli, con un punto de sorpresa en la voz—. Tu tío le puso tu nombre al barco. Debe quererte mucho.

Yo asiento con la cabeza. En realidad, no conocía el nombre de la embarcación y seguramente han decidido llamarla así para que la reconozca más allá de toda duda. Pero no puedo explicarle eso Anatoli. No lo entendería.

—Ven conmigo —le pido entonces, estrechándole de nuevo la mano.

Anatoli tampoco la rechaza esta vez, pero me mira y se encoge de hombros, convencido de que no hay nada que pueda hacer. No está en sus manos aceptar mi petición.

—Tengo obligaciones aquí, en la policía de Leningrado, y si tu tío decide hacerse cargo de vosotras... bueno, yo habré cumplido mi objetivo. Podré regresar a la Gran Casa con mi padre. Hay muchas cosas que hacer en nuestra ciudad. Lo sabes de sobra. No es momento ahora de ser egoísta y pensar en uno mismo.

—Esta guerra está perdida, tú mismo lo dijiste en casa del violinista —le recuerdo—. No vale la pena luchar y ver morir de hambre a tus conciudadanos. Has

reconocido hace un momento que Stalin es un traidor. No le debes nada. No le debes nada a este país. Ven conmigo y comencemos una nueva vida.

Anatoli libera por fin su mano de la mía. El tono de su voz es ahora más seco, pero todavía pretende ser dulce y comprensivo.

—Yo no te dije exactamente que la guerra estuviese perdida, te dije que íbamos a la deriva pero, pese a todo, al final, los rusos prevaleceremos sobre los nazis. Estoy desanimado por todo lo que he visto, pero soy un patriota, soy fiel a la Unión Soviética antes que a Stalin. Además, Catarina, eres una niña. Tal vez dentro de un tiempo, cuando acabe la guerra patriótica que libramos, cuando tengas algunos años más... Tal vez entonces podamos quedar para tomarnos algo y ver lo que sucede. No te puedo prometer nada. Porque aun en ese caso soy y seré muy mayor para ti. Pero podemos ser amigos.

Bajo la cabeza. Me siento triste. No solo porque aquella es una de las frases más odiosas con las que uno puede responder ante una persona que se muestra atraída por ti. Decir a alguien que «quieres ser solo su amigo» es una forma de rechazo que todos hemos sufrido alguna vez y es la más cruel de todas, porque a alguien al que detestas y jamás besarías al menos te da asco, y eso es un jodido sentimiento. Pero cuando alguien te importa tan poco que pretendes ser amable en lugar de cortante o insolente, es porque esa persona no significa nada para ti. Menos que nada: es una persona cualquiera, una de tantas que se cruza en tu vida y luego olvidas.

Aunque también me siento triste porque en ocasiones las cosas suceden de una manera que no debieran suceder y el sinuoso recorrido del destino te lleva a lugares por los que no quieres transitar.

Y esta es una de esas ocasiones.

Antes, sin embargo de que pueda responder a Anatoli, se escucha un chillido a nuestra espalda.

—¡San Nicolás Bendito! ¡Joder!

Prokofiev está tan nervioso tras los últimos juegos en la playa, que ha intentado coger el palo de la mano de Tania mientras esta miraba la barcaza que se acerca para salvarnos. Y le ha hecho un pequeño corte en el dedo, del que mana un hilillo de sangre. El sargento Kubatkin se acerca y mira la herida de la niña. Le da un beso en la yema del dedo.

—No es nada.

—¡San Nicolás Bendito! ¡Joder! —vuelve a decir la niña. Y sonriendo a Anatoli, añade—: Es que me duele mucho.

La barcaza está cada vez más cerca y unos marineros sacan unas cuerdas para atarla al amarradero. Anatoli contempla a Tania pensativo y le pregunta:

—Pasaste mucho tiempo con Dimitri. ¿No es verdad? Él te enseñó esa frase, sin duda.

Tania niega con la cabeza.

—No. La dijo Catarina cuando íbamos en el barco y zozobramos y nos caímos.

Se dio con la escalera y gritó: ¡San Nicolás Bendito! ¡Joder! Yo nunca había oído esa palabrota. Fue entonces cuando Dimitri se echó sobre ella para... Bueno, ya sabes... para hacerle cosas de marido y mujer.

A pesar de que, a lo lejos, comienza a percibirse el cañoneo de la marina alemana y los primeros aviones de la Luftwaffe avanzan sobre Leningrado... a pesar de que el motor del barco puede oírse ya desde donde estamos... a pesar de que nuestros corazones laten intensamente... A pesar de todo ello, se hace un silencio absoluto a nuestro alrededor, uno que es capaz de anular cualquier sonido proveniente del mundo real. Un silencio ominoso y funesto.

Anatoli se muerde el labio inferior. Yo camino lentamente hacia donde están él y Tania.

—Esa frase la decía mucho mi madre —comento, muy tranquila, sabiendo que me ha descubierto—. Aunque he aprendido a disimular mi acento siberiano, lo cierto es que se me escapó una palabrota típica de mi región en mal momento. Y Dimitri se dio cuenta, tanto de la frase como de mi entonación, que en ese momento no supe disfrazar.

—Soy un imbécil —reconoce Anatoli tras unos momentos de silencio en los que, cabizbajo, parece reflexionar con los ojos cerrados—. No estamos buscando a un tal Ivan A. Ivanovich. La a, aunque la encontramos en un trozo aparte en la hoja rota del informe, no estaba en mayúscula ni llevaba un punto. Gorkshov usó la palabra «topo», una expresión que puede designar tanto a un hombre como a una mujer. Y el topo, el agente que el soldado que acompañaba a Gorkshov reconoció, era Ivana Ivanovich, una espía alemana de origen siberiano que anda por nuestra ciudad de incógnito.

Anatoli descuelga su arma y me apunta con ella. Tarda un instante en recordar que está encasquillada y no la ha reparado desde el incidente del cementerio. Ese instante me basta. Saco el punzón que utilizaban los caníbales para asar la carne en sus fogatas frente al cementerio. Sin mediar palabra, se lo clavo justo sobre la oreja para que alcance las zonas blandas del cerebro de forma mucho más rápida y eficiente.

Lo hago bien y el punzón entra hasta el fondo. Me enseñaron a conciencia cómo hacerlo durante mi entrenamiento en las SS.



BARCAZAS CON SUMINISTROS para la ciudad asediada / RIAN 397



Hay un momento para vivir y un momento para morir.

Y Leningrado es el lugar y el momento justo donde Rusia, el continente entero, la humanidad entera... Han venido a morir.

Así comencé mi historia. Con esa frase. Porque era verdad. Para todos, para centenares de miles de buenas personas que confiaron en el gobierno, en el Politburó y los políticos... en Stalin. Lo hicieron en vano.

Como ellos, Anatoli Kubatkin ha venido a morir a Leningrado. Su camino termina aquí. Mientras boquea buscando el último soplo de vida que se le escapa, le cojo entre mis brazos y le acuno contra mi pecho.

—Te mentí en muchas cosas, Anatoli —le confieso—. La primera es sobre que hoy cumplía dieciséis años. En realidad cumplo veinte en agosto. Es fácil para una chica joven y menuda como yo actuar como una adolescente. Si te vistes un poco informal y te colocas un peinado con dos coletas, puedes parecer una niña más joven sin dificultad. —Respiro hondo, tratando de frenar las lágrimas que acuden a mis ojos —: Ojalá nos hubiésemos conocido en otro lugar o en otras circunstancias.

Detengo mi lengua porque Anatoli ya no me escucha. Tania está a sus pies con las manos en la cara, sollozando. Todavía nos hallamos en el borde de las aguas, con las olas golpeándonos a intervalos, sumergiendo por momentos el cuerpo del sargento Kubatkin.

—Lo siento —añado, sencillamente, antes de dejar el cadáver sobre la arena y las aguas.

Me incorporo. Los hombres del barco ya han echado amarras y avanzan por el embarcadero. Uno de ellos me hace una señal. Es Otto Weilern, mi enlace con los servicios secretos de las SS, la agencia de inteligencia militar o SD. Hace tiempo que soy uno de los espías personales de Reinhard Heydrich, que responde de forma directa ante Hitler sobre mis hallazgos.

Hay pocos rusos dispuestos a hacer lo que yo hago. Porque para hacerlo se tiene que odiar mucho a la madre patria Rusa. Y yo la odio como nadie, por eso he asumido tantos riesgos para traicionarla. Transitando por las zonas aún controladas por nuestro ejército en la retaguardia para conseguir información, entrando en esta ciudad de zombies y haciéndome pasar por una niña abandonada, una de esas que vagan muriéndose de hambre por las calles.

Todo es poco para acabar con los cabrones soviéticos que me robaron mi identidad.

—¿Cómo estás? —me pregunta el teniente Weilern, un joven de veinte o veinte y muy pocos años, como yo misma o el difunto Anatoli. Un hombre de mirada lánguida, también triste. Me recuerda precisamente al sargento Kubatkin, el hombre al que acabo de asesinar.

—Estoy bien. Ya podemos irnos.

Hablamos en alemán, por supuesto. Nuestra lengua.

—¿Y estas niñas? —pregunta el teniente, señalándolas.

Me encojo de hombros. Ellas no son cosa mía. Nunca lo fueron. No les deseo ningún mal; es más, he luchado por su supervivencia durante todo este tiempo. Pero ahora lo que cuenta es mi misión. Debo dejar atrás los sentimientos y ser una buena camarada aria.

Es mi destino.

—Pensé que eras Catarina Savicheva —me reprende Tania, que no entiende el alemán pero ha visto el gesto del oficial y mi encogimiento de hombros—. Dijiste que eras de mi familia.

Ojalá fuera así. Ojalá pudiera ser otra persona. Pero soy una espía nazi y debo parecer alguien sin corazón. Así que trato de concentrarme en mi odio y olvidar lo mucho que amo a aquella niña.

—Yo no soy de tu familia —le miento—. No soy nadie desde que me quitaron mi verdadero nombre y me obligaron a ser Ivana Ivanovich.

Me vuelvo para mirar a Tania Savicheva y a Nina Pechanova. Armándome de valor, me inclino sobre el cadáver de Anatoli y arranco el punzón de su cráneo. No emite ningún quejido porque hace ya un rato que ha muerto. Limpio la punta del arma con la manga de mi vestido y se la entregó a la niña, dándole la vuelta y mostrando el mango para que pueda cogerla.

—La vais a necesitar para regresar al centro de la ciudad. Ten cuidado, pequeña. Hay Masticadores muy cerca del cementerio. Tendréis que correr para regresar a la isla de Petrogrado y de ahí al centro de la ciudad. Corred hasta la Gran Casa e informad al jefe Kubatkin de lo que ha pasado aquí. Denúnciame si es preciso, tal vez eso te valga una recompensa o algo de comida. Además, así vendrán a buscar el cuerpo de Anatoli y le darán cristiana sepultura.

Tania me mira con sus grandes ojos negros y asiente. Lo ha entendido todo. Ahora es ella la chica mayor, la que tiene que tomar decisiones y salvar a su amiga. Así fue al principio, cuando huíamos por el Distrito Viborg y ella, que tenía mucha más experiencia que yo con los Masticadores, me ayudó a esconderme y a salvar la vida.

Luego llegaron Anatoli y Dimitri y pudo, durante un tiempo al menos, volver a ser una niña de diez años. Pero de nuevo tiene que ser una chica dura y ayudar a Nina. Vuelve a estar al mando de aquella familia, reducida ahora a dos miembros.

Abre la boca para preguntarme algo, tal vez por qué he asesinado Anatoli, pero no es tan tonta como para ignorar, a aquellas alturas, que trabajo para los nazis. No vale la pena preguntarme nada. Las razones son demasiado complejas. Finalmente, opta por preguntar desde el corazón, preguntar por algo que le importa.

—¿Podrías llevarte a Prokofiev?

—¿Por qué iba llevarme al perro?

—Es muy bonito. Está hasta un poco gordito —me dice la niña, mirando al

animal con pena, ya que lo último que quiere es deshacerse de él—. Yo no lo puedo proteger aquí en Leningrado. Da igual lo que a mí me pase, al final alguien me lo quitará y se lo comerá. Sigue habiendo poca gente que come personas pero...

Tania no consigue articular ninguna palabra más. No sabe explicarse todo lo bien que querría. Pero yo la entiendo. Tal vez encuentren a alguien que las proteja: todavía hay escuelas, servicios sociales aunque estén colapsados, todavía hay algunas familias que ayudan a los demás, todavía algún orfanato abierto... incluso puede suceder un milagro y que salven la vida hasta el fin del asedio. Pero si se queda en Leningrado, nadie podrá salvar a Prokofiev. Acabará en una cazuela. Aquella pobre niña, condenada a regresar a pie al centro de la ciudad en medio de una turba de zombies y Masticadores, se preocupa por el destino de su perro.

—Me llevaré a tu amigo —le prometo a la pequeña, mientras miro de reojo al teniente Weiler, que asiente con un gesto, como diciéndome que es posible, que hay sitio en el barco para aquella bestia diminuta. Por lo visto, entiende el ruso.

—Bien —dice sencillamente Tania. Y guardando el punzón bajo su falda de la misma forma que me vio hacerlo a mí un rato antes, coge de la mano a Nina y se alejan por la playa en dirección a su destino.

Ni siquiera se despide de Prokofiev. Tal vez sea demasiado doloroso para ella.

Otto, por su parte, ha agarrado al perro por el lomo para que se dé la vuelta; ahora ata una cuerda improvisada alrededor de su cuello.

—Es el momento de irnos —me ordena—. Hemos tenido ya demasiada suerte de llegar aquí esquivando las defensas portuarias. No debemos tentar más a los hados. Tal vez decidan dejar de sernos favorables.

—No, no debemos —reconozco, y comienzo a caminar tras él en dirección a la barcaza.

Prokofiev llora y gime porque sus dos pequeñas amigas se alejan. Nunca volverá a verlas.

Todavía solloza y se queja cuando llegan a la playa el grupo de Masticadores que nos venían siguiendo desde el cementerio de Serafimovskoye. Pensé que no eran muchos. Me equivocaba. Desde la nave, decido contarlos. Son cuarenta y tres. Tal vez demasiados para dos niñas de diez y ocho años.

—¿Soy un monstruo? —le pregunto al teniente Weiler cuando veo que dos zombies emergen del grupo de Masticadores, aullando en dirección a las dos niñas, que corren desesperadas por la playa.

—¿No lo somos todos en esta maldita guerra?

—Sí, claro. Lo había olvidado.

Dos detonaciones, muy rápidas, suenan a mi espalda. Otto Weiler baja su rifle Mosin de mira telescópica, un arma de precisión, de fabricación soviética, que lleva a todas partes.

—Un amigo me enseñó en Polonia a disparar este artilugio hace un par de años —me explica entonces el teniente—. También me enseñó que a veces con observar

las desgracias e injusticias de este mundo... no basta. A veces hay que actuar y tomar decisiones.

En la playa, los dos zombies yacen muertos con una bala en la cabeza. El resto del grupo avanza con la lentitud propia de los Masticadores. Tania y Nina podrán salvarse. Prokofiev aúlla mientras las ve alejarse, como si se despidiese.

—¿El ruido del disparo no podría alertar a las patrullas costeras rusas? —pregunto al teniente.

—Seguramente —reconoce—. Pero los hados son volubles. Yo he hecho lo que pensaba que era correcto. Ahora los hados decidirán si debo pagar por ello o si, por el contrario, sobrevivo a esta misión. Yo soy el primero que quiere seguir vivo, pero no a cualquier precio. No iba a dejar que esos dos cabrones se comieran a las niñas. Y no lo he hecho.

Es curioso que un oficial alemán tenga más corazón y misericordia que yo misma.

—Tengo información muy importante sobre los movimientos de las tropas rusas y las defensas en torno a Leningrado. Yo no habría puesto en peligro nuestro cometido por nada. Ni siquiera para salvar a unas niñas inocentes.

En realidad, estoy mintiendo. Si no tuviera que mantener mi disfraz de espía dura como el acero, ahora mismo abrazaría al teniente Weiler. Ha salvado a Tania y a Nina, y eso es algo maravilloso.

Pero Otto no sabe que finjo ser la más cruel de todos los infiltrados para impresionar a Heydrich y los altos mandos de las SS. Se mesa el mentón, mientras mira a Tania ayudar a su amiga a saltar un tronco. Están ya fuera de peligro. Al menos, por ahora. Tendrán que superar muchas pruebas antes de llegar al Bolshoy Dom e informar de lo sucedido al Jefe Kubatkin.

—Tal vez por eso yo soy militar y tú eres espía —dice el alemán—. Ciertos o equivocados, yo tengo valores. Pero tú eres una traidora. No necesitas valores ni principios. Es más, probablemente sean un obstáculo en tu profesión.

Estoy a punto de responderle a sus palabras con una invectiva similar, incluso con un insulto. Pero callo, porque tiene razón.

—¿Cómo se te ocurrió ponerle a la barcaza mi nombre?

—Pensé que así, señorita Werner, la reconocerías con facilidad.

Catarina Werner. Esos son mis verdaderos nombre y apellido, de antiguas raíces germánicas. Porque yo soy menonita, soy una alemana nacida en Rusia, y aunque el camarada Stalin me cambió el nombre a Ivana Ivanovich intentando convertirme en una puerca bolchevique, yo siempre seré alemana.

—¿Y ahora?

Todavía me encuentro en la cubierta del barco; contemplo la escalerilla que desciende hacia mi cuarto, donde por fin podré asearme, vestirme con ropa limpia y comer como es debido. Para mí, el asedio de Leningrado ha terminado.

—Ahora tienes que redactar tu informe —me explica Otto—. Tienes tiempo porque tardaremos un día en llegar a la costa y al menos cuatro más en alcanzar Praga. Allí nos esperan nuestros superiores.

El teniente Weilern camina ya en dirección al camarote del capitán, pero de pronto tiene una idea y se vuelve:

—Tú, que has estado en Leningrado y en la línea del frente, debes tener una opinión bien formada sobre un tema al que le doy vueltas. ¿Resistirán los rusos? ¿Caerá la ciudad? ¿Ganaremos la guerra?

Algo en la voz de Otto me suena extraño. No suena esperanzada, casi es como si deseara que yo le dijera que no la vamos a ganar, que los rusos son demasiado fuertes, que su moral es demasiado alta: que son invencibles. Mientras hablamos, a lo lejos se oye la radio, un programa alemán que informa del infierno que se está viviendo en las calles que yo acabo de abandonar:

«Sabemos que todo el mundo en Leningrado está muriendo de hambre. Tenemos agentes en la ciudad y nos llegan informes alarmantes acerca de casos descontrolados de canibalismo».

El informe de la radio prosigue, el tono de la locutora es triunfal. Está convencida que la otrora orgullosa urbe pronto va a caer. De pronto, esa misma locutora anuncia una entrevista sorpresa con un oficial ruso. Se trata de la diva de la radio alemana, Mildred Gillars, que luego de recomendar a los rusos y a los ingleses (a todos los que luchan contra los nazis), que se rindan, habla con un tal teniente Sokolovski. El hombre, con voz ronca reconoce: «La ciudad está en las últimas. Cuerpos putrefactos yacen en las calles y las gentes los usan como alimento. Los supervivientes de Leningrado se comen los unos a los otros y ya no hay esperanza para ninguna ciudad de la Unión Soviética».

—¿Ganaremos la guerra? —Repite Otto, mientras escucho la radio, un tanto ausente.

Su voz me despierta del ensueño.

—No lo sé —le confieso—. Hace un momento he tratado de convencer a un

hombre al que había comenzado a amar, de que los nazis iban a vencer. Pero se lo dije para persuadirle de que me acompañase en este viaje, para que traicionase a los suyos como yo estoy haciendo ahora. Lo cierto es que los rusos se comen entre sí porque están dispuestos a cualquier cosa antes de rendirse. Y menos ante Hitler.

Me quedo pensativa un instante y miro hacia el sur, hacia el sector de Novgorod, acaso sin quererlo. Tal vez miro hacia el futuro, hacia la 250 división de infantería alemana, más conocida como División Azul. Tropas de origen español junto a las que en menos de un año estaré combatiendo, cuando estas avancen desde su posición actual en dirección a Leningrado. Porque mi destino es regresar, infiltrarme de nuevo en esta ciudad maldita... y de nuevo huir de los zombies que la devoran desde dentro.

Finalmente, levanto los ojos hacia el teniente Weiler.

—A veces creo que los rusos encontrarán la manera de derrotarnos. Sí, de alguna forma lo harán.

Otto, inexplicablemente, sonríe.

—Una noticia terrible —dice, sin abandonar su sonrisa—. Pero yo, en tu caso, no la incluiría en el informe que vas hacer para nuestros superiores. Límitate a explicar lo terrible que es la situación de Leningrado y lo baja que está la moral de las tropas soviéticas. Es lo que quieren leer, es lo que quieren oír. Y precisamente porque no quieren saber la verdad, tal vez perdamos esta guerra.

Otto Weiler se marcha. Yo me lo quedé mirando aturdida. Luego suspiro y comienzo a descender hacia mi camarote. Estoy demasiado cansada. El infierno de Leningrado me ha devorado físicamente, tanto o más que esos Masticadores y zombies que querían comerme.

Así, aunque no me falta ningún miembro, y aún respiro... por dentro me siento muerta, como si un Comedor de Personas me estuviese royendo las entrañas.

Me duelen las entrañas.

Lo primero que hago al entrar en mi habitación es vomitar durante media hora seguida. Y eso que apenas he comido un par de veces en varios días. Solo lo que pudo conseguirnos el sargento Kubatkin.

—Lo siento, Anatoli —repito una y otra vez, sentada sobre las losas del lavabo.

Y entonces me tapo la cara con las manos, avergonzada de mí misma.

Pero culpable o inocente, traidora o heroína del pueblo ario, una cosa tengo clara: seguiré luchando por destruir la Unión Soviética hasta la última gota de mi sangre.

Porque odio al camarada Stalin y le haré pagar por todo lo que me hizo.

# **Epílogo**

## LA VERDAD

Catarina Kubatkina y su nieto estaban en la misma playa donde había concluido su historia de zombies en 1942. Había llevado al pequeño hasta la isla Krestovsky para que entendiera los terribles actos, los crímenes, que ella había cometido. Se trataba del único lugar de su viaje que estaba igual que entonces. Parecía que no habían pasado los años: la cala, el amarradero, la arena, las olas golpeándoles los tobillos... todo estaba exactamente igual que la vez anterior.

Por un momento, estuvo tentada de creer que la barcaza alemana aparecería en el horizonte, o que el sargento Kubatkin emergería de las aguas, con veinte años todavía, eternamente joven.

Creyó ver una luz, un destello inmenso que la cegaba y musitó una vez más «lo siento». Pero la luz se extinguió y ningún milagro había sucedido. Tal vez había sido el reflejo del sol. Una anciana moribunda debía concluir su historia de zombies y masticadores. Y eso hizo. Esta vez, su público de una sola persona, no parecía emocionado por el relato. El niño estaba pálido y no había dicho nada en varios minutos, desde que terminó de hablar Catarina.

—Tú eras la traidora. No, no... No lo entiendo —balbuceó por fin, sin atreverse a mirar a su abuela a los ojos.

—No era ninguna traidora, Anatoli. Soy alemana y no rusa.

Catarina había guardado esa parte de su pasado para el final. Para que su nieto comprendiera el porqué de sus actos. Ella tenía siete años cuando los menonitas fueron devueltos a Ucrania y se les quiso borrar la identidad. Stalin no quería en su país a unas personas que hablaban un alemán arcaico y pretendían vivir en sus propias granjas, con su propia religión. En la nueva Rusia las granjas eran de la comunidad, todo el mundo debía hablar ruso y compartir una única identidad devota al partido comunista. Poco le importó que la Emperatriz rusa Catalina la Grande hubiese llamado a los menonitas desde Alemania, o que ella les hubiera regalado grandes extensiones de tierra un siglo y medio atrás. Para Stalin eran unos parásitos indecentes a los que había que exterminar. Muchos emigraron a América, pero los más pobres, como los Werner, se quedaron.

Las granjas menonitas fueron conducidas a una colectivización forzosa. Los padres de Catarina ya no tenían casa propia. Todo era de todos. Y de entre todos, los que menos se llevaban eran esos extraños rusos de acento alemán que no le importaban a nadie. Desde muy pequeña, Catarina Werner sufrió las burlas de sus compañeras de clase rusas. Ella no tenía acento, ya que había nacido en Rusia y estudiado en las dos lenguas, pero eso no les importaba. Sus burlas se acrecentaron cuando las autoridades prohibieron la enseñanza en alemán incluso para los menonitas; y aún un poco más cuando la obligaron a cambiarse el nombre a Ivana Ivanovich.

Los menonitas eran «normalizados». Perdían su nombre y apellido por unos mucho mejores, unos de ascendencia eslava. Tan estrictos eran en esa norma que ella, que tenía un nombre de pila que se podía convertir fácilmente en ruso, también lo



perdió. Porque Catarina y Catalina (como la Emperatriz) eran casi idénticos. Nadie lo hubiera notado. Incluso ella, con el tiempo, habría asociado su identidad al sonido «Catalina».

Tal vez su odio por los soviéticos y por el camarada Stalin no hubiera sido tan absoluto si le hubieran dejado seguir siendo Catalina, aunque fuese Catalina Ivanovich. Pero no, ahora la obligaban a ser Ivana Ivanovich. Y la estrechez de miras y la falta de imaginación de las autoridades soviéticas eran tan incondicionales que había diez Ivana Ivanovich en cada granja. Porque desde el gobierno se había dado una lista de ejemplo con nombres y apellidos que sirviesen de base para elegir correctamente; pero los burócratas, escrupulosos e ineptos, se limitaban a poner los nombres de esa corta lista a todos los menonitas.

Durante los siguientes años, mientras trabajaba como una esclava en la granja, un odio infinito se fue aposentando en el alma de Ivana Ivanovich, antes Catarina Werner. Cuando estalló la segunda guerra mundial y las tropas alemanas entraron en la granja, mientras todo el mundo se escondía, Catarina renació y salió al encuentro de un oficial de las SS que acababa de llegar en su coche, un reluciente Mercedes descapotable.

—Quiero ayudaros a dar por el culo al hijo de la gran puta de Stalin —dijo, marcando su acento bajo alemán o Niederdeutsch—. Si necesitáis un guía de la zona, alguien que os eche una mano en las cocinas o que se infiltre tras las líneas, debéis saber que hablo ruso perfectamente y que estos idiotas me han rebautizado como Ivana Ivanovich, por lo que pasaré desapercibida allí donde vaya.

Así comenzó su carrera de espía. En un golpe de ira que le hizo hablar de más. Eso, y la suerte (o la desgracia) de que aquel oficial de las SS fuera uno de los ayudantes personales de Himmler y viera un odio tan profundo en sus ojos que la creyó de inmediato. Y es que si alguien sabía reconocer el odio era un SS.

—Al principio me enviaron a misiones sencillas —concluyó su relato Catarina—, pero poco a poco fui consiguiendo éxitos. Al final, acabaron mandándome a Leningrado. Fue mi primera misión importante. Luego vendrían muchas más.

Anatoli estaba boquiabierto. Sentado en un montículo de arena, intentaba comprender las razones de su abuela. Pero no podía, porque la guerra mundial quedaba demasiado lejos.

—Así que el sargento Kubatkin no es mi abuelo —fue lo único que pudo decir.

—No lo es. Terminada la guerra, decidí que no me pasaría la vida huyendo como otros nazis. Así que volví a Rusia, di mi verdadero nombre, Catarina Werner y pensé que me detendrían. Pero el oficial, que vio que estaba embarazada, me preguntó quién era el padre. ¿Por qué dije que era Anatoli? Nunca lo sabré. Porque me sentía culpable, tal vez. Porque hubiera querido que él fuese de verdad el padre. Porque esperaba que, al dar aquel nombre, comenzasen a indagar sobre mi pasado y me fueran a buscar para detenerme. Pero ¿sabes lo increíble? No pasó nada. La postguerra fue un momento extraño, todo era desorden, todo estaba por construir. Me

colocaron en una granja cerca de Nizhni Nóvgorod y en esa zona he vivido el resto de mis días. Jamás la policía ha llamado a mi puerta. Probablemente, Tania y Nina nunca llegarían a informar de mi crimen y por eso nadie me busca. Y el informe en que se me señalaba como una espía debió perderse, o está debajo de un millón de papeles en el antiguo ministerio ruso de defensa. El caso es que se olvidaron de mí. No creas que fue algo raro o extraordinario. Algunos oficiales nazis de alto rango, hasta médicos de campos de exterminio, se fueron a su casa y murieron de viejos.

Anatoli se levantó en ese instante. Su mirada era de turbación, acaso teñida con una brizna de desprecio. Ni siquiera le interesaba saber ya quién era su abuelo. Y Catarina comprendió de inmediato que no debía decirle que era un alemán, precisamente Otto Weilerin, el joven teniente que vino a rescatarla en la barcaza Esperanza, en aquella misma playa, hacía una eternidad.

—¿No sabes qué fue de Tania y de Nina? ¿Nunca te ha interesado? —preguntó el niño, con las lágrimas a punto de brotar en sus ojos.

—Tania Savicheva murió una vez liberada la ciudad de los nazis. Sobrevivió al hambre pero no a la debilidad que le provocaron tres años largos de privaciones. Se ha hecho famosa y su diario está expuesto en el Museo de Historia de la ciudad. Luego iremos a verlo si quieres. Está muy cerca de aquí. Si atendieses a las clases en la escuela lo sabrías. —Catarina sonrió a su nieto, pero este le devolvió una mueca de labios apretados—. No sé qué fue de Nina.

Se hizo el silencio, solo roto por el vaivén de las olas. Catarina se levantó también y se acercó a su nieto. La brisa le revolvió el cabello y, por un momento, mientras sus ojos miraban a través de sus rizos, le pareció que estaba delante de otro Anatoli, uno diez años más viejo y setenta y cinco años atrás en el tiempo.

—No me siento culpable de lo que hice, querido —reconoció—. Todavía hoy odio a Stalin y a los comunistas. Volvería a repetirlo todo, desde el principio, si tuviera oportunidad.

Pero Catarina mentía. Se arrepentía de haber matado a Anatoli Kubatkin. Una parte de ella lo amaba y lo amaría para siempre. Pero a la vez, le despreciaba, como a todos los comunistas. Porque era un idiota. Ni siquiera pensó por un momento que el espía pudiera ser una mujer a pesar de que tenía todas las letras del nombre I-v-a-n-a Ivanovich. No se le ocurrió nada mejor que separar la «a» y decidir que un espía de primera clase tenía que ser hombre y llamarse Ivan A. Ivanovich. Además, cuando Catarina se dio cuenta que la identidad de Ivana comenzaba a ser conocida por los servicios secretos rusos y destruyó sus papeles a la entrada de Leningrado, no le quedaron más que sus papeles originales, sus antiguos documentos, que rezaban que su nombre era Catarina Werner, era menonita y había nacido en 1922. Si el sargento hubiera mirado con atención esos papeles, habría visto al menos dos incongruencias: 1- Que tenía 20 años. 2- Que su apellido era alemán. 3- Que el infiltrado que buscaban las autoridades podía ser tanto hombre como mujer, porque topo, significando agente encubierto, es una expresión masculina y femenina a la vez, y no

solo en ruso sino en muchas otras lenguas como el inglés o el castellano, por ejemplo.

Anatoli siempre tuvo todas las pistas para descubrirla, pero solo quería salvarla y...

*Y por eso nunca sospeché de ti. Porque le gustaste desde el primer momento,* dijo una voz dentro de su cabeza.

Catarina sintió que las lágrimas también acudían desde el fondo de sus pupilas, para traicionar sus verdaderos sentimientos, pero se pasó el dorso de la mano por los ojos. Repitió, testaruda:

—No me siento culpable de lo que hice. De nada.

—Ni nosotros de lo que vamos a hacer.

Una voz profunda, cavernosa, había hablado, una voz grave y rota que provenía de las aguas. Catarina alzó la vista y distinguió un cadáver vestido con las ropas de la NKVD que estaba emergiendo de entre las olas. Dio un paso adelante, intentando proteger a su nieto, pero notó que una sustancia viscosa le resbalaba por el brazo.

—¡Qué demonios! —exclamó la anciana, mirando un líquido putrefacto que le manchaba los dedos.

El pequeño se dio la vuelta. Solo que no era su pequeño sino Tania, convertida en cadáver, con las cuencas vacías y las manos extendidas hacia ella. La reconoció por la muñeca, por Planta, que llevaba cogida de una de las manos que extendía hacia ella, casi como si quisiese mostrarle cómo estaba la muñeca de trapo después de tres cuartos de siglo bajo tierra. También podrida, ajada, sucia de la tierra del cementerio.

—No, no... Esto no puede estar pasando.

Dimitri y Nina fueron los últimos en llegar. Cogidos de la mano, bajaban por la parte opuesta de la playa. Ambos estaban también muertos, mostrando algunas extremidades sin carne, el hueso mondo blanqueándose al sol.

La anciana no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Sintió una punzada de terror pero, de pronto, el miedo se desvaneció. Lo comprendió todo. Se volvió hacia el sargento Kubatkin, que terminaba de caminar los pocos metros que le faltaban hasta dar alcance a la traidora.

—Ya era hora que me cazases —dijo Catarina. Sin asomo de ironía. Era la verdad, sencillamente.

Cuando el grupo de zombies la terminaron de rodear, mostraron sus bocas hambrientas. Eran muertos vivientes, no caníbales como los de su historia. Se enfrentaba a cadáveres andantes, iguales a esos de los libros y las películas que tanto le gustaban a su nieto. Le extrañó que aquellos seres desvalidos, que se caían a pedazos, pudieran dar miedo a nadie.

—Volvemos a ser una familia —les dijo, en un tono plácido, satisfecho, como el de una madre que ve regresar a los hijos pródigos tras una larga ausencia.

En el momento en que sus cuatro enemigos se abalanzaron sobre ella, Catarina abrió los brazos para recibirlos. No opuso resistencia. Porque había comprendido que llevaba un tiempo muerta.

Así que se quedó parada, sonriendo a los zombies mientras estos saltaban sobre ella para devorarla.

—Vaya —dijo, en voz alta, al caer sobre la arena, antes del primer mordisco—, así que esto es el infierno.

Y sonrió. Por lo menos no estaba en una granja colectiva, sin identidad, convertida en una Ivana Ivanovich cualquiera, trabajando como una esclava para esos malditos comunistas.

# **Addenda**

## UNA HEROÍNA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

El pequeño Anatoli lloraba desconsolado. Sus gemidos se escuchaban diáfanos, inextinguibles, por toda la playa de la isla Krestovsky.

Algunos paseantes se estaban acercando desde una arboleda cercana. Los gritos desgarradores del niño les habían atraído hasta allí y no paraban de llegar tras ellos nuevos grupos de curiosos. No tardaron en congregarse un nutrido grupo de personas preguntándose qué demonios sucedía.

Entre ellas se encontraba un enfermero, Fiodor, que estaba paseando a un anciano paralítico. Su paciente, llamado Oleg, estaba disfrutando de su media hora diaria al aire libre cuando comenzaron los lloros del niño. Se hallaban tan cerca que fueron los primeros en llegar e intentar socorrerle.

—Pequeño, ¿qué te sucede? —dijo Fiodor, abandonando la silla de ruedas que empujaba e inclinándose hacia el chiquillo.

Entonces vio a la anciana, hundida en un pequeño desnivel de la arena, con la boca abierta. Le tomó el pulso y comprendió que llevaba diez minutos al menos muerta. Fiodor era un profesional, capaz de dar un masaje cardíaco como el mejor, pero ya nada se podía hacer por ella.

Llamó a la policía desde su móvil. Anatoli, lloroso, balbucía frases sin sentido. A veces, entre hipidos, conseguía decir algo coherente:

—Estaba contándome su historia cuando se desmayó... dijo que veía una luz que la deslumbraba... luego dijo «lo siento»... y se quedó callada. ¡Ah, no puedes dejarme solo, abuelita!

Catarina había muerto de un paro cardíaco justo cuando había alcanzado el clímax de su relato: el momento en que la supuesta barcaza de su tío vino a rescatarles. Su nieto no llegó a oír que era una espía nazi. La mujer se llevó la mano al pecho y un cuento de zombies quedó inacabado... para siempre. Ella se marchó al infierno y su nieto se quedó solo en el mundo. Seguramente, no era el final que ambos habían soñado para aquel viaje.

—Aquí, en esta playa, vinieron a rescatarla durante el asedio de Leningrado —explicó el niño, tragando saliva y mirando a Fiodor—. Un policía de la unidad Anti Masticadores, el sargento Kubatkin, la ayudó a escapar. —Anatoli volvió a llorar—. Ella quería que yo supiese todo lo que pasó de niña. Yo sabía que estaba malita del corazón pero no que...

Y rompió a llorar de nuevo.

Fiodor consoló al pequeño hasta que llegó la policía. Luego se hizo a un lado, mientras una psicóloga se llevaba al menor. Los agentes miraron en el bolso de la mujer y leyeron en voz alta el nombre:

—Catarina Kubatkina. Avisa a la central de la identidad de la fallecida y busca familiares para que se hagan cargo del niño —le dijo un agente veterano a otro más joven, que se cuadró y echó a andar hacia el coche policial.

En su silla de ruedas, Oleg se removió como si le hubiese impactado un rayo. ¡Ahora la recordaba! Era la espía nazi que mató a su superior. Él la había conocido

brevemente cuando la rescataron en el distrito Viborg de un ataque de los Masticadores. Pero aquel día no regresó a la Gran Casa porque se quedó de guardia en la Escuela Pública N.º 39 tras la detención de su director y de un comandante de la milicia local.

—Fue... el día... el día... día que atacaron los hambrientos... la Gran Casa. Ella... ella... nos engañó... Catarina... una espía... nazi. —Oleg había tenido dos embolias y solo su mujer entendía sus palabras. Los otros escuchaban un sonido incoherente, lleno de consonantes y siseos. Pero ella había muerto hacía cinco años ya. Desde entonces, Oleg rara vez hablaba porque sabía que no tenía interlocutores. Era como si se hubiese quedado mudo.

—He oído que esta mujer conoció a los de la unidad Anti Masticadores —dijo Fiodor, malinterpretando su nerviosismo e inesperada verborrea, cuando todos los enfermeros sabían que nunca hablaba—. Ya sé que serviste en esa unidad. He visto la medalla que te dieron terminada la guerra: Medalla por la Defensa de Leningrado. Esta mujer es un héroe, como tú. Una heroína, vaya. Ella luchó por la Madre Patria en el momento más aciago. ¡Y triunfasteis! Leningrado jamás cayó y derrotamos a las tropas de Hitler. Tal vez hasta conocías a esta mujer y hayáis desfilado juntos el Día de la Victoria, cuando se celebra que aplastamos a los nazis. ¿Es eso? ¿Era tu amiga?

—No... no... una espía... nazi... una... una una... puta nazi.

Oleg esperaba que Dios, en su infinita misericordia, se apiadara de él; y si no el idiota de Fiodor, alguno de los curiosos que rodeaban el cadáver, tal vez entendiera sus palabras. El padre de Anatoli Kubatkin, el jefe de la NKVD en la ciudad, buscó a la asesina durante toda la guerra. Tania y Nina regresaron y contaron lo sucedido. Petr Kubatkin les consiguió un lugar en un orfanato y juró venganza contra Catarina. Pero al poco de finalizar la contienda ese loco homicida de Stalin decidió condenar a prisión sin pruebas a su hombre de confianza en Leningrado. ¿La razón? Solo Stalin la sabría. El caso es que Petr murió en el calabozo sin haber encontrado jamás a la «puta nazi» que había matado a su hijo. Irónicamente, a Catarina la salvó Stalin, el hombre al que más odiaba en este mundo. Si no hubiese acabado con el jefe Kubatkin en una de sus famosas «purgas», Petr habría dado con ella acabada la guerra y la habría ejecutado.

—¡Putas... putas... putas nazi! —repitió Oleg, cada vez más fuera de sí.

Pero la gente solo oía un rumor sibilante, como el de un motor gripado. Se volvían a mirarlo con gesto contrariado, molestos de que aquel viejo loco les estorbase el morbo de asistir al levantamiento del cadáver.

Y entonces sucedió algo increíble, algo que terminó de convencer a Oleg de que su enfermero era un perfecto imbécil.

—¡Escuchad lo que os digo! —chilló Fiodor, poniéndose de puntillas sobre un montículo de arena—. Esta mujer luchó codo a codo con los policías de la NKVD y fue una heroína de la Unión Soviética. Oleg Mitrichev, cabo primero de la Unidad Anti Masticadores, aquí presente, la conoció y me ha pedido que le rindamos

homenaje. ¡Un minuto de silencio por Catarina y todos los que lucharon contra los nazis en el asedio de Leningrado!

A Oleg los ojos le saltaban literalmente de las órbitas. Hasta los policías se habían quitado la gorra y una mujer a su izquierda lloraba. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se inclinó lentamente desde su silla de ruedas. Gemía por el dolor de sus articulaciones y por el esfuerzo; sentía que el corazón se le iba a salir por la boca. Pero cada vez estaba más cerca del cuerpo caído de la puta nazi de Catarina Werner.

—¡Quiere darle un beso en las mejillas! —dijo la mujer que antes había estado llorando.

—La quiere despedir como se merece —dijo otro, emocionado—. De un héroe de nuestra gran nación a una heroína de la Patria.

—¡Viva Rusia! —dijo un tercero.

Entre varios, ayudaron a Oleg a dejar su silla y le acercaron un poco más a la fallecida. Los policías se opusieron pero, al final, dominados por aquella ola de patriotismo, dieron su consentimiento.

—¡Voy a inmortalizar este momento! —dijo precisamente uno de los policías, sacando un *smartphone* del bolsillo de su camisa.

Pero la foto no salió como esperaba. Porque Oleg, cuando estuvo a menos de un palmo de Catarina, no curvó los labios para besarla. En lugar de ello, aspiró hondo y tragó saliva.

—¡Putas... putas... putas nazis! —chilló, con una voz clara y nítida que todos pudieron entender.

Y escupió al cadáver a la cara.





SOLDADO CONDECORADO con la Medalla por la Defensa de Leningrado / RIAN  
601183



VETERANO EN LA CELEBRACIÓN del Día de la Victoria / RIAN 660262

**Nota del autor**  
«UNA NOVELA BASADA EN HECHOS REALES»

Para el lector al que pueda interesar, paso a enumerar las principales licencias que me he tomado (a nivel de manipulación de los hechos históricos) para que todo encajase. Algunos consideran estas notas finales kitsch, pasadas de moda, pero yo me enamoré de algunas notas de autor cuando era un lector adolescente, pues, a modo de pequeñas apostillas, informan al lector un poco más sin informar demasiado. Creo, sinceramente, que a veces necesitamos un poquito más de lectura tras finalizar la última línea, para quedar satisfechos sin quedar ahítos.

**COSNAVA**  
**11 de septiembre de 2014**

# 1. LOS ZOMBIES

- Esta es una novela sobre el canibalismo durante el asedio de Leningrado. Pero curiosamente, los habitantes de la ciudad diferenciaban entre dos tipos de caníbales que encajan con la descripción de zombies rápidos y lentos. El primer caso, los Come Cadáveres o трупоедство (en ruso pronunciado «trupoyedstvo»): estos eran los carroñeros, gente que vagaba sin apenas fuerzas como zombies lentos, aprovechando los cadáveres caídos; son llamados en la novela Masticadores. En el segundo, los Comedores de Personas o людоедство (pronunciado «lyudoyedstvo»), caníbales asesinos, que podríamos asimilar a los zombies rápidos, capaces de correr, de perseguir y de cazar no solo gracias al número o la sorpresa, únicas armas de un zombie lento.
- Por otro lado, existió realmente, una unidad policial dedicada a frenar el canibalismo. No he encontrado datos de que se la llamase de una forma específica, así que en la novela decidí bautizarla de una forma un tanto descriptiva... Anti Masticadores.
- Realmente hubo discusiones académicas acerca de la naturaleza del caníbal en Leningrado, entre médicos y especialistas de otras ciencias, algunas de cuyas ideas se vierten en la novela de labios del personaje de Dan Granin. Con él homenajeo al escritor ruso Daniil Granin (aún vivo y casi centenario en el momento de acabar esta novela en 2014). Daniil Granin fue testigo del asedio y ha escrito uno de los mejores ensayos sobre el mismo, aparte de hablar en memoria de las víctimas en el parlamento alemán en enero de este mismo año.
- Por encima de todo, he querido hacer un homenaje a una ciudad que luchó hasta el límite de sus fuerzas por su libertad: y lo hizo contra los nazis, sus bombas, sus soldados y finalmente frente a parte de la población, convertida en caníbales o, si preferís, zombies.



MONUMENTO a la Heroica Defensa de la ciudad de Leningrado / RIAN 71157

## 2. LA PARTE DE FICCIÓN DE LA NOVELA. PROTAGONISTAS

- El perro Prokofiev es inventado, así como Dimitri y Anatoli, los dos policías de la NKVD. También Oleg, el policía que sale al principio y al final.
- Gorkshov es un personaje imaginario.
- La historia de Nina Pechanova y de su familia es cierta, incluso la anécdota de que unos ladrones le robaron el pan y le dijeron que o se marchaba o se la comían. No vivía a las afueras de la ciudad, eso es ficción.
- Tania Savicheva existió y todo lo que se cuenta en la novela sobre su vida previa al inicio del libro es real, con la excepción de la fecha de la muerte de algunos de sus familiares, que ha sido modificada porque algunos fallecieron poco después del momento en que sucede esta novela. Además, Tania no vivía en la avenida Zagorodny sino en el edificio N.º 13, zona segunda, de la isla Vasilievsky, cerca de donde acaba el periplo de los personajes. Por lo tanto, aquellas viviendas no me servían porque quería que se llegase allí al final de la obra y no a la mitad. Así que me tomé la licencia de colocar su casa en el lugar donde me interesaba de la trama. El resto de la historia es cierta, así como su diario. No sobrevivió a la guerra, aunque sí a la hambruna y al asedio.

Acabó en el Orfanato N.º 48, donde estuvo dos años. Poco después de liberada la ciudad, en 1944, cuando los ejércitos nazis se batían en retirada, la niña fue evacuada de Leningrado, ya gravemente enferma. Murió de distrofia muscular causada por tantos años de pasar hambre. Su diario está ahora en el museo de historia de la ciudad y es una de las víctimas de la Segunda Guerra Mundial más célebres y recordadas de toda Rusia.
- Todos los demás nombres o apellidos que aparecen en la novela son reales, a excepción del teniente Otto Weilern, que es un personaje de ficción.
- El ataque de la turba a la Gran Casa es imaginario. La ciudad estuvo al borde del caos pero finalmente nunca cayó en la anarquía. Hago que durante 24 horas el caos sea absoluto para que la novela funcione como una huida o Road Movie (aunque sin automóvil casi todo el rato) en medio de una situación aún más excepcional de lo real.
- La trama base de la novela, la huida de los personajes por una ciudad sin leyes, el espía alemán... eso es ficción, por supuesto. Es la excusa para contar la historia de Leningrado y sus habitantes.







Tania y las nueve páginas de su diario (Instantánea libre de derechos, de Dominio Público)

### 3. CATARINA WERNER

- El caso de Catarina es mejor comentarlo aparte porque es un personaje medio real y medio imaginario.
- Catarina nunca existió en la vida real pero está inspirada en la vida de Hans Werner, un menonita que, pese a que se supone que son pacifistas, luchó con los rusos y luego se pasó al bando alemán, primero como mecánico y luego sirviendo en artillería. No fue un espía pero todos los demás datos de su biografía concuerdan con los de Catarina. Ciudades en las que vivió y todo lo que le pasó. Todo es real, incluyendo lo de que le pusieron el nombre de Ivan Ivanovich, pues así fue rebautizado para que se convirtiera en un soviético ejemplar.
- Todo lo que se cuenta de las comunidades menonitas rusas es cierto. Poca gente sabe que había gentes de lengua alemana viviendo en la URSS en comunidades propias y pensé que sería interesante usarlo en la novela.
- Por último, sobre el viaje de Catarina y su nieto, decir que Crimea ya no es Ucrania sino Rusia desde este año de 2014, pero el esquema de la novela es anterior. Decidí respetarlo. El lector debe ubicar el viaje de Catarina y su nieto en 2012 o principios de 2013.

## 4. LA MUJER EN LENINGRADO

- Otro de los temas que quería tratar en la novela era el de los sacrificios de las mujeres en la guerra. Siempre se habla de los hombres, de los soldados, del valor en la batalla. Y pensé que era necesario comentar el sacrificio de las mujeres de una ciudad asediada, desde su lucha día a día para recoger agua o comida en condiciones infrahumanas (os recuerdo las Mujeres de Negro) hasta otros trabajos en brigadas de limpieza y hasta de Removedores de Cadáveres.
- Eso, sin contar las que optaron por el canibalismo para dar de comer a sus hijos hambrientos. Sin justificar sus actos, lo que en otros era egoísmo o afán de supervivencia, en muchas mujeres fue instinto materno y sacrificio por los suyos.
- La invisibilidad histórica de la mujer es un tema habitual en mi obra. Siempre procuro hacerlas visibles. Espero, una vez más, haberlo conseguido.



MUJERES en acto de servicio en Leningrado / RIAN 732



ENFERMERA en un puesto sanitario junto al Puente Narva / RIAN 594300

## 5. CASOS REALES Y LICENCIAS

- La historia que abre la novela, el caso de los seis trabajadores del ferrocarril que asesinaron a trece personas para organizar un negocio de carne humana... es verídico.
- Vasily Vladimirov realmente existió y tenía la misma edad que el muchacho que espera con su hermano muerto en la cola de racionamiento. En la vida real, su hermano fallecido también se llamaba Boris.
- Prokofiev es un perro imaginario, como se ha dicho, pero todos los datos sobre animales de compañía devorados son rigurosamente ciertos, así como la anécdota de que solo quedaban cinco perros policías en 1942. El resto había caído en acto de servicio o desaparecido, supuestamente devorados.
- El caso de la Escuela 39 también es verídico, aunque los actos del director Leimer y su cómplice, el comandante Plaksina, fueron más simples. No comían a cuerpo de rey en la sala de estudios con dos niños de criados. Sencillamente, robaron la comida de los niños y les dejaron encerrados, entregados al hambre y el canibalismo.
- Que los caníbales se comían los unos a los otros en prisión también está documentado. Los carceleros y las autoridades, tal y como se explica, no llamaba a esos delitos canibalismo sino Bandidaje.
- La Oficina de Búsqueda y Reubicación de Niños fue creada pocas semanas después del momento en que sucede esta novela.
- Las cifras sobre el número de caníbales detenidos son correctas, así como el hecho de que la mayor parte de los que aprovechaban la carne de los cadáveres eran mujeres. Los asesinos, eso sí, fueron en su mayoría hombres, aunque también hubo muchas mujeres.
- La ubicación del campo militar de Zvanka es inexacta. Lo coloqué a mi conveniencia para que los personajes pudieran llegar a él y continuar su búsqueda. En realidad se halla mucho más al sur y al este, unos 200 kilómetros. Pero preferí colocarlo antes de Pavlosk porque quería que hablasen con los soldados antes de ir a la estación experimental.
- La historia del vendedor de patatas rodeado por zombies y devorado en plena calle, la he extraído del relato de un testigo.

- Las historias de Tamara Grebennikova y Valentina Rothman son verídicas, pero ellas no se conocieron en la vida real. He unido sus testimonios y las he convertido en amigas y vecinas de Tania Savicheva (lo que tampoco es cierto) por razones de estructura de la trama. Eso sí, todo lo que cuentan de su trabajo en las unidades de Removedores de Cadáveres... sucedió.
- El caso de los carniceros de carne humana del Haymarket también está documentado.
- También existe el testimonio de la ayudante de laboratorio Frolova, que vio a una mujer cortando pedazos de su hija en plena calle, y el de Anatoli Darov y su experiencia en el Haymarket.
- En algunos casos he mezclado historias para que no se hicieran repetitivas. El violinista que hacía desaparecer niños huyó y no fue linchado. Valentina Antonovna recibió ofrecimientos caníbales en la vida real, como los que le hace en el libro el violinista, pero de otras personas. Mezclé los dos casos y creé la escena del linchamiento a partir de la fusión de ambos.
- La historia del señor Bychevsky y su hija desaparecida mientras cavaba zanjas es real.
- La frase «carne bien cebada» también es verídica. Aunque la traducción es libre.
- La historia de Krukov, el hombre que visitó a unos amigos y los encontró comiendo carne humana, también es cierta.
- El caso del marido que roba la cartilla de racionamiento a su mujer e hija y las echa de casa es también verídico. No solo hubo caníbales en Leningrado. Las malas personas salen a la luz en momentos críticos como este. Son muchas las caras que toma la maldad humana.
- Todos los casos de canibalismo de los que Anatoli toma nota en la estación Vitebsk son verídicos.
- La anécdota de la anciana a la que sacan de casa cuando está a punto de comerse a su nieto también es cierta, aunque no sucedió en esa calle ni en el mismo edificio de la familia Savichev.
- Anna Nikitina perdió a su hija y la buscó en Leningrado, ante el desánimo de la policía. Todo lo que se cuenta de la investigación es cierto. Pero no se volvió loca ni vagó hasta los suburbios buscando a su hija. Eso es ficción.

- Aunque parezca mentira, la historia de canibalismo en el campo militar de Zvanka también es cierta, así como la implicación del capitán médico y las más de veinte personas que le ayudaban. Todos los nombres que se citan son verídicos. Salvo que Lagun era sargento y no comandante.
- La señorita Rugova fue atacada por un caníbal en la forma que se indica, pero ni vivía en los confines de Leningrado ni era vecina de los Pechanov.
- La historia de la estación experimental de Pavlov es totalmente cierta, con dos excepciones. En el momento en que se desarrolla la novela, la ciudad de Pavlov ya había caído y el contenido de la estación se había trasladado al interior de Leningrado. Allí es donde murieron de hambre, rodeados de comida, los esforzados científicos e investigadores del proyecto. Nikolai Vavílov, responsable del mismo, por desgracia, no estaba con ellos. Había sido encarcelado por Stalin y murió en prisión en 1943. Curiosamente también de distrofia muscular por hambre, como Tania Savicheva. Me pareció de justicia que Nikolai apareciera en la novela, por más que no se hallara en el recinto.
- La historia de los casos de canibalismo (y asesinato de soldados que venían del frente) en el hospital Erisman también es verídica y Vasily Yershov existió y conoció el asunto de primera mano.
- Las alas de desnutrición de los hospitales también existieron.
- La historia del Zoo de Leningrado es cierta, palabra por palabra. Yevdokia Dashina existió y lo que cuenta respecto al hipopótamo está también documentado. El hipopótamo hembra Belleza sobrevivió a la guerra y murió de mayor, de muerte natural. Yevdokia y quince de sus compañeros cuidadores fueron condecorados por las autoridades soviéticas por su valor y su ayuda a la moral y al esfuerzo bélico.
- Lo que se explica de los sacrificios constantes de las mujeres en Leningrado es verdad. Vestían de negro mientras recogían agua, patatas, lo que fuese para que no las distinguiesen en la oscuridad. Pero no las llamaban Mujeres de Negro. Me pareció un nombre acertado y lo usé.
- Hay diversas licencias a nivel geográfico y de distancias por razones de ritmo narrativo. A veces los personajes cruzan por lugares en pocos minutos para los que se precisan horas. Era necesario para que el frenesí de la huida no perdiese intensidad.



- La escena del cementerio de Serafimovskoye es imaginaria, pero los criminales que Anatoli mata realmente existieron y fueron encausados luego de ser detenidos en el cementerio.
- Los boletines de la radio alemana y la entrevista con el oficial ruso Sokolowski también sucedieron; las frases escritas son transcripciones del programa. La locutora no era la famosa Mildred Gillars (que también existió), pero la puse porque es un personaje que me fascina, una americana nazi que se hizo una de las más famosas locutoras de la radio alemana.
- Como siempre, la realidad supera a la ficción.

## 6. EL ASEDIO DE LENINGRADO

- A pesar de que la novela se desarrolla durante el asedio de Leningrado, decidí no describir ninguna batalla en torno a la ciudad.
- En primer lugar, llevo tiempo creando una saga de novelas sobre la segunda guerra mundial cuyo primer tomo está ya a la venta en formato digital en diversas plataformas de *ebooks*. En esta saga, a su debido tiempo, explicaré el avance alemán, el intento de asalto a Leningrado del Grupo de Ejércitos Norte y el resto de asuntos militares en torno a esta ofensiva.
- En segundo, no era el objeto de esta obra, ni el tono adecuado el género bélico. Lo que yo quería tratar era la desesperación humana, que a veces nos lleva a lugares recónditos, que a menudo no sabemos que habitan dentro de nosotros.
- Fue heroica la defensa de los ciudadanos de Leningrado, cercados por las tropas de Hitler y ninguneados por Stalin; también lo fue la de los soldados rusos, que luego de un ataque fulgurante alemán, cuando todo parecía perdido, consiguieron frenar al ejército enemigo en varios frentes.
- De esta forma pusieron la primera piedra de la derrota y caída del Tercer Reich.
- Ojalá no vuelvan a suceder las cosas que narro en este libro, que ningún escritor del futuro tenga hechos reales semejantes a su disposición, tan terroríficos, que puedan servir para basar en ellos novelas como esta.



DEFENSORES DE LA CIUDAD se toman un descanso / RIAN 308



DEFENSA NAVAL de Leningrado / RIAN 381



UNA BATALLA en los suburbios de Leningrado / RIAN 764



SOLDADOS RUSOS cargando con un compañero herido / RIAN 1000



OFENSIVA RUSA para romper el cerco de Leningrado / RIAN 601168

# ORIGEN DE LAS FOTOGRAFÍAS

Russian International News Agency (RIA Novosti), reproducidas bajo licencia [CREATIVE COMMONS \(CC BY-SA 3.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/)

RIAN\_archive\_35\_Leningradians\_taking\_water

RIAN\_archive\_36\_Cleaning\_the\_streets

RIAN\_archive\_216\_The\_Volkovo\_cemetery

RIAN\_archive\_244\_Starving\_people

RIAN\_archive\_306\_Tanks\_going\_to\_the\_front

RIAN\_archive\_762\_In\_besieged\_Leningrad

RIAN\_archive\_2410\_Marshal\_Zhukov\_speaking

RIAN\_archive\_601183\_Soviet\_soldiers\_awarded\_with\_the\_Defense\_of\_Leningrad\_Medal

RIAN\_archive\_660262\_Victory\_Day\_celebration\_in\_Moscow (foto original en color, en b/n en esta novela)

RIAN\_archive\_789\_People\_digging\_trenches\_in\_moscow

RIAN\_archive\_3500\_Muscovites\_building\_fortifications

RIAN\_archive\_36\_Cleaning\_the\_streets

RIAN\_archive\_397\_Cutters\_carrying\_foodstuffs\_to\_besieged\_Leningrad\_on\_Ladoga\_Lake

RIAN\_archive\_310\_Foodstuffs\_for\_Leningrad

RIAN\_archive\_2564\_Soviet\_planes\_flying\_over\_Nazi\_positions\_near\_Moscow

RIAN\_archive\_594290\_War\_posters\_on\_Leningrad's\_Kazan\_Cathedral

RIAN\_archive\_637\_War\_children

RIAN\_archive\_62364\_Soviet\_anti-aircraft\_gunners\_in\_Leningrad

RIAN\_archive\_888\_Nurses\_helping\_people\_wounded\_in\_the\_first\_bombardment\_in\_Leningrad

RIAN\_archive\_601181\_In\_a\_street\_of\_Leningrad\_after\_German\_air\_raid

RIAN\_archive\_60544\_Air\_Raid

RIAN\_archive\_324\_In\_besieged\_Leningrad

RIAN\_archive\_2153\_After\_bombing



RIAN\_archive\_95845\_World\_War\_Two

RIAN\_archive\_178610\_Moscow\_Avenue\_in\_Leningrad\_led\_to\_the\_front\_during\_the\_1941-1945\_Great\_Patriotic\_War

RIAN\_archive\_601168\_Leningrad\_offensive\_operation

RIAN\_archive\_604273\_Barricades\_on\_city\_streets

RIAN\_archive\_302\_Soldiers\_having\_rest\_in\_moscow

RIAN\_archive\_308\_Defenders\_of\_besieged\_Leningrad

RIAN\_archive\_732\_Girls\_on\_duty

RIAN\_archive\_764\_A\_battle\_in\_the\_outskirts

RIAN\_archive\_1000\_Soldiers\_carrying\_a\_wounded\_soldier

RIAN\_archive\_71157\_The\_Heroic\_Defense\_of\_Leningrad\_monument

RIAN\_archive\_594300\_Sanitary\_post\_at\_Leningrad's\_Narva\_Gates

RIAN\_archive\_381\_Sea\_defense\_of\_Leningrad

RIAN\_archive\_71157\_The\_Heroic\_Defense\_of\_Leningrad\_monument

RIAN\_archive\_732\_Girls\_on\_duty

RIAN\_archive\_594300\_Sanitary\_post\_at\_Leningrad's\_Narva\_Gates

RIAN\_archive\_308\_Defenders\_of\_besieged\_Leningrad

RIAN\_archive\_381\_Sea\_defense\_of\_Leningrad

RIAN\_archive\_764\_A\_battle\_in\_the\_outskirts

RIAN\_archive\_1000\_Soldiers\_carrying\_a\_wounded\_soldier

RIAN\_archive\_601168\_Leningrad\_offensive\_operation



JAVIER COSNAVA (Hospitalet de Llobregat, 1971), es un historietista, guionista y escritor español, residente en Oviedo. A finales de 2006 comienza la colaboración con el dibujante Toni Carbos; fruto de este empeño suman 20 premios de cómic en apenas año y medio antes de publicar en diciembre de 2008 su primera obra juntos: *Mi Heroína*.

En septiembre de 2009 publica un segundo álbum de cómic: *Un Buen Hombre*, sobre la urbanización donde los SS vivían, al pie del campo de exterminio de Mauthausen. En octubre de ese mismo año publica su primera novela: *De los Demonios de la Mente* (2009). Paralelamente, recibe una beca de la Caja de Asturias (Cajastur) para la finalización de *Prisionero en Mauthausen*, álbum de cómic que fue publicado en febrero de 2011.

También es autor de una novela de corte fantástico: *Diario de una Adolescente del Futuro* (2010). En noviembre de 2012 publica *1936Z la Guerra Civil Zombi*.

También ha colaborado en diferentes antologías de cuentos: *Postales desde el fin del mundo*, *Legendarium II*, *Vintage'62*, *Antología Z volumen 6*, *El monstre i cia* y *Fantasmagoria*.

En enero de 2013 ganó el premio Ciudad de Palma de Novela Gráfica junto al dibujante Rubén del Rincón.